MUNDO HISPÁNICO

Nùmero 156 **15 pesetas**





estafeta

CARMEN SAGARRA. Convertidos, 4. Zaragoza.—Desea intercambio de sellos postales de todos los países.

NUBIA MERCEDES MARTINEZ. Calle 61 A, 14-76. Bogotá (Colombia). Desea correspondencia con muchacho universitario español.

FERNANDO FERRAZ. Feliciano Gomes, 190. Derby Recife Pernambuco (Brasil). Desea correspondencia con muchachas de catorce a dieciocho años, de América y España, en portugués o español, para intercambio de postales.

ARACELI MONTOYA y MARIA NIEVES FONDEVILA. Manos, 12. Palma de Mallorca.—Desean correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, para intercambio de sellos y revistas.

DIEGO QUIROS. Calle de San Sebastián. Jerez del Marquesado (Granada). Desea correspondencia con personas brasileñas, por si hubiera posibilidad de emigrar a dicho país como obrero.

BOB. A. PORCEL. 1.028, Pine St. San Francisco de California, U. S. A.—Español, de treinta y seis años, solicita correspondencia con señoritas de todo el mundo, en español, para intercambio de postales, fotos, etc.

KENNETH MANLEY. Poste Restante. Toronto, Ontario (Canadá).—Soltero, de treinta y seis años de edad, solicita correspondencia con señorita española.

MARIA VICTORIA MOTRA FABRA. Joaquín Costa, 12. Barcelona (1).—Desea mantener correspondencia con muchacho extranjero, en español, de diecinueve a veintitrés años.

MARIA DEL CARMEN RIUS. «Can Serra». Rubí (Barcelona).—Desea intercambio de postales con personas de cualquier nacionalidad.

MARIA MERCEDES CANAS MERCADER. Calvo Sotelo, 34. Rubí (Barcelona).—Desea intercambiar postales de España y el Extranjero.

SYLVIA BUGNA. Millán, 4.661. Montevideo (Uruguay).—Estudiante, de dieciséis años, desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de cualquier país.

PEDRO ROMERO. Ciudad Sanatorial, sala 724. Tarrasa (Barcelona).—Solicita madrina de reposo.

EMMA CAYUELA. Carrera 12, 22-82. Apartado 204. Bogotá (Colombia).—Desea intercambio de sellos postales.

MARIA LOURDES GRAN. Caja de Ahorros. Manresa (Barcelona).—Desea correspondencia en español o francés con jóvenes de cualquier país para intercambio de postales y sellos.

AMALIA OBREGON, MARIA LEONOR GORMAZ, MARIA EUGENIA ADAUY y MARIA DOLORES FLORES. Chorrillos, 1.120. Concepción (Chile). Desean mantener correspondencia con muchachos y muchachas de cualquier país, en francés, inglés, italiano, portugués, alemán o español.

JUAN J. GUIMARAES. Avenida Domingos Mariano, 245. Barra Mansa, Río de Janeiro (Brasil).—Estudiante, de dieciocho años, desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, españoles (o de sus provincias en Africa).

JOSE T. OBREGON. RCA BP, 2.057. Tánger (Marruecos).—Desea correspondencia amistosa con señoritas españolas.

NHORA ASTRID MOLINA. Calle 9.ª A, 15 a 31, apartamento 402. Bogotá (Colombia). De dieciséis años, desea correspondencia con jóvenes, para el mejor conocimiento de España, siendo aficionada al baile y a los toros.

JUSTO MILLAN JOVEN. Sagrado Corazón, 10. Hellín (Albacete).—Desea mantener correspondencia con muchachas hispanoamericanas, de quince a veinte años.

ANTONIO GARCIA CASTRO. Caja Postal, 306. Brasilia, D. F. (Brasil).—Solicita correspondencia con señoritas de 17 a 22 años, en español.

A. A. RIPPER VIANNA. Avenida Copacabana, 331. Apartado 301. Copacabana, Río de Janeiro (Brasil).—Desea correspondencia, para intercambio de escudos de países, postales, etc., con personas, asociaciones o clubs españoles.

ORLANDO ALVEAR LAFUENTE. Generalísimo, 13. Jesús (Tortosa).—Desea mantener correspondencia con muchachas y muchachos de cualquier parte del mundo, en inglés, portugués o español.

HELIA MARIA ROCHA. Avenida Vitoria, 813. Vitoria, Espíritu Santo (Brasil).—De dieciocho años, desea correspondencia en francés, inglés, español o portugués, con jóvenes de cualquier país, pero especialmente de América, para intercambio de sellos, revistas, etc.

JANET SMITH. 150, Station Road. Crayford, Kent (Inglaterra).—Señorita, de veinte años. Desea practicar español, manteniendo correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de España.

CARMEN PERRAULT. 98, Lavoisier. Laval-des-Rapides. Montreal, 40 (Quebec, Canadá).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de diecisiete a veinte años, españoles, en este idioma o en francés.

MARGUERITR J. BABB. Barton Villa. Heat Road. Uttoxeter, Staffs.— Señorita inglesa, diplomada, desea relacionarse con española, profesional, en español o inglés, para intercambio de ideas y estancias en ambos países.

RICARDO JUAN MARTINEZ. Martín García, 550. Departamento A. Córdoba (República Argentina).—Desea correspondencia con señorita estudiante de Medicina.

JAIME MAYOR. Grupo G. Lorenzo del Munt, Bloque 26, 5.º Tarrasa.—Desea establecer relaciones amistosas con personas de uno y otro sexo, interesadas en asuntos cinematográficos, radiofónicos o literarios, de América y Filipinas.

NORA RIVEROS. Romero, 2.955. Santiago de Chile.—De veintitrés años, desea correspondencia con jóvenes españoles, interesados en música moderna y cine.

BUENAVENTURA ROUVE. Primo de Rivera, 8, 3.º Gerona.—Desea correspondencia con muchachos de uno y otro sexo para intercambio de sellos y postales.

ANA MARIA LLANOS. Industria, 13. Binéjar (Huesca).—De dieciocho años, desea mantener correspondencia con estudiantes residentes en Barcelona o su provincia.

FRANCISCO CAMALO CURULL. Aribau, 62. Barcelona.—Desea mantener correspondencia con señoritas europeas y americanas, de dieciocho a veinte años para intercambio de ideas.

FRANCISCO CARNERERO. Virtud, número 47. Sevilla.—Desea mantener correspondencia con personas de cualquier país, preferentemente de Italia, en español, para intercambio de ideas, sellos, revistas, etc.

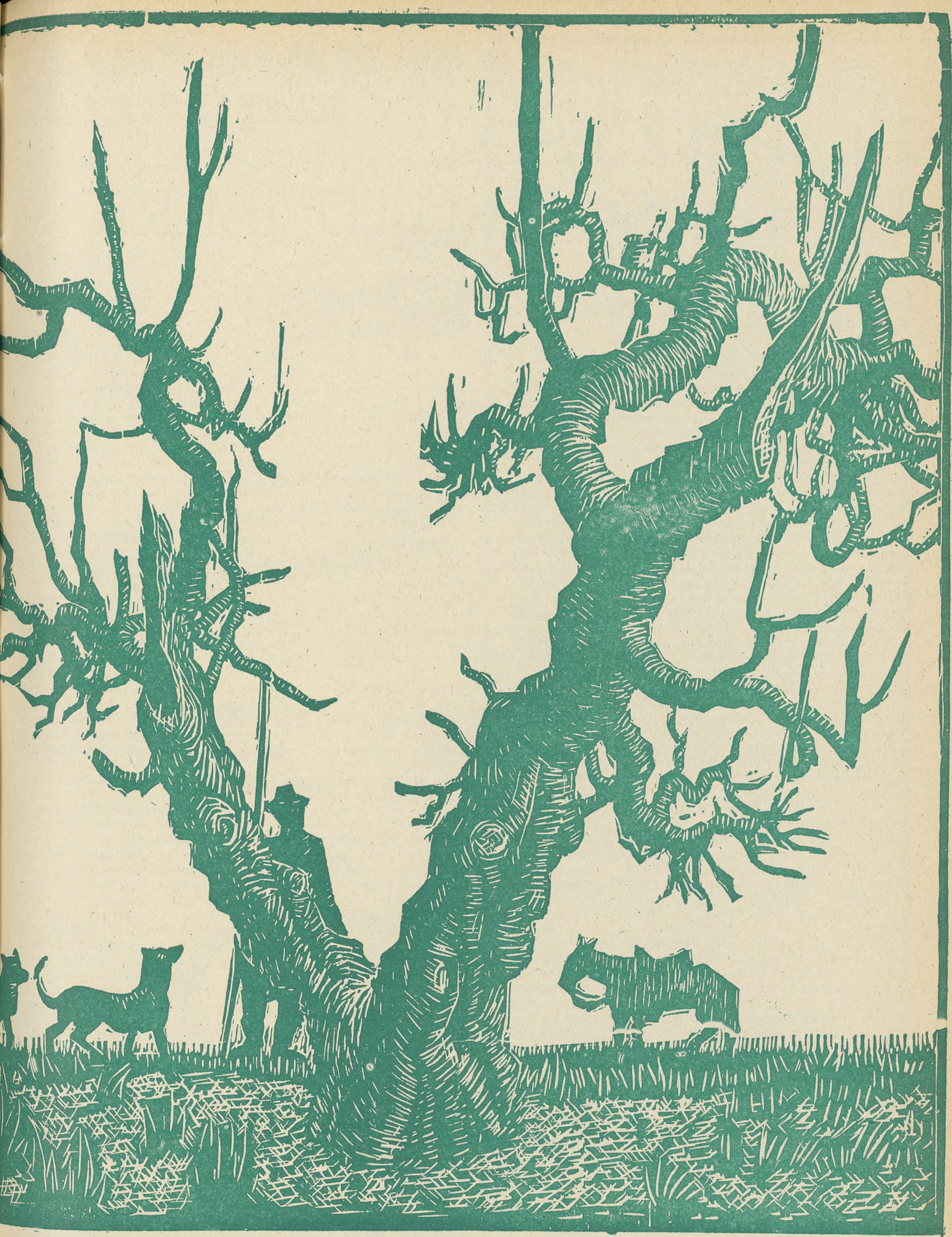
RENATO EDUARDO COUTINHO. Rua José Augusto Trindade, 325. Tambau-Joao Pessoa-Paraiba (Brasil).—Desea correspondencia con señoritas españolas, en español, portugués o inglés.

GRABADOS argentinos en un molino español



Otra vez los desaforados gigantes, moviendo sus largos y descarnados brazos, esperan en el Campo de Criptana la vuelta de nuestro señor Don Quijote, prolongando su aventura más allá de las playas de Barcelona, en un imposible sueño en el que no hubiera sido vencido por el Caballero de los Espejos. Pues estos molinos llevan los nombres de países acabados de nacer en los tiempos que vivió Alonso Quijano el Bueno, y que ahora sienten como suya la odisea del Quijote.

Recién erigido el molino de Chile —sereno recordatorio de la hecatombe pasada— levanta Argentina el suyo. Dentro de sus muros campea una nutrida colección de grabados de Miguel Pablo Borgarello, de quien traemos hoy estas dos muestras de distinta técnica: «El mate», de 1949, e «Higuera vieja», de 1959.



EL PROCESO DE LA SOCIEDAD IBERICA

POR MANUEL LIZCANO

Georges Gurvitch, como teórico de la estructura dialéctica de la sociedad global, en la tipificación de cuyas realizaciones históricas singulares, ha aportado una sistematización brillante, desconfía, con razón, de toda teoría cíclica de la Historia, por el hecho de venir éstas apoyadas siempre, con más o menos impacto de determinismos extrahistóricos y extrasociológicos, en preconceptos de filosofía de la historia. Y, ciertamente, desde un punto de vista sociológico, que es como abordo también por mi parte la cuestión, esto es evidente, en mayor o menor grado, en el desarrollo que la teoría cíclica ha experimrntado, en casi dos mil años, desde Abenjaldun hasta Sorokin.

No obstante, el sistema dialéctico de estructura de la realidad social, y, por consiguiente, de la sociedad global misma, bien puede sostenerse que percibe una trayectoria, en el despliegue de las civilizaciones, en la cual se darían las siguientes fases: un primer momento de creación y autoafirmación del ser y la existencia de la propia cultura; un segundo momento de despliegue y realización, siempre en conflicto con el haz de tensiones internas y externas que buscan su frustración, y un tercer momento, de cristalización en actitudes y obras materiales, al cabo del cual la sociedad global en cuestión tiende a disolverse y extinguirse. El primer momento es el de la exaltación del cuadro básico de valores de la propia cultura, hasta el extremo de alienarse el hombre a los mismos; el segundo, sería el intento de poner todo el cuadro de valores colectivo vigente al servicio pleno del hombre; en el tercero, las actitudes y productos materiales de la propia cultura serían exaltados hasta el extremo de producir la alienación del hombre respecto a los mismos. Por mi parte, entiendo que, en principio, al margen de toda filosofía de la historia, cabe distinguir en el despliegue del proceso histórico de toda sociedad global. estas tres fases de desarrollo, dialécticamente dispuestas. A la primera fase la llamo sacral, a la segunda humanista y a la tercera materialista. Creo que la teoría es defendible, o siquiera la hipótesis. Que en cualquier caso, me ayuda a hacer luz sobre un objeto de conocimiento y explicación que considero tan confusa y contradictoriamente conocido hoy, como central en mi vocación científica: mi propia sociedad ibérica.

De una u otra forma he aludido ya al problema en diversas ocasiones. Quisiera ahora irlo afrontando con cierto método, de manera que el lector interesado en la cuestión pudiese proponérselo a su vez con claridad y acompañarme así, aquiescente o discrepante, en las consideraciones que a partir de este encuentro podamos ir deduciendo. Este sentido tiene el dar carácter de sección personalizada a mis colaboraciones en Mundo Hispánico, bajo este título fijo de «Comunidad Ibérica»; en el cual quisiera que pudiesen encontrar cabida en adelante, tratados con la concisión y llaneza compatibles con cierto rigor sociológico, todos los temas relativos a la sociedad global de los países que participamos, comunitariamente, de un sistema de conocimiento, de expresión y demás obras del espíritu, a cuya configuración concreta, activamente proyectada en el mundo contemporáneo, es a la realidad social que denomino «Comunidad ibérica»; englobando en ella a España y Portugal, Iberoamérica con Puerto Rico, Filipinas y las Provincias ultramarinas portuguesas.

En la coyuntura de largo ciclo que se inicia en el Continente europeo, al extinguirse la sociedad grecorromana, se configura una sociedad occidental, cuya época sacral tiene más acusados los rasgos mayestáticos que los trascendentes; atraviesa luego un momento humanista fugaz, y entra rápidamente en el tipo de época materialista. Dos sociedades globales se van diferenciando, en la primera de las fases descritas, sobre los flancos oriental y occidental de Occidente: la rusa y la ibérica. La sociedad eslava vivió el proceso mismo de Occidente, pero con bastante retraso y mucha mayor brusquedad en las transiciones de época. La sociedad ibérica lo ha vivido con más retraso aún, pero sin haber entrado apenas todavía en su época materialista, y con un modo de brusquedades transitorias *sui generis*, es la clase o grupo de estratificación que en la sociedad ibérica actual denomino «pueblo», y no proletariado, quien sufre el resultado adverso de sus conflictos internos, en vez de padecerlo la clase que entre nosotros no creo pueda calificarse de burguesía, sino de «oligarquía» feudoburguesa.

Las revoluciones de las grandes coyunturas históricas son precisamente estos «pasos de edad», del tipo sacral de época social al humanista, y de éste al materialista. La burguesía europea, y el grupo tecnoburocrático de los marxistas rusos, lograron forzar el proceso y saltar del «antiguo régimen» absolutista (sacral), al materialista. En España, en cambio, siempre vivió el pueblo —incluso en pleno medievo sacral— según robustas creencias y estructuras populares humanistas. Ello hizo que la Revolución doceañista ibérica, de comienzos del siglo XIX, se planteara, sobre las arraigadas convicciones humanistas populares, con un estilo mucho menos brutal y más caballeresco hacia su oligarquía y sus símbolos caducos de poder absoluto. Esto mismo hizo que la resistencia y la capacidad de control del poder por parte de los grupos antipopulares fuera mucho mayor, y, consiguientemente, mucho más prolongado el proceso revolucionario; que las otras dos formas revolucionarias imperantes en el mundo, adentrado ya en la época materialista: la liberal-burguesa y la marxista-comunista, no lograran difusión popular en los países ibéricos; y que en su lugar prendieran los únicos fermentos revolucionarios de contenido mancomunado y humanista que había sido capaz de producir Occidente, en conexión con su tradición medieval: el anarquismo y el sindicalismo revolucionario. Fermentos revolucionarios humanistas de Occidente, que, por su parte, no habían dejado de plantearse erróneamente desde una doble perspectiva: la del cuadro de valores del humanismo ibérico como sistema de conocimiento colectivo, y la del catolicismo. Aunque el predominio de grupos de intereses y actitudes de significación oligárquica en el seno del catolicismo español de los últimos cien años hiciera descender este último factor a la arena donde se ventilaban los pleitos decadentes de los partidos, en vez de haberlo mantenido como una instancia espiritual suprema y de apelación común, cuando las tendencias disidentes, o no existían en realidad, o carecían de toda capacidad de arraigo por sí mismas.

El resultado de todo ello fué el establecimiento, como cauce central del fenómeno revolucionario ibérico contemporáneo, de la tendencia que Gurvitch ha llamado, en su tipología desarrollada de las sociedades globales, sociedades planificadas según los principios del colectivismo pluralista descentralizador.

Esta tendencia, en la vida española de los mismos cien últimos años, se iba a manifestar así radicalmente antagónica, por su resuelto carácter humanista y antimaterialista, tanto del liberalismo como del marxismo y comunismo. De esta forma, en la explicación vital del acontecer español contemporáneo, y de los países ibéricos en general, dicha tendencia iba a resultar de un máximo interés. Aunque no ya la oligarquía nacional, sino las propias minorías rectoras del espíritu colectivo —igual que podamos observarlo hoy en distintos puntos de Iberoamérica—, no supiesen percibirlo, acentuando con ello los errores de su planteamiento inicial y su crispación creciente.

MUNDO HISPÁNICO

Director: JOAQUÍN CAMPILLO
Subdirector: SALVADOR JIMÉNEZ

NÚMERO 156 - MARZO 1961 - AÑO XIV - 15 PESETAS

Depósito legal M. 1.034-1958

SUMARIO

PÁGS.

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria. Madrid-3

TELÉFONOS

Dirección 244 02 48
Administración 243 92 79
Administración y Redacción 244 06 00

DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESO EN LA FÁBRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1961 NUMBER 156. ROIG. NEW YORK «MUNDO HISPÁNICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas.—Año: 160 pesetas.—Dos años: 270 pesetas.—Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S.—Dos años: 8,50 dólares U. S.—Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S.—Dos años: 11,50 dólares U. S.—Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 270 pesetas.—Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas.—Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

NOTA.—En los precios anteriormente indicados están incluídos los gastos de envío por correo ordinario.

Vespa

125 c. c.



hará deporte, participará en carreras, en rallys, en gymkhanas...

Vespa

ES EL SCOOTER MAS ELEGANTE

Vuelve el Campeador

A uos llama por señor, y tienes por uro vassallo
Mucho precia la ondra el cid q̄l auedes dado
Pocos dias ha Rey q̄ una lid a arrancado
A aq̄l Rey de marruecos yucef por nombrado
Con cinq̄enta mill arrancolos del campo
Las ganancias q̄ fizo mucho son sobeianas
Ricos son venidos todos los sos vassallos
E em bia uos dozientos cauallos, y besa uos las manos
Dixo el Rey don alfonsso Recibolos de grado
Gradescolo a myo cid q̄ tal don me ha enbiado
Aun vea ora q̄ de mi sea pagado
Esto plogo a muchos, y besaron le las manos
Peso al conde don garcia e mal era irado
Con .x. de sus parientes a parte dauā salto
Marauilla es del cid q̄ su ondra crece tanto
En la ondra q̄ el ha nos seremos abiltados
Por tan biltada miente vencer Reyes del campo
Como si los falasse muertos aduzir se los cauallos
Por esto q̄ el faze nos abremos enbargo
Fablo el Rey don alfonsso, dixo esta Razon
Grado al Criador, y al señor sant esidro el de Leon
Estos dozientos cauallos q̄m enbia myo cid
Myo Reyno adelant mejor me podra seruir
A uos minaya albarfanez, y a po vermuez aq̄

Un personaje histórico vuelve a la vida. El caballero don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, arquetipo real y verdadero de los caballeros andantes, héroe nacional de los españoles, pasa otra vez al primer plano de la actualidad, resucita para todos nosotros, nos llena los ojos de nuevo de pasmo y el corazón de arrojo. Nos asombra con sus hazañas, releídas y recordadas ahora en virtud de dos importantes hechos: la ficción de sus aventuras para una producción cinematográfica y la adquisición y custodia del códice de Per Abbat con el *Cantar del Mio Cid* por el Estado Español. El monumento literario significa tanto como la partida de nacimiento de la literatura española. El códice, adquirido a sus antiguos poseedores por la suma de diez millones de pesetas, estará ya para siempre salvaguardado en una cámara-depósito de la Biblioteca Nacional. La película hará revivir, acaso a centenares de miles de personas, la gallarda e intrépida caballerosidad del Cid; dará a conocer, acaso a otros miles, su temple y su hidalguía. El Cid sigue inspirando a poetas y narradores, bien que esta vez con técnica compleja de focos y objetivos.

El que en buen hora nació los ojos le fincava ... ívalos ferir de coraçon e de alma.



Vuelve el Campeador

El códice es un pequeño tomo en cuarto, de setenta y cuatro hojas, de mal curtido pergamino, al que faltan las tres primeras. Su letra es la usual en el siglo XIV. Fue escrito en 1307, un siglo y medio después de haber sido compuesto el poema, cuyo autor debió escribirlo en el año 1140, tal vez en Medinaceli. El libro tiene una encuadernación mozárabe desgastada por el tiempo.

Se trata —aparte su inmenso valor literario— de un auténtico documento histórico que refleja fielmente los hechos, las personas y costumbres y hasta la geografía de los lugares que cita.

La existencia de este códice no se descubre hasta el siglo XVIII, aunque ya se tienen noticias de él por una copia realizada en 1596 por Juan Ruiz Ulivarri, quien hacía constar que el original se encontraba en Vivar. Años más tarde, los benedictinos Sarmiento, Sandoval y Berganzo se expresan en el mismo sentido.

Es en 1776 cuando el clérigo erudito don Tomás Antonio Sánchez va a buscar el códice en los archivos de Vivar. Como lo tuvieran en su poder unas monjas de clausura, el clérigo ha de recurrir a don Eugenio de Llaguno y Amírola, ministro de Carlos III y gran investigador y bibliófilo, quien hubo de hacer valer toda su influencia para sacar el manuscrito del convento y cederlo para su estudio al clérigo, quien lo publica por primera vez, con acotaciones, en su «Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV», Madrid, año 1779.

El códice no retorna jamás al archivo del convento de Vivar. Su pista se pierde hasta el primer tercio del siglo XIX, en que lo hereda el conde de Santa Marta. Años más tarde, pasa a poder del bibliófilo don Pascual de Gayangos, a quien hace una tentadora oferta el Museo Británico.

La casualidad hizo que el señor de Gayangos hablase de tal oferta a don Pedro José Pidal, ministro en el Gobierno del general Narváez; Pidal se dio cuenta del peligro de que el precioso documento saliera de España, acaso para siempre, y como no lograra su propósito de que el Gobierno lo adquiriese, haciendo un sacrificio económico, lo compró para sí.

A la muerte de don Pedro José heredó el códice su hijo, don Alejandro Pidal y Mon, a quien la Biblioteca de Washington, a través del investigador Hungtinton, ofreció un cheque en blanco por él, que no fue aceptado.

El siguiente propietario, también por herencia, fue don Roque Pidal, quien lo tuvo en su poder hasta su reciente fallecimiento. Trasladó el documento a la caja fuerte de un Banco, donde estuvo hasta 1936, en que el gobierno rojo lo llevó, junto a los cuadros del Museo del Prado, a Ginebra, de donde, afortunadamente, retornó, para ir nuevamente a la caja de un Banco y permanecer allí hasta el momento de la donación por la Fundación March al Estado Español.

Han sido los herederos de don Roque Pidal, don Carlos Pidal Bernaldo de Quirós y doña Rosario Pidal y Toro, quienes lo han vendido a la Fundación March por la cifra de diez millones de pesetas. Gracias a la generosidad de esa entidad, el tesoro bibliográfico español cuenta desde ahora, y para siempre, con una joya inapreciable.

En la solemne sesión en que se acordó la adquisición del códice y su donación al Estado Español, el consejero secretario del Consejo del Patronato de la Fundación March, don Alejandro Bérgamo Llabrés, da lectura al acta. Don Ramón Menéndez Pidal, director de la Real Academia Española, el hombre que mejor ha estudiado el *Cantar del Mio Cid*, firmó, así como un crecido número de entre las más preclaras personalidades hispánicas, el acta de la sesión. En las fotografías, el ministro de Educación Nacional, el doctor Eijo Garay, don Juan March, las personas mencionadas anteriormente y otras ilustres personalidades.





De nuevo vuelve la atención al gradioso poema, a la epopeya. Muévense ya las imágenes de tanto crudo episodio, las victorias y las afrentas. Revive el Cid. «¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!» «Non vos osariemos abrir nin coger por nada.»

Assis parten unos d'otros como la uña de la carne.





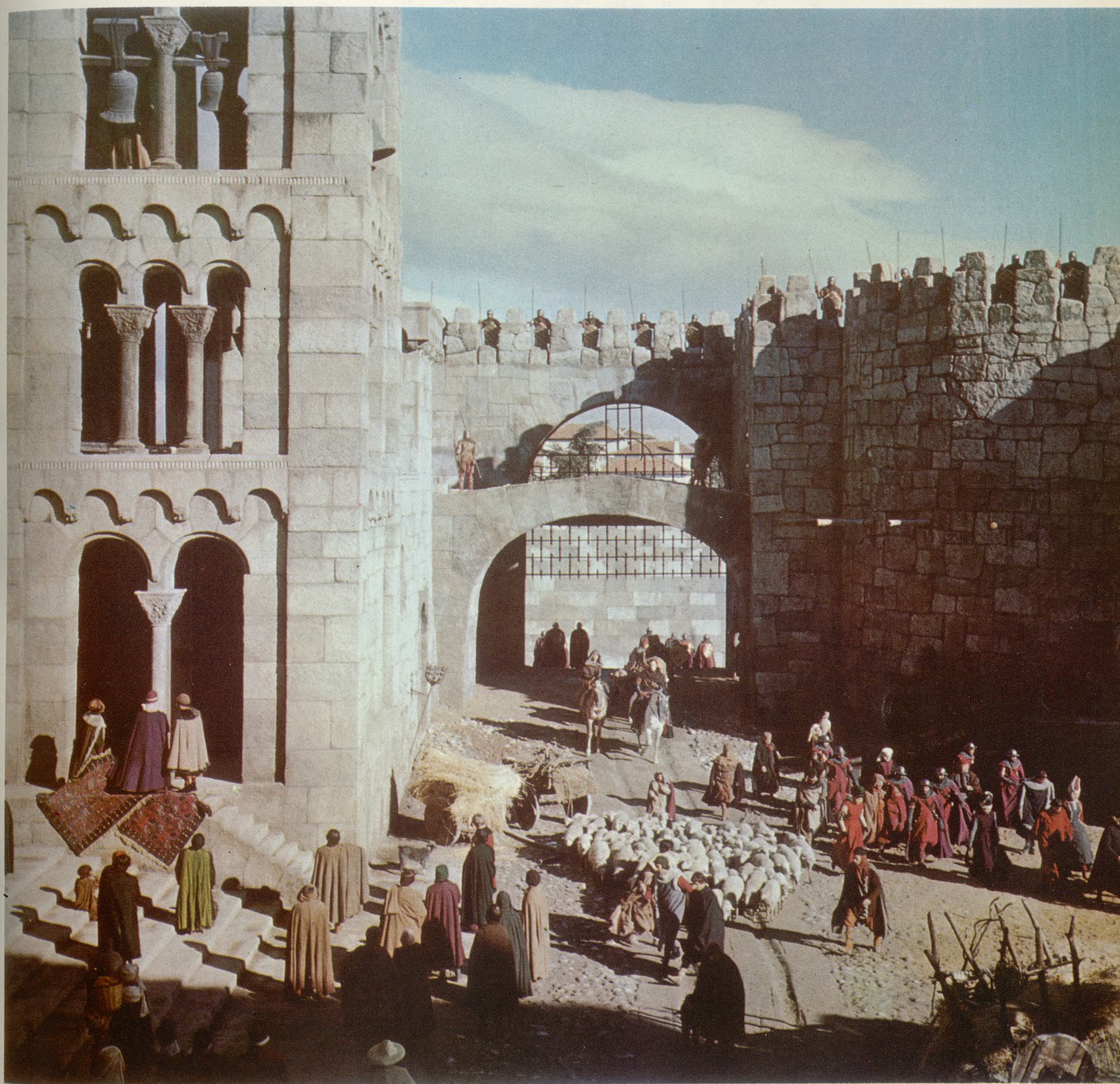
La cara del cauallo torno a Santa Maria
alço su mano diestra la cara se santigua
... «Yo so Roy Díaz, el Çid de Bivar Cam-
[peador!»
... Enclinó las manos la barba vellida
a las sues filas en braço las prendía
llególas al coraçon pues mucho las quería.
Llora de los ojos tan fuertemintre sospira.
... aguijó a Bavieca el caballo que bien anda
... la oración fecha, luego cavalgava...
El Campeador fermoso sonrrisava.
... Andava mio Cid sobre so buen cavallo
la cofia fronzida ¡Dios commo es bien barbado!

Los versos ruedan por nuestra memoria y reconstruyen escenas. A veces las inventan. Le vemos partir, llorar por sus hijas, comenzar viaje hacia el destierro o hacia las batallas. Este nuestro Cid es en verdad un hombre. Habíamos llegado a temer que fuese un mito, una leyenda popular, un sueño. Ahora le vemos. La historia da fe de su existencia; el manuscrito, de su autenticidad; los juglares —moderno mester de una juglaría técnica y artificiosa—, de su aliento, de su faz, de su arcaico ambiente vivo. El desencanto no llega. Sabemos que es ficción. Sabemos, en definitiva, que ésta no es la fisonomía de doña Jimena ni aquélla la del Cid. Para el espíritu es difícil el engaño. Sentimos la adhesión al Cid en nuestro corazón. Aunque sepamos bien que éste es el rostro de Charlton Heston y de Sofía Loren.

¡Quál ventura serie ésta si ploguiese al
[Criador
que assomasse essora el Çid Campeador!

E. M. S.





EL CID LLEGA A SANTA GADEA

Danzas rituales del Brasil

La música, como toda obra humana, tiene caminos extraños. Conjugación de mundos diversos, inasible uno y perceptible el otro, ha servido de inigualable medio de expresión para todos los estados de espíritu de la Humanidad.

Las melodías afrobrasileñas fueron en una época dominio exclusivo de aquella raza negra, transplantada a un continente ajeno que conservaba en su corazón la nostalgia de la tierra natal. Luego, el blanco y el mestizo, con la vitalidad de un impulso que el trópico agranda e intensifica, la sacaron de esos estrechos límites y la lanzaron al amplio campo del dominio universal. La hicieron música popular, para otros pueblos distintos; la hicieron clásica y sinfónica, obligándola a vestir formas que la civilización consideraba como exclusivas.

Pero por uno de esos caminos extraños que mencionábamos, la música también mostró su arisca independencia y se fue —paralelamente en el tiempo, diametralmente en los hombres— hacia otros rumbos. Volvió a encerrarse, en busca de su pureza, en núcleos cerrados, con la agresividad del sentimiento que ha querido ser desvirtuado.

Puede ser que un día, danzas como





la *Samba* y la *Macumba* sean solamente populares. Como lo quería aquel coloso de la música que fue Villalobos. Pero hoy la rebeldía sigue latente. No ha podido ser vencida.

Los «devotos del santo» se reúnen en sitios que solamente ellos conocen, protegidos por «tabús», que pueden llegar hasta la pena de muerte para el espectador indeseado. Al compás del ritmo que ha adquirido armonía de siglos, sus cuerpos se balancean y contorsionan. La melodía es obsesiva, los movimientos se repiten una y otra vez, los rostros adquieren expresiones imposibles y un frenesí que se contagia y se vuelve a contagiar, coloca a los danzarines y espectadores en un trance hipnótico: es la «batucada», que los absorbe y enloquece.

El culto bárbaro y misterioso, nacido en las oscuridades de la jungla africana, tiene aún sus seguidores. Ellos están al margen de la ciudad y de la civilización, aunque luego la necesidad de la convivencia los obligue a «disfrazarse». Viven en chozas, en los arrabales de modernas metrópolis, como Río, Pernambuco y Bahía, o en zonas rurales cercanas.

El turista les disgusta más que ningún otro entrometido. Albergan hacia él un resentimiento de siglos. No es que se avergüencen de sus ritos: son costumbres de sus padres y de los padres de sus padres. Pero defienden su intimidad. Aun a riesgo de cobrar con sangre las intromisiones.

Todo un complejo mundo de supersticiones y paganismo sale a la superficie al conjuro de la Macumba: la Estrella de Salomón adquiere una simbología esotérica; el «Santo Patrón» es evocado para que esparza su espíritu entre las almas y los cuerpos presentes, «porque él no habita en cuerpo humano». La ancestral Magia negra, que ha desafiado a la ciencia cuando ésta se alejó de la Teología, pervive como un eco anacrónico de siglos y milenios.

Instrumentos musicales, ritmos, melodías, posturas y contorsiones tienen un significado que escapa al no iniciado. Los fetiches —palabra que proviene de la versión portuguesa del término «hechizo»— siguen cumpliendo sus funciones maléficas, que desatan fórmulas mágicas...

La danza la inicia el miembro más experto de la comunidad. Luego van entrando a ella todos los presentes. El ritmo se repite con monótona cadencia. Luego aumenta la intensidad. Llega a ser ensordecedor, hasta que el *Xecere* —una especie de campana— detiene el tiempo.

Cuando la danza ha terminado, cada uno de los presentes se acerca a su sitio, recoge su cesta y de ella toma los alimentos especiales que ha traído: «acaraje», «vatapa», «mugunza» y muchas otras extrañas clases de manjares que sólo en esas ceremonias han de ser comidos.

Luego, agotados, silenciosos, vuelven todos a sus casas. Quizá al día siguiente, en plena calle, se cruzarán con aquella señorita o aquel caballero que la noche anterior bailaban también la *Samba* —otra *Samba* que ya no les pertenece— en un salón lujoso, profusamente iluminado...

Es que los caminos de la música son muy extraños, en verdad.





VESTIMENTAS LLAMATIVAS, COLLARES DE CUENTAS DE VIDRIO, ROSTROS ABSORTOS POR UN MUNDO DIVERSO —QUE SÓLO SUS OJOS PUEDEN VER— Y LUEGO, CUANDO YA NO QUEDAN ENERGÍAS, CUANDO TODO HA TERMINADO, A COMER LOS MANJARES RITUALES..., COMIDAS NACIDAS DEL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO, EN EL CONTINENTE QUE LA RAZA ABANDONÓ POR LA FUERZA Y QUE TODAVÍA AÑORA, A PESAR DE LOS SIGLOS TRANSCURRIDOS

ARGENTINA

La plaza del emigrante

por Daniel Fco. García Díaz

Hay una nueva plaza en Buenos Aires. Y, en su homenaje, lleva el nombre de un ilustre emigrante, hijo de Cantabria: el doctor don Avelino Gutiérrez.

Eminente cirujano y profesor, al par que filántropo, el Municipio de esta inmensa urbe lo ha recordado con emoción, otorgando su nombre a la plazoleta situada en la avenida del Trabajo y Emilio Mitre, entre las bellas arboledas del Parque Chacabuco.

Representantes del Ministerio de Salud Pública, de la Municipalidad, de la Facultad de Medicina y de la Academia Nacional de la misma, de instituciones españolas y científicas, así como familiares, amigos y discípulos, asistieron al acto inaugural de la placa recordatoria, pronunciándose sentidos discursos.

El lugar estaba adornado con banderas argentinas y españolas.

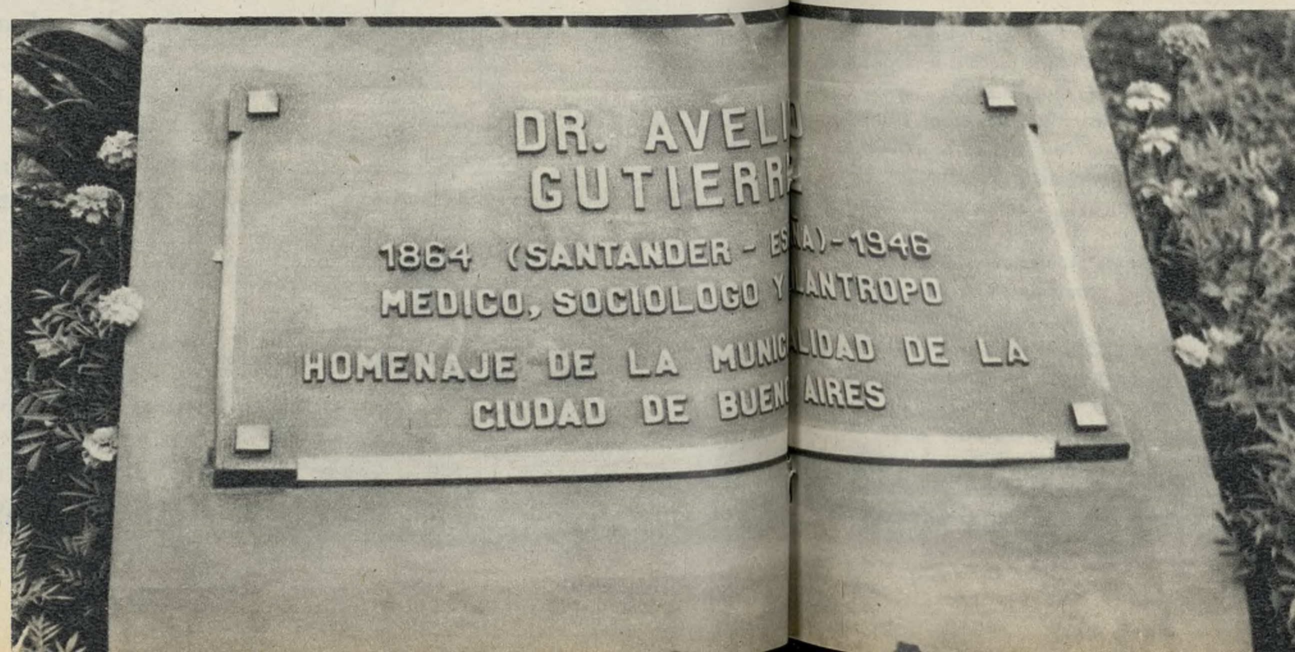
«CIRUJANO MAESTRO» Y FUNDADOR DE INSTITUCIONES

El doctor Gutiérrez, uno de los españoles de más fama en este país, había llegado a obtener el título, excepcionalmente concedido, de «Cirujano Maestro», conferido por la Sociedad Argentina de Cirugía, en gracia a su extraordinaria labor. En el aspecto social y en el intelectual fue fundador de la Institución Cultural Española y de la Asociación de Cultura y Protección al Inmigrante Español, con su Instituto Politécnico Hispano-Argentino, que alentó y sostuvo.

Fallecido en 1946, su historia es la del emigrante que, con su esfuerzo y ejemplo, exaltó ante todos el valor y el espíritu de España, que transmitió por entero a la tierra americana.

Nacido el año 1864 en San Pedro de Toba (Santander), luego de cursar el bachillerato en la Península vino a Buenos Aires —donde ya estaba radicado un hermano— y emprendió con brillantez la carrera de Medicina, en la Universidad local, graduándose con numerosos galardones en 1890. Por sus trabajos sobre Anatomía alcanzó rápido y singular renombre, que le valió llegar a jefe de una importante clínica quirúrgica a los seis años de titulado.

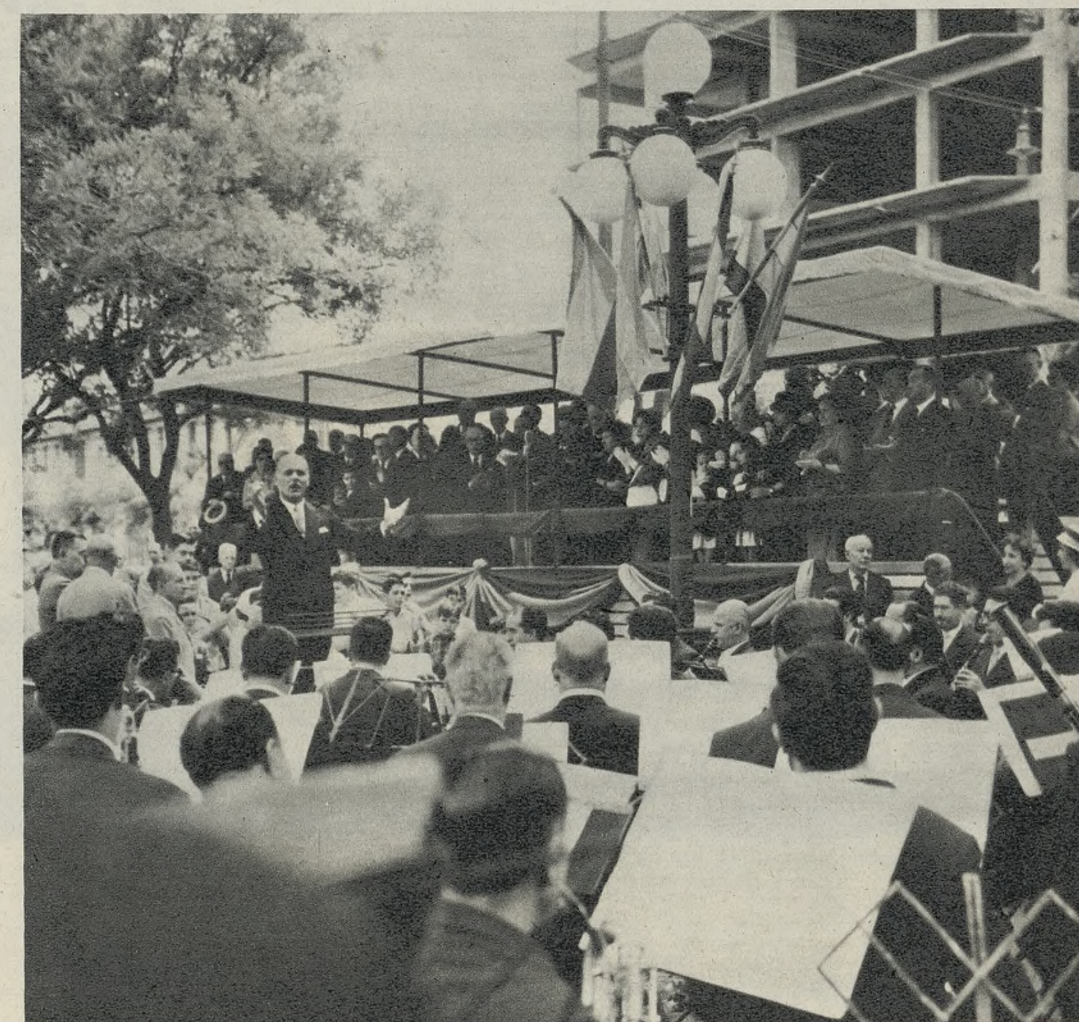




Fue creador de una de las escuelas de cirugía más notables de su tiempo en todo el mundo, con técnicas personales evidenciadas desde la cátedra y la práctica personal de la profesión, dejando numerosos trabajos escritos de gran valor. Sus discípulos le recuerdan con gran admiración.

GRAN LABOR EN EL HOSPITAL ESPAÑOL DE BUENOS AIRES

El Hospital Español de Buenos Aires, dependiente de la Sociedad Española de Beneficencia, que acaba de cumplir su CVIII aniversario, fué uno de los principales centros de su actividad, en bien de compatriotas y ciudadanos del país. Todas las mañanas le veían entrar con minuciosa puntualidad a las siete menos cinco, para iniciar una jornada de trabajo que se prolongaba hasta la noche en diferentes lugares. Con su valer contribuyó en gran medida al extraordinario prestigio alcanzado por dicho establecimiento hospitalario.



En 1905 fue nombrado jefe del servicio de cirugía general, y al retirarse el primer director del Hospital, doctor Carlé, el doctor don Avelino Gutiérrez asumió la dirección médica. Pero sólo pudo hacerlo durante dos años, pues al ser designado profesor titular de Anatomía Quirúrgica en la Facultad de Medicina, no podía dedicarle el tiempo que tan importante cargo exigía.

A su preocupación se debieron el Laboratorio «Ramón y Cajal» y la modernización y ampliación de las instalaciones de electroterapia y Rayos X.

A lo largo de su vida, además de las instituciones que su afán concretó, perteneció a numerosas culturales y científicas y mereció preciadas recompensas.

Su personalidad representa una época y un estilo. Época y estilo de los nuevos conquistadores hispánicos del siglo XX, que ganan América cada día, entregándole lo mejor de sí mismos: su trabajo y sus ideales.

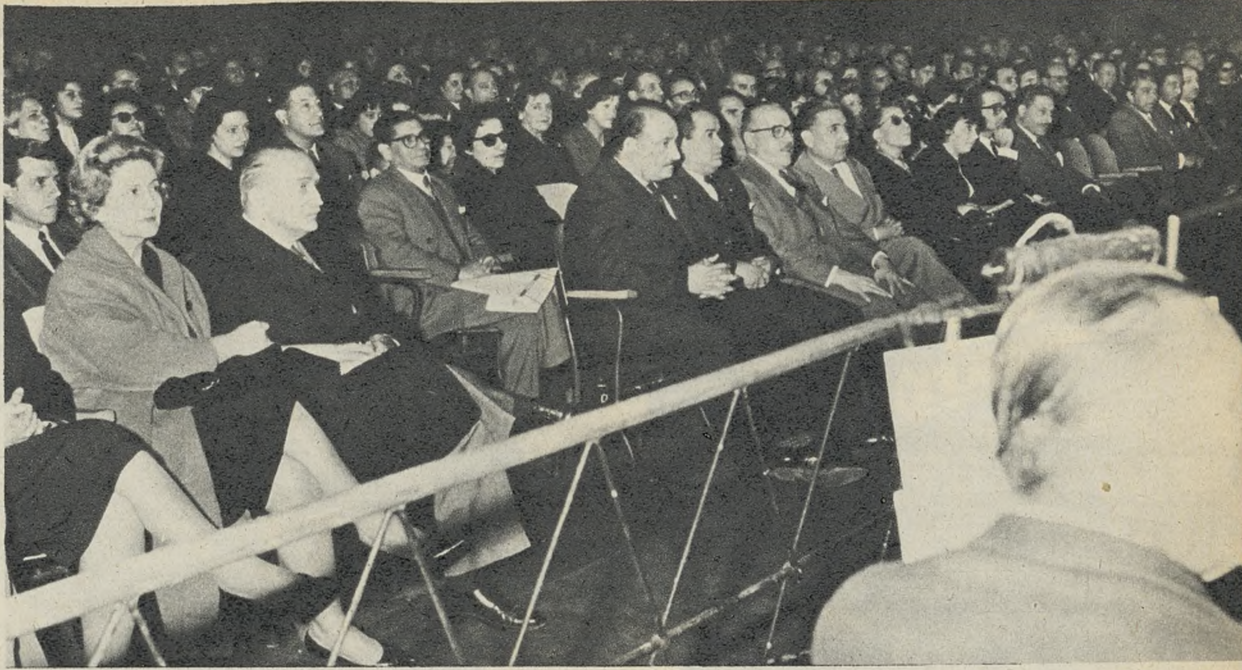
Buenos Aires de noche



Las ciudades son obras del hombre. Y su autor les ha infundido muchas semejanzas consigo mismo. Hay ciudades buenas y ciudades malas —ya desde los tiempos bíblicos—, hay ciudades extrovertidas e introvertidas; las hay, como diría Kretschmer, «ciclotímicas y ezquizotímicas»... Pero si resulta difícil encasillar dentro de una tipología adecuada a un solo hombre, ¡cuánto más problemático será lograrlo con una realidad tan compleja como una ciudad moderna! Buenos Aires, la capital argentina, es muy extraña. No porque sea exótica. Al contrario. De ella ha dicho un humorista norteamericano que nunca ha encontrado en Europa una ciudad tan europea como Buenos Aires. Es extraña, porque su personalidad no es igual para todos los observadores: varía en una gama increíble que lleva desde la más calurosa defensa hasta el juicio desfavorable más virulento.

No solamente es distinta según quién la mire; su variedad depende del ángulo desde el que se la enfoque, del año, del mes, del día, de la hora...

Brevemente, con rapidez meteórica, daremos una vuelta por la Buenos Aires nocturna. Pero sin meternos mucho bajo techado, porque en estas fechas hace mucho calor y aunque en la mayoría de los locales nocturnos la técnica ha convertido el verano en primavera, siempre es preferible quedarse bajo las estrellas.



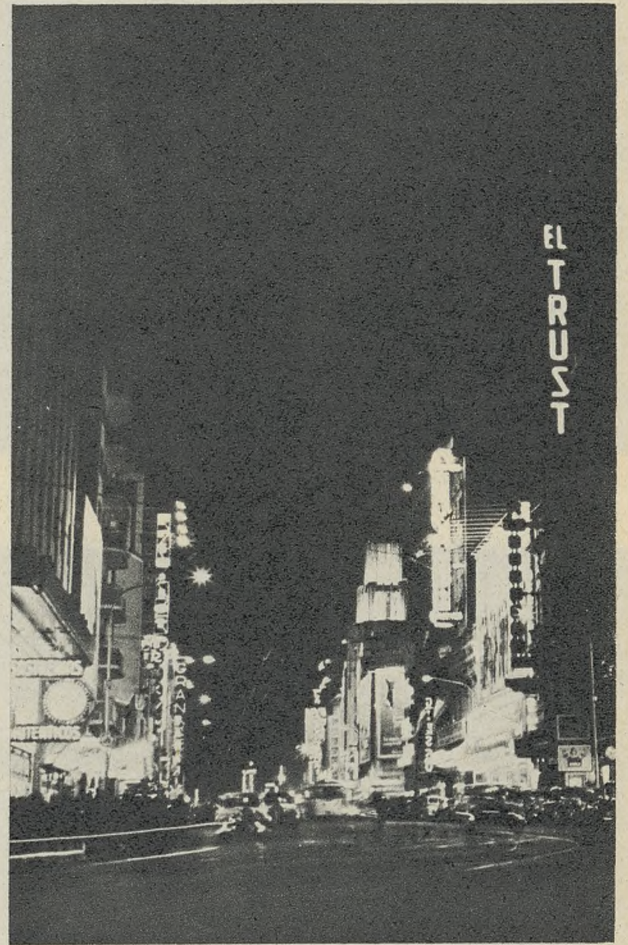
LAS LUCES DEL CENTRO

Muchos tangos han hablado y siguen hablando de las «luces del Centro». Buenos Aires no es una ciudad homogénea. Así como dentro de la geografía argentina se encuentra a un lado, centralizándolo todo en un país inmensamente amplio; así, dentro de ella, también a un costado, junto al río, tiene un Centro que constituye el corazón de la ciudad. Allí, el porteño —ciudadano de la metrópoli— no solamente va a divertirse, va a gobernar al país, a hacer sus negocios, a enterarse de las novedades..., en una palabra: a vivir.

La caravana matutina de miles y miles de empleados que concurren a trabajar a las oficinas del Estado, a los Ministerios, a los Bancos, es suplantada, al caer la noche, por otra caravana de no menor densidad, que va a divertirse. Salas de fiesta, cines, teatros, confiterías y bailes se apiñan, se enciman, se superponen en un perímetro reducido. En muchas calles de ese sector se corta a determinadas horas el tránsito de vehículos para evitar accidentes, y es tal la aglomeración, que llegan a formarse colas no ya para entrar a determinada sala, sino para pasar por determinada calle.

Como reaccionando contra esa ilógica aglomeración, se han formado centros de recreo muy lejos de ese lugar, a 20 y 30 kilómetros de distancia, aunque todavía —en su monstruoso tamaño— la ciudad sea todavía ciudad a tantos kilómetros del centro. Así, en Ezeiza, o en Olivos, Vicente López, San Fernando y tantas otras localidades suburbanas.

Pero habíamos hecho el firme propósito de no entrar en lugares cerrados, de modo que dejemos el Centro. Solamente, al pasar, reviviendo la antigua costumbre —hoy ya perdida completamente— de «salir a pasear», demos una ojeada a los edificios públicos iluminados por alguna fiesta nacional: la Pirámide de Mayo, en la plaza del mismo nombre, a pocos metros de la Casa de Gobierno; el Cabildo, donde hace ciento cincuenta años comenzó a forjarse la Independencia; la calle Corrientes, angosta y familiar antaño, amplia y cosmopolita en el presente; el Palacio del Congreso, con su inmensa cúpula de bronce...



PALERMO: UN RETAZO DE CAMPO

Buenos Aires vive de espaldas al río más amplio del mundo, el Río de la Plata. Toda ciudad costera suele aprovechar arquitectónica y urbanísticamente la presencia del agua: la capital argentina no lo ha hecho jamás. Ha visto al río como un instrumento de trabajo, como una fuente de riqueza, nunca como un adorno o un motivo de esparcimiento. Tiene una avenida costanera. Pero su éxito como paseo es muy relativo. Sólo en algunas noches estivales suele afluir regular cantidad de público; pero no encuentra nada que hacer allí, salvo callarse y tratar de oír el murmullo de las olas. Pero los tiempos modernos no están para prácticas contemplativas. Y los tres o cuatro bares con terraza, con algunos números musicales habitualmente de pésimo gusto y calidad, no brindan una atracción suficiente.

En cambio, los inmensos Bosques de Palermo, que vendrían a ser lo que el Parque del Retiro para Madrid —pero aumentado en gran proporción y sin el cierre nocturno— se han puesto más de moda. Espectáculos líricos, en un teatro al aire libre que se desmonta en invierno, y que tiene una capacidad de 50.000 espectadores; conciertos, ópera —a la que el porteño es muy aficionado—, ballet y cuanta







variación ha descubierto el hombre a los milenarios artes del canto, el baile y la música, hallan en esta zona campo propicio.

A su vez, desde Shakespeare a Esquilo, reviven noche a noche en las brumas coloreadas del amplio Jardín Botánico. En extraña convivencia, los clásicos del teatro y los estilos más avanzados de danzas modernas, se presentan al público en un teatro que podríamos denominar «íntimo» —por tener una capacidad sólo de algunos miles de espectadores—, instalado entre la fronda de mil especies distintas de árboles y plantas.

Es curioso ver a ese público silencioso, extasiado, sumergido por completo en los vericuetos del arte, habiéndolo contemplado unas horas antes febril y apresurado corriendo y tropezando por las calles del Centro, que se han quedado muy estrechas para una urbe de seis millones de habitantes.

Para algunos observadores «eso es lo bueno de los porteños», que saben hacer cada cosa en su lugar, y cada afán en su hora. Para otros, «eso es lo malo»: vivir en compartimentos estancos, sufrir una esquizofrenia constante, con ritmo desenfrenado cuando el reloj lo marca, y con quietismo oriental cuando el reloj lo dispone... Difícil es congeniar todos los gustos humanos.

ENTRE TECHADO Y SEMITECHADO

El Luna Park nos deja desconcertados. Porque no sabemos si ubicarlo entre los sitios techados, que no íbamos a visitar esta noche —porque techo tiene—, o si incluirlo en la ronda imaginaria —porque tiene tan alto ese mismo techo...—. Amplio local, con capacidad para 20.000 espectadores, es de todo: habitualmente, palacio de los deportes, en especial el boxeo, que reúne multitudes tres y cuatro veces por semana, pero también sala de baile, en Carnaval, centro de reuniones políticas y sindicales, templo improvisado de imponentes manifestaciones de fe, o teatro monstruoso —como esta noche—, donde el tango, desbordando los límites de su compás musical, se hace sainete o zarzuela criolla.

«Juancito de la Rivera», una obra que, como tantas, llega al corazón sensiblero del porteño. Le habla de tiempos idos: de «taitas», «papusas» y «percantas», del arrabal que ha barrido el asfalto... Le recuerda momentos dolorosos, donde el llanto de los fuelles y el grito de los violines hacían música una pena que no quería hacerse lágrima. Y lo hacen sonreír con la picardía porteña, con la «cachada» de humor un tanto cáustico.

El espectador se da cuenta que algo ha cambiado en el tango, que ayer —para unos, el ayer es su pasado; para otros, es lo que le han contado sus padres— tenía valor de testimonio; pero hoy, en cambio, se ha ido quedando en recuerdo evocador. Pero le sigue gustando. Y cuando algún locutor de radio —de esos que ahora se llaman The Jockers— lanza una batalla entre el tango y el «rock» sabe de antemano quién será el triunfador.

Extrañas noches las de Buenos Aires. Tan extrañas como eso de «pasar las Pascuas con calor». Tienen como protagonista a un hombre atareado, al que no logra vencer un ritmo imposible para quienes no lo hayan vivido, y que, de pronto, cuando el sol al ponerse en horizonte rectilíneo de la Pampa que comienza aún bajo el manto de miles de edificios, dice «¡Ya!» y se dedica a divertirse. Con una alegría limitada en el tiempo y en el espacio. Como si se cumpliese un rito. Como si se desahogasen malos humores que podrían molestar al día siguiente.

Extrañas noches de una extraña ciudad.

JUAN PASSAPONTI
Fotos: Daniel García-Díaz

Arriba: La pirámide de Mayo, a pocos metros de la Casa de Gobierno. Abajo: La calle Corrientes, vista en dirección Oeste

CLARA SILVA

LA POETISA URUGUAYA

¿Quién, si está enterado de literatura en lengua española, no conoce a Clara Silva? Es la privilegiada autora de *La cabellera oscura*, de *Memoria de la Nada*, de *Los Delirios*, de la novela *La sobreviviente*. Y, ahora, de *Las bodas*. Clara Silva, acompañada por nombres gloriosos que, como el suyo, están calientes en el fino aire del Uruguay. Delmira, arropada fúnebremente por su tragedia, aquella incomprensiblemente turbulenta marea de vida que desemboca en el crimen; Juana, surgiendo, candorosa y vital, ofreciente de milagros líricos, coronada de amor cumplido; Clara, caminando desde las compactas tierras de una creación misteriosa: vacilante y segura, temblorosa y erguida, con la fría pasión reconcentrada de quien todo lo conoce y hacia todo va mientras está viniendo siempre... Y las otras poetisas uruguayas, universales también: Sara de Ibáñez, Amanda Berenguer, Dora Isella Russell, que avanzan con firme paso por el camino ya ensanchado que iluminan las mayores...

En 1956, precisamente cuando el último viaje de Clara Silva a Madrid, la recibimos y agasajamos como ella merece en el jardín del escultor José Planes. Acababa de crear éste una de sus más logradas esculturas: una mujer cuya estilización se afilaba en línea aguda, proral, anegándose toda ella en una niebla finísima, de la que no escapaban ni brazos ni piernas; ni siquiera parte del esbozado torso, que remataba una ascendente cabeza, en cuyo rostro la boca era lo más trágico: porque la boca hablaba de la muerte..., una entreabierta boca, como *tumefacta*... Mujer, en fin, que llegaba de un remotísimo país al que pueblan las sombras, o las aguas, o las nieblas, para traernos el mensaje impresionante de su silenciosa sabiduría. José Planes tenía aún sangrante en su humanidad la herida que le causara perder a la que fue su esposa y su modelo, y la buscaba nuevamente en la piedra para hallarla difuminada por la implacable y voraz distancia.

Al verla, Clara Silva (al verse, pensé yo no sé por qué rara asociación de imágenes líricas), exclamó: «¡Qué silencio tiene!» ¿Es que ella recordaba, comprobándola, su *Memoria de la Nada*? ¡Una mujer superada en su humanidad por una elevación espiritual que atravesó lo desconocido!

Clara Silva también ha nacido del costado más profundo de la eternidad.

Pudiéramos admitir que ella, aunque siempre consciente de su propia categoría espiritual (pues todo el que *es* conoce su *ser*), ignoraba, sin embargo, cuál sería, al fin, su consagración radiante. Por eso, aquella búsqueda entre las sombras, aquel hundir los brazos hasta los hombros en la masa vigorosa del misterio compacto...

Y ahora, *Las bodas*. Un volumen breve de poesía magnífica, estremecedora, perfecta, de hallazgo total de la criatura con su antaño escondido destino. Una Clara Silva hallada para su bien y el nuestro, que, por fin, abocó a la Luz: la que no engaña, la que es eterna, como la eternidad a que aspira la Poesía.

Las bodas es un libro muy hermoso, del que hemos de escribir despacio, analizándolo con demora, porque entronca, directamente, con la poesía mística española de mayor envergadura. Recientemente ofrecí a una institución solemne trabajar acerca de «los antecedentes de la poesía mística española en la poesía femenina de hoy, española también o de lengua española». Y se consideró baladí la empresa porque fracasé en ella, lo cual no me extraña, porque todo lo que se ofrece de *verdad* cae vencido por lo circunstancial o mediocre. Y he aquí que, súbitamente, llega al libro de Clara Silva, la gran poetisa uruguaya, que demuestra hasta el colmo mi afirmación de que en nuestras letras HAY antecedentes, que se mantienen, de poesía mística de los siglos gloriosos de la misma en España.

Solamente en la forzosa brevedad de esta nota, destacar nombre y obras; insistiendo en mi admiración por *Las bodas*, el último volumen que nos llega de Clara Silva.

Yo salgo de mi noche para entrar en tu cielo,
tú sales de tu cielo
para entrar en mi noche.
De tu casa a mi casa se establece
el estrecho camino del relámpago;
y el vértigo que nos posee
si damos un paso más allá de la orilla
de tu secreto desgarrado.

CARMEN CONDE



EL MUNDO EFERVESCENTE DE RÓMULO GALLEGOS

Un mundo en evolución, haciéndose, en el que *se siente todavía no ha terminado el día sexto del Génesis*, según palabras del propio escritor venezolano. Un mundo donde caben por igual los héroes redentores y los explotadores de mala fe, pero donde no tienen cabida la desidia o la deserción. Un mundo hilvanado a machetazos, cosido lanza en ristre, rematado a golpes de corazón.

En su primera obra, *Reinaldo Solar*, hay ya una promesa de la gigantesca tarea que Rómulo Gallegos se propone. Está Reinaldo con su amigo el pintor Rivero, y contemplan cómo los mendigos de un asilo cercano —unos, ciegos; otros, mancos— trabajan un pedazo mísero de tierra, y Reinaldo propone a su amigo que pinte aquello: *Explotemos nuestro yermo espiritual, mostrando, desnuda y verdadera, el alma abolida de nuestra raza; sembremos nuestro dolor, la incurable melancolía de nuestra incapacidad, para cosechar nuestro arte.* Y esas palabras son el imperativo que el autor se dirige a sí mismo: cantar la verdad desnuda del alma venezolana, para que de ella surja la epopeya de un futuro mejor.

De todas las miserias emana siempre un mismo mensaje: Fe en el futuro. La obra de Rómulo Gallegos nos da idea de una Venezuela llena de lastres, pero una Venezuela en marcha. Sus novelas, al final, empiezan: Victoria, «la trepadora», consigue fundir su deshonroso apellido de «Guanipa» con el rimbombante «Del Casal», para enseñarnos que desde ese momento abre marcha una nueva sangre en las posesiones de Cantarrana; el triunfo de Santos Buzardo sobre Doña Bárbara es el triunfo del porvenir de Marisela; un joven, Marcos Vargas, sale purificado de las garras de «Canaima»; Pedro Miguel y Luisana componen la pareja enamorada que se embarca, rumbo al destino, tras superar el hechizo de «La Blanca»; Remota Montiel inicia, al final de *Sobre la misma tierra, dónde se encuentran la estupenda suerte ajena junto al descuidado infortunio propio*, la redención del indio guajiro, arrancándole a Andrés Gadea los despojos del pirata Demetrio Montiel; otra vez una mujer —Florencia Azcárate— consigue que Juan Luis Marino deje de ser «una brizna de paja en el viento», y le dice, como despedida: *Ve y vuelve. Yo te esperaré.* Incluso en las novelas que, de algún modo, «terminan mal», queda abierto un flanco a la esperanza; el espíritu de «el forastero» ya no está entre los estudiantes del pueblo manejado por Guaviare y Parmenión, pero Elio dice: *Yo estoy seguro de no haber perdido mi ensayo de hombre y de responsabilidad. Para ti tampoco fue experiencia inútil, y mañana, cuando nos toque de veras y a fondo se podrá comprobar.* A Florentino, *Cantaclaro*, «se lo lleva el diablo»; pero otro estudiante —Martín Salcedo— ha aprendido la lección de que el mejor camino de la justicia no es la revuelta armada: *Otra empresa es la que hay que acometer y quiero intentarla.*

Es la empresa a la que Rómulo Gallegos entregó, no sólo su obra, sino también su vida. La empresa que solicita una *Venezuela naciente todavía.* Sus personajes son otros tantos modernos colonizadores que buscan las raíces del alma de su pueblo y que depositan su fe en algunos hombres que creen elegidos: unas veces buscarán «el caudillo» —*Sobre la misma tierra*—; otras veces, *El Hombre*, con mayúscula —*El forastero*—; otras, *El Jefe* —*Pobre negro*—. Con un nombre o con otro, lo que anhela el pueblo venezolano —como los de otros países del Continente y de otras latitudes— es la persona que encauce, asimile y sobrelleve las ansias de libertad y justicia, postergadas por la explotación de los caciques. Ese pueblo oprimido, que sufre en silencio, estalla algún día y se aprieta en torno al primero que desvela en una mirada enérgica su predestinación de escogido. ¡Cuántos fracasos, cuántas frustraciones, en esta entrega ciega! Son los mismos que se han dado una y mil veces en los países hispanoamericanos, terreno abonado para la guerra civil y el golpe de Estado, para el «volverse de la tortilla» o el «voltearse», como dicen por allá: una tortilla que casi siempre resulta tan dura y chamuscada como la anterior.

En dos de sus novelas, por lo menos, se relatan —¡qué bien quedan en boca del fantástico Padre Mediavilla!— cuentos popula-

res de los que son protagonistas el «Tío Conejo» y el «Tío Tigre»: el «Tío Conejo» es el pueblo, que sólo puede suplir la debilidad con la astucia, y el «Tío Tigre» el explotador, el cacique, fuerte, pero torpe y tosco. En estos cuentos, que la gente escucha embelesada, vence siempre el «Tío Conejo», el débil, el pueblo. Es un consuelo a todas luces estéril, pero que resumen la teoría política de Rómulo Gallegos: la victoria no por la fuerza, sino por la inteligencia. Así, en la realidad, fué la suya cuando, en 1947, la abrumadora mayoría registrada en las urnas electorales le llevó a la Presidencia de la República. Pocos años después iba a arrojarle del Poder, lo que él tanto había combatido: la revuelta armada.

Tan inconstantes como el pueblo venezolano son los personajes de Gallegos: gentes que se guían por corazonadas, que cambian de opinión de la noche a la mañana, que reaccionan por los signos externos que les salen al paso en el camino. sin razonamientos, sin lógica, sin el menor atisbo de elaboración mental. Gentes que, en la mayoría de los casos, marchan a la aventura, a la conquista de algo inconcreto, a la busca de su propia esencia. Fijémonos que en los protagonistas se repite la circunstancia de una ascendencia dudosa e ilegítima: Pedro Miguel es hijo de la violenta posesión de una blanca por un negro; Remota Montiel, del abuso, esta vez consentido, del blanco Demetrio Montiel a la guajira Cantaralia; los padres de Marcos Vargas también son blanco e india, y Victoria es nieta del capricho de Jaime del Casal con la «cogedora de café» Modesta Guanipa. En todos ellos «pesa» este origen turbio, que no es sino reflejo del origen también «turbio» —en el sentido de mezclado, heterogéneo— del alma venezolana: mitad sangre española, mitad sangre india, con gotas de sangre negra importada de África por los traficantes de esclavos. Este origen hace que los personajes se sientan incómodos, nerviosos, desazonados; que no quieran ser ni españoles, ni indios, ni africanos; que quieran ser ellos mismos, encontrar su propio espíritu, dar a luz el nuevo ser concebido por esa fusión de razas. Venezuela es, como se dice en *Pobre negro*: *Una idea buscando una forma*. O, en frase de *Canaima*: *La tierra del descubrimiento y la colonización inconclusos*.

Algo que *hierve* en emociones inmaculadas, sobre una tierra de conquista, donde caben todavía la selva, la fiebre del oro o del petróleo, los ritos ancestrales de las tribus indias, los tigres y las serpientes, los matones con pistola al cinto, la defensa o el ataque a dentelladas de cada palmo de suelo. Una tierra en elaboración constante, ilusionada hoy, desengañada mañana, pero nunca rendida.

La pluma de Rómulo Gallegos ha entrado en esa tierra y en esos hombres —«su» tierra, «sus» hombres— sin malicia, no ya técnica, sino ni siquiera ideológica. «Volcándose», como suele decirse, en la empresa de relatar el encuentro de la civilización con la naturaleza. El, tan enemigo del «machismo», nos ha dejado unos héroes admirables por su talante varonil, otros no menos admirables y necesarios por su cabeza bien sentada sobre los hombros, y unas heroínas capaces de sacrificar su ternura y su maternidad en aras de la Idea o precisamente de lo contrario: poner su ternura y sus instintos maternales al servicio de la encarnación de una Forma.

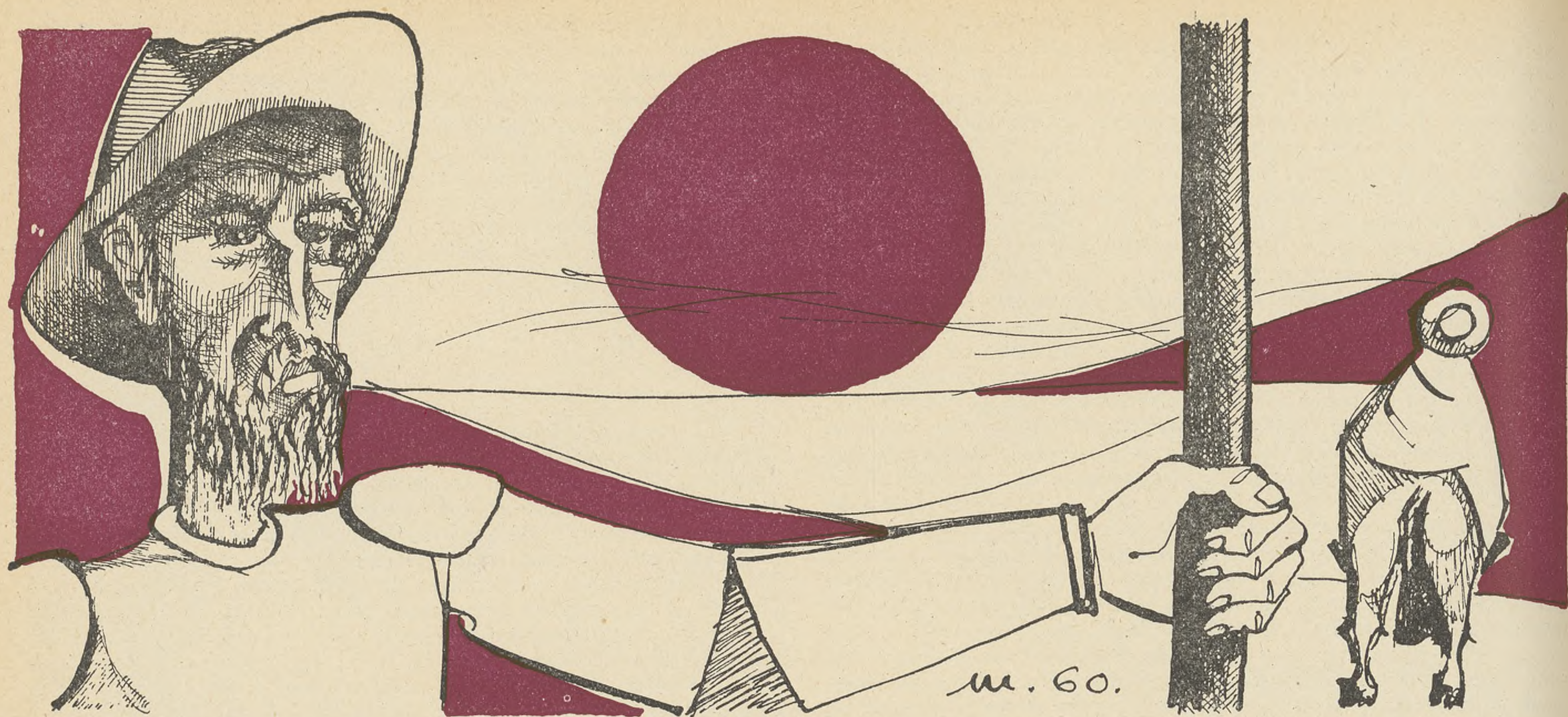
* * *

En estos momentos de la historia de la Humanidad en que los pueblos sometidos a colonización se agitan en busca de la libertad que los conduzca al encuentro de sus más puros valores, y estallan por todas partes los clamores indecisos y tumultuosos de las razas hasta ayer postergadas, el mundo novelístico de Rómulo Gallegos cobra especial relieve porque en él se encuentran diluídos los problemas y las esperanzas de las naciones en trance de formación y de conquista de la propia alma. Futuros inciertos, pasados borrosos, peligro de tiranías, fe en los líderes elegidos por aclamación, mezcla de aerodinamismo y barbarie, replanteamientos económicos, aventura del diamante, o del petróleo, o del uranio, o de la agricultura mecanizada, o del regadío, o de las Universidades... Epopeyas sangrantes entre hervores de patriotismo y venganzas largos años contenidas...

Esa Venezuela «haciéndose» que nos ha dejado Rómulo Gallegos contiene la visión anticipada de los pueblos de color que acaban de ponerse en marcha. El África de la selva y la tribu, de la riqueza sin explotar y el pueblo —todo corazón— sin educar, estaban ya, hechos historia, en las márgenes del Orinoco y del Arauca, en Maracaibo y la Guayana, y, sobre todo, en los Alcorta, en los Casal, en los Luzardo, en Juan Parao, en Florentino, en Marcos Vargas y en Remota Montiel...

RAMÓN NIETO





LA AVENTURA DEL ENGAÑO BUSCADO

POR LUIS ROSALES

Para comprender la evolución del pensamiento de Cervantes conviene que fijemos nuestra atención en la tercera y última salida de Don Quijote. Las dos primeras estuvieron gobernadas por el azar; ésta, en cambio, tiene un propósito definido: ir al Toboso *para tomar la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas.*

A Sancho, naturalmente, no le agradan estos proyectos, temiendo que se descubran sus trapacerías cuando el negocio de la carta e intenta disuadir a su señor: *Yo así lo creo, pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarle, ni verse con ella, en parte a lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi por vez primera, cuando la llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.*

A Don Quijote no le importan las restricciones y tapamientos de Sancho. Sólo le importa ver a Dulcinea, sea por lonjas o miradores o por el ventanuco de un zaquizamí. Sólo le importa verla, pues sabe que una palabra suya basta para fortalecer su corazón y hacerle único y sin igual.

En estas y otras pláticas se les pasaron tres días sin cosa digna de mención. De anochecida llegaron al Toboso, y al descubrir la ciudad *se le alegraron los espíritus a Don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla y el otro por no haberla visto, estaban alborotados.* Y bien, mi señor Don Quijote, ya estás en el Toboso, y ¿ahora qué vas a hacer? ¿Llegar a casa de Lorenzo Corchuelo —tam, tam. tam— y preguntar por ella, por su hija? Tal vez ya no conozcas a Dulcinea.

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
—¡oh corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huída de la primavera?

Tal vez ya no recuerdes si era burlona o entreverada, rubia o morena, adormecida o despierta de mirar, garza o melada, hormigueante o limosnera. Tal vez ya no recuerdes que tenía las mejores manos que había en toda la Mancha para salar puercos. Piénsalo bien. Tantos años de amor callado y sin arrimo, tantos años de alejamiento para hacerla a tu gusto, para vestirla de largo en tus sueños y ahora, ¿qué? ¿Le vas a dar la mano? ¿Vas a decirle que te alegras de verla? Piénsalo bien. La Dulcinea que tú has soñado no la vas a encontrar. Tal vez no existe. Pero has dicho que vive en el Toboso y hay que enfrentarse con la verdad. La vida ajusta cuentas. ¿No será cierto que Dulcinea tira la barra como el más forzudo zagal del pueblo y que es moza de chapa y romería que se basta, y se sobra, para sacar la barba del lodo a un caballero andante? Tal vez escriba su nombre con las sílabas separadas. Piénsalo bien. No todas las cosas deben llevarse hasta el cabo, ni ser vistas por brújula. Tal vez conviene que esta historia se quede donde está, puesto que al fin y al cabo un dolor no se inventa y Dulcinea ya ha comenzado a convertirse en tu propio dolor. Y bien, hablemos claro: ya has llegado al Toboso, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vas a medirte con tus sueños y enterrarte en ellos? Sancho, intranquilo, con conciencia alquilada y temerosa, espera órdenes de su señor. *Y, finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban.*

No lo acabamos de creer. Lo que hace Don Quijote al llegar al Toboso es detenerse y esperar. Ha dominado su impaciencia. Tal vez haya hecho bien. No hay nada tan hermoso en la vida como la expectación de la ventura. Si pudiéramos detener este instante. Si lo pudiéramos *ensanchar*. Nunca se encuentra tan *lleno* el corazón como en vísperas de alegría y nunca la esperanza es más intensa que al

acercarse hacia su fin. La expectación es un milagro; reúne las alas incompatibles y fundadoras del corazón; el gozo del deseo ya casi realizándose y el sentimiento de la esperanza ya casi despidiéndose.

Y bien, mi señor Don Quijote, ¿por qué razón quieres entrar de noche en el Toboso? ¿Es el tuyo un amor nocherniego, barragán y de llave maestra? ¿No pensarás poner en entredicho el nombre de tu dama? Tal vez pretendes prorrogar la expectación de tu alegría. Tal vez no sabes lo que quieres. *Media noche era por filo, poco más o menos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso.* Estaba el pueblo sosegado; la noche era clara; rompiendo la quietud se escuchaban ladridos de perros que turbaban el corazón de Sancho. En este ambiente da comienzo una escena increíble, extrema, afortunada. *El caballero y el escudero buscan a ciegas lo necesario inexistente.* Las callejas se pierden en la noche. Ni la ilusión de Don Quijote, ni el temor de Sancho les pueden dirigir. Han entrado en el pueblo, pero ninguno de ellos sabe adónde va, ninguno de ellos conoce la dirección del palacio de Dulcinea, ninguno de ellos puede confesar que desconoce esta dirección. Sancho, porque debiera haberla conocido al traer la carta; Don Quijote, porque debiera haberle visitado al conocer a Dulcinea. Callan los dos en el silencio de la noche y retrasan el paso cediendo la iniciativa al compañero. Nadie la toma. Nadie puede tomarla. Hasta que, al fin, la cautela —los pasos arrastrados y dejativos— se convierte en quietud. Se miran expectantes, durante largo espacio. Y bien, mi señor Don Quijote, ¿qué vas a hacer ahora? No es necesario preguntar. Don Quijote va a hacer lo que hace siempre: confiar. *Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.*

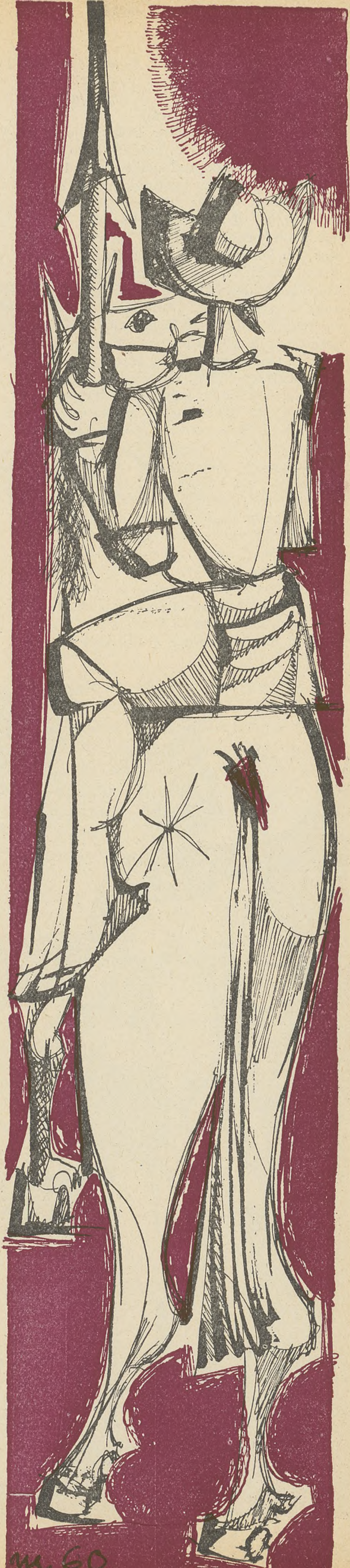
Somos hombres. Y como no podemos dejar de serlo, siempre que alguien nos habla confiadamente, siempre que alguien nos habla poniendo fe en nosotros, nos sentimos culpables y desearíamos estar limpios de pecado. Sancho intenta lavarse del suyo y disfrazarse con el niño que siempre lleva dentro, haciéndose el ingenuo. *A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña.* Sancho pretende ganar tiempo. Sancho quiere enmendarse. Sancho añade que ya no es hora de encontrar la puerta abierta, ni de llamar en casa honrada. Mas su señor no atiende a razones. Sólo le importa encontrar, una por una, el palacio de Dulcinea, y después Dios dirá. *Y advierte, Sancho, que o yo veo poco o que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.* Don Quijote es sincero. Don Quijote no miente. Don Quijote, al pronunciar las palabras anteriores asume su papel. Su papel es guiar. Quien manda, manda. *Pues guíe vuesa merced,* le dice Sancho, cínico y alegre, que pasa de enjuiciado a enjuiciador, de dirigente a dirigido, con este cambio de postura.

Así principian las muy famosas aventuras de Don Quijote en la segunda parte de la novela. Este paseo fantasmal, dialogado y nocturno, donde no ocurre nada, donde nuestros protagonistas buscan lo que no pueden encontrar, corresponde nada menos que a la aventura de los molinos de viento en la primera parte. No es posible contraste mayor. La invención ha tomado camino distinto. Aquí todo es sutil, cotidiano, profundo y la aventura va por dentro. Comprendemos la sorpresa, un tanto desilusionada, de los lectores, que pasarán ahora y pasarían entonces sobre estas páginas como sobre ascuas buscando la repetición de los temas ya conocidos.

Se acabaron los palos y el enfriamiento con la realidad; Don Quijote, desde este punto y hora, se va a enfrentar consigo mismo. Cervantes, maliciosamente y jugando con la emoción del lector, ha rotulado este capítulo de modo misterioso: *Donde se cuenta lo que en él se verá.* El capítulo es corto. Y en él vemos a un loco con los ojos tapiados de esperanza y a un cuerdo con los ojos anochecidos por el miedo que van a efectuar la visita imposible. La noche es entreclara, y andando a ciegas la esperanza sustituye a la luna. He aquí a un cuerdo y a un loco que cambian sus papeles, apoyándose mutuamente para no tropezar, pero ¿quién lleva a quién? No lo sabemos.

Y, bien, mi señor Don Quijote, no basta cambiar de mano la responsabilidad: *Guía tú, guía tú,* para encontrar la salida del laberinto; ni basta confiar: —*Sancho, hijo, guía tú*—, para encontrar lo que no existe. ¿Cómo es posible que andes buscando a Dulcinea? Es preciso arrostrar la verdad. Andáis perdidos por el pueblo. La noche aumenta la resonancia de vuestros pasos, y dobla vuestra incertidumbre, peroos mueve la fe y ya está casi a punto de realizarse lo irrealizable, cuando al fin se descubre que la sombra de la torre entrevista no era, ¡naturalmente!, la del palacio de Dulcinea. *Con la iglesia hemos dado, Sancho.* Y al pie de ella, junto a la torre de la iglesia habéis vuelto a sentiros inquietos, agolpados, entumecidos. Ya es inútil andar. Ya es inútil hablar. No podéis explicaros. Ni Sancho sabe lo que teme, ni Don Quijote sabe lo que quiere. Pero uno y otro se necesitan. Esto es lo decisivo. Sancho se apoya, sin saberlo, en la conducta de Don Quijote, y Don Quijote se apoya desesperadamente y sin saberlo en la actitud de Sancho. Sólo se puede prolongar situación tan inverosímil porque uno y otro no pueden explicarse sin destruirse mutuamente. Pero ¿quién lleva de la mano a quién en esta escena? No lo sabemos. No podemos saberlo. En verdad la indecisión culpable del escudero confirma la esperanza imposible del señor. Lo necesario une. A causa de ello y estrechado por la esperanza de Don Quijote, Sancho intenta de nuevo disculparse: *Yo me reportaré, respondió Sancho, ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de una sola vez que vi la casa de nuestra ama la halla de saber siempre, no hallándola vuesa merced que la debe haber visto millares de veces?* Esto es decir embuste para sacar verdad. Sancho no puede hablar claramente, pero desea que Don Quijote hable y le saque del pozo o le ayude a sostener su mentira. Va a conseguir esta complicidad. Tenga en cuenta el lector, para entender la situación, que las palabras de Sancho representan una tentación para Don Quijote, porque dan por supuesta la existencia de Dulcinea. He aquí el nudo de la cuestión, el nudo que en adelante va a vincular indisolublemente a los protagonistas de la novela. En la conciencia de culpabilidad de Sancho encuentra su precaria confirmación la esperanza imposible de Don Quijote. No hay mal que por bien no venga.

Pero debemos convenir en que lo claro no puede ser sencillo. Al llegar a este punto la escena toma un aire imprevisto, profundo y extremado. Don Quijote cae en el lazo que Sancho le ha tendido. Pudo muy bien justificar su desorientación diciendo, por ejemplo, que sus cuatro miradas a Dulcinea no habían sido domésticas, sino públicas, en día feriado y con sol en la plaza. No intenta hacerlo, y ésta es su sorprendente contestación: *Tú me harás, Sancho, desesperar, dijo Don Quijote; ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he*



visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

Así se habla, mi señor Don Quijote. Ya era hora de arrostrar la verdad. Pero si esto es así y no has necesitado verla para adorarla, ¿qué es lo que andas buscando en el Toboso? bien. Tal vez quieres tirar por un atajo para A lo mejor, tú mismo no lo sabes. Piénsalo encontrarte contigo mismo. Tal vez sólo deseas, sin percibirlo con claridad, que Sancho sea tu lazarillo en la invención de Dulcinea. Crece la caridad con ser comunicada. Tal vez anhelas ambas cosas. No lo sabemos. El caso es que la imprevista contestación de Don Quijote le desató la lengua a Sancho. La situación psicológica en que se encuentran los interlocutores vuelve a cambiar y la motivación del cambio es sumamente interesante. Siempre que discutimos o conversamos, el extremismo de la actitud ajena en cierto modo nos irrita, en cierto modo nos libera de obligaciones y en cierto modo nos hace irresponsables, por lo cual, oyendo hablar tan extremada y sinceramente a su señor, Sancho piensa que ha llegado la hora de saltar la barrera. Urde una nueva tentación. Oigamos sus resolutas, terminantes y lacónicas palabras: *Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo que pues vuesa merced no la ha visto ni yo tampoco.* ¡Ay Sancho, Sancho, tracista y urdidor!, cómo te atreves a decir que si Don Quijote no ha visto nunca a Dulcinea tú tampoco la has visto. ¿Qué pretendes con ello? ¿Qué relación de dependencia quieres establecer entre una cosa y otra? Cuando el río suena agua o piedras lleva. Al llegar a este punto del diálogo, la mentira hace crisis. Las palabras de Sancho son verdaderas, puesto que nunca ha visto a Dulcinea. Sin embargo, al apoyarse en la verdad, tampoco nos declara su intención. ¿Quiere jugar a carta descubierta, o bien pretende dar el juego por terminado? No lo sabemos. Su respuesta es demasiado cervantina. Parece clara y es enigmática. Parece responder y se reduce a plantear una nueva pregunta. Tiene carácter de tentación. Sancho utiliza la verdad como una sonda para declarar que el negocio de Dulcinea no es cosa suya, sino de Don Quijote y que por consiguiente toca a su amo resolverlo. Quiere jugar sobre seguro y para precaverse condiciona su actitud a la de su señor.

Cada cual va a lo suyo. La respuesta no satisface a Don Quijote. Para él no ha terminado el juego, ni puede terminar. Desea influir en la actitud de su escudero y precisa ganar la última baza, pero quiere ganarla sin hacer concesiones. Así, pues, plantea de nuevo la cuestión recordándole lo que Sancho quisiera olvidar. *Esto no puede ser, respondió Don Quijote, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste aechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié.* Y bien, hablemos claro, mi señor Don Quijote. ¿A qué viene esa nueva actitud que hace entrar el diálogo en un terreno resbaladizo y peligroso? ¿Cómo respondes cortándole el camino a la sinceridad de tu escudero? ¿Es posible que el detalle realista —aechando trigo— que ayer considerabas incompatible con el decoro de Dulcinea, lo utilices ahora como argumento persuasivo? Leemos y releemos tus palabras. No las podemos entender. No salimos de nuestro asombro. Porque tú puedes equivocarte; es más: debes equivocarte, pero tienes que ser veraz. Y, sin embargo, afirmas algo en que no crees. Tal vez tu fe ha desfallecido y necesitas lazarillo para seguir buscando a Dulcinea. Tal vez no buscas otra cosa sino convertir tu esperanza en palabras. Tal vez no tienes conciencia plena de que obligas a Sancho a mentir. Pero lo haces, le induces a que mienta. Esto es lo decisivo. Diríase, y es cierto, que en esta escena inverosímil, irónica, sonriente y de un acierto humano casi estremecedor, lo que busca desesperada y tercamente Don Quijote es que le engañe Sancho. Para ello ha entrado de noche en el Toboso y le aprieta, le cerca, le fuerza. He aquí a nuestro señor Don Quijote convertido en un símbolo alucinante y doloroso de la existencia humana. He aquí la escena del engaño buscado, del engaño querido. En ella se nos revela la verdadera clave del quijotismo, y en ella dan comienzo las andantes caballerías de Sancho para ayudar a su señor.

Capítulo primero del libro «CERVANTES Y LA LIBERTAD», de Luis Rosales



Enrique Ruiz García

Los intelectuales de John Kennedy

El Gabinete de Kennedy —en lo que se refiere a los diez Ministerios o Secretarías fundamentales— es uno de los más jóvenes de la historia política norteamericana. Baste considerar, por ejemplo, que es diez años menor —en promedio individual— que los constituídos anteriormente por Truman y Eisenhower.

«Los diez son universitarios. Uno de ellos se ha graduado con laude y tres han alcanzado el honor del Phi Beta Kappas. Dos, en su vida privada, son abogados. Otros dos forman parte del Consejo ejecutivo de grandes corporaciones industriales. Uno es banquero, cuatro han hecho carrera en la política y el último en el cuadro superior de una Fundación.»

«Tres de ellos son millonarios muy conocidos, pero sólo dos aparecen en las listas del Poor Directory —el «¿Quién es quién?» de los negocios— como directores de grandes compañías.»

Estas referencias son del «New York Times». No obstante, la variedad del equipo y las características mismas que rodean sus nombres revelan el cuidadoso equilibrio buscado para no crear rupturas con los distintos grupos de presión económica o política. La tesis del «mejor hombre» se adscribe y atiene, pues, a una realidad política muy concreta y circunstancial. De todas formas, y detrás de estos hombres de primera fila, queda en segundo plano un equipo intelectual de profesores universitarios que ha sido el creador, en cierta medida, del esquema mental del «New Deal» kennedysta. ¿Quiénes son?

El grupo, naturalmente, es muy vasto. Vamos a proporcionar, no obstante, la ficha de cinco grandes nombres.

JOHN KENNETH GALBRAITH

John Kenneth Galbraith, de cincuenta y dos años, es profesor de la Universidad de Harvard y forma parte del ala liberal revisionista.

Pasa por ser uno de los consejeros económicos de Kennedy. En realidad, es un formulador de grandes conceptos y sus tesis poseen fuerza indiscutible. Se ha dado su nombre como posible embajador norteamericano en la India. Si esto fuera así, se afirmaría el principio de la importancia histórica de ese país como elemento clave en la lucha de Asia. John Kenneth Galbraith ha estudiado con mucha atención los problemas derivados del desarrollo de la India, cuyo fracaso económico acarrearía la victoria china, por tanto, en un espacio geográfico habitado por mil millones de seres humanos.

El libro más característico de Galbraith es «The Affluent Society», que acaba de ser traducido al castellano bajo el título de «La Sociedad opulenta», por la Editorial Ariel, de Barcelona. Pero en la misma brillante línea está su lúcida interpretación «American Capitalism», «The Great Crash, 1929» y «The Liberal Hour».

La tesis central en «The Affluent Society» descansa en un examen muy penetrante de la economía norteamericana y, como resultado final, de las sociedades opulentas de Occidente. Galbraith advierte en ellas una enfermedad grave: el crecimiento y la distancia, cada vez más grande entre las necesidades relativas o artificiales —servidas por 10.000 millones de publicidad anual— y las necesidades públicas, abandonadas por las grandes corporaciones al Estado, por considerarlas poco rentables.

ARTHUR M. SCHLESINGER, JR.

Con «The Age of Jackson», el historiador Arthur M. Schelesinger alcanzó —en 1946— el renombrado Premio Pulitzer. Tenía veintiocho años.

Según el «New York Times», se encuentra «entre los más avanzados pensadores sociales de la nueva generación». Hijo de historiador, el joven Arthur se graduó en la Universidad de Harvard —en 1938— con todos los honores: «Summa cum laude».

Publicó su primer libro en 1939. Su título fué el siguiente: «Orestes A. Brownson: A Pilgrim's Progress». La obra le valió una considerable crítica favorable. Fué seleccionado, además, por el Club Católico del Libro.

Después de la guerra —sirvió en la Oficina de Información Militar y en los Servicios Estratégicos—, se incorporó a la Universidad de Harvard como profesor en el Departamento de Historia. Sus trabajos se multiplican desde ese momento. Aparece su tercer libro: «The Vital Center», y otros más, que no harán otra cosa que preparar el camino a su ingente trabajo «The Crisis of the Old Order», cuyo primer tomo es «The Age of Roosevelt» —La Edad de Roosevelt—, donde examina, en ancho análisis, la época comprendida entre 1919 y 1933.

Quizá no exista análisis tan penetrante del «New Deal» rooseveltiano como el proporcionado, hasta el momento, por Arthur Schlesinger, que personalmente se encuentra inserto, por otra parte, en los «Americans for Democratic Action», grupo situado a la izquierda, como es sabido, del partido demócrata.

Una de sus frases merece ser considerada porque revela su posición: «A menos que nuestro papel de gran nación se haya terminado, nuestro espíritu —el que lleva al hombre a las grandes realizaciones— debe permanecer insatisfecho e irrespetuoso. El liberalismo de 1930 debió hacer frente al paro económico, pero el de 1950 tiene que contender con el paro espiritual.»

WALT WHITMAN ROSTOW

Profesor de Historia en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, Walt Whitman Rostow ha tenido una enorme difusión como autor por su trabajo «The Stages of the Economic Growth». Su éxito ha sido fulminante y se dice que su libro «Las etapas del desarrollo económico de las naciones» —«Un Manifiesto No Comunista», añade el subtítulo —ha sido «la aportación más estimulante al debate político y económico desde la guerra». Estas palabras fueron publicadas en el «Economist», de Londres.

Ese famoso trabajo nació, en líneas generales, de unas conferencias pronunciadas por el profesor Rostow en la Universidad de Cambridge. El tema era por demás interesante: «Un método histórico-económico de conceptuar la expansión de la historia moderna.»

El «New York Times» de 12 de diciembre de 1960 señaló que Rostow será nombrado Asistente del Secretario de Estado en el Departamento de Planificación Política. En tanto que profesor de Historia Económica en el Instituto Tecnológico de Massachusetts —desde 1950— Walt Whitman Rostow forma parte de una «élite» intelectual de enorme prestigio, ya que el Instituto constituye una gran excepción entre los de su género en el mundo, porque se hacen confluir en él, a un mismo tiempo, la ciencia y los más avanzados estudios sociales.

Entre octubre y noviembre de 1959 Rostow sostuvo una interesante polémica con «Pravda», en réplica a un comentario suscrito en ese periódico por Yuri Zhukov.

Las tesis de Rostow son amplias, abiertas y sumamente esclarecedoras. Considera que existen, actualmente, fórmulas de «desarrollo» mucho más rápidas que en el pasado y estudia los conflictos mundiales del momento con indudable lucidez, aunque puedan caber, naturalmente, discrepancias.

Es necesario añadir, por último, que intervino ampliamente en la creación del llamado «Plan de Cielo Abierto», que presentó Einsenhower, en su tiempo, como posibilidad o factor favorable para el desarme.

PAUL A. SAMUELSON

Hace unos días, John Kennedy, consultado sobre un tema económico, advirtió a los periodistas que esperaba antes un estudio que en esos momentos estaba preparando el profesor Paul A. Samuelson.

Paul A. Samuelson tiene una cátedra de Economía en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Se le considera en numerosos círculos —y la revista «Time» lo asegura— como el verdadero consejero económico del Presidente electo. Desde luego, en superior grado que John Kenneth Galbraith. El secreto de ello acaso resida en la diferencia existente entre ambos profesores. El de la Universidad de Harvard abarca mayores supuestos. Paul A. Samuelson ha logrado, al revés, ceñir de tal forma los elementos económicos a un cuadro tan racional y explícito, que su libro «Economics, An Introductory Analysis», se ha convertido en un verdadero «best-seller».

Teórico práctico ha hecho populares sus tres proposiciones: «qué, cómo y para quién». Es decir:

¿«Qué» clase de mercancías deben ser producidas y en qué cantidades?

¿«Cómo» deben ser realizadas o cumplidas?

¿«Para quién» se producen?

Su análisis, en los tres casos, es del siguiente porte: Primero, ¿qué cantidad de mercancías y servicios deben ser producidos alternativamente? Segundo, ¿por quién y con qué capitales y recursos técnicos deben ser producidos? Tercero, ¿de qué forma se distribuirá el producto de la renta nacional entre los individuos y las familias?

WALTER HELLER

Profesor de la Universidad de Minnesota. Acaba de ser nombrado por Kennedy para dirigir el Consejo Económico.

Walter Heller, de cuarenta y cinco años, encabeza el Departamento de Economía de la Universidad previamente citada. Ha sido uno de los primeros hombres del nuevo equipo en haber roto el fuego contra la situación heredada.

Es de notar que su predecesor en el cargo —Raymond J. Saulnier— terminaba de hacer, no hace muchas jornadas, unas declaraciones a través de las emisoras de New England. Interrogado por los periodistas en torno a si existía o no una «recesión» se negó a admitir ni aun el uso de la palabra.

El profesor Walter Heller ha tomado el toro por los cuernos con la siguiente frase: «Después de seis meses de recesión económica, tres años y medio de bajo empleo y escaso desarrollo económico, el ciclo se ha cerrado con otros dos o tres años de constante evasión del oro; por todo ello, me siento obligado a decir que el cargo es bastante complicado.»

Para el profesor Heller, sin embargo, el dilema no reside en la existencia de esa crisis de recesión que entiende será superada, sino en destruir las causas «que hacen posible el retraso del crecimiento de la renta nacional.»

Esta posición marca —como ocurrió dialécticamente entre Nixon y Kennedy en torno a la declinación o no del prestigio y la influencia norteamericana en el mundo— el ataque universitario a la convención oficial de la era de la prosperidad eisenhoweriana. Así, igual que Kennedy asumió la responsabilidad personal de advertir al país la efectiva declinación del Poder, Walter Heller desenmascara, a su v[illegible] el problema de la recesión o depresión económica he[illegible] patente, por otra parte, con la crisis del dólar.

El historiador Schlesinger ha definido el momento co[illegible] estas palabras: «Hay que volver a definir el porvenir.»



CARTA DE JUAN DE LA COSA.—Año de 1500. Museo Naval de Madrid.

ESFERA TERRESTRE DEL SIGLO XVII.—Museo Naval de Madrid.

Homenaje de la Marina Española al Cuerpo Diplomático Iberoamericano y al Instituto de Cultura Hispánica



En la tarea de fraternización hispanoamericana, es la ruta del mar, precisamente, el camino más corto entre los dos puntos que marcan nuestra trascendental trayectoria, porque, en oposición a la idea de lejanía, de separación o de indiferencia, es el mar la ruta común, el quehacer y el camino en que se encuentran, real y simbólicamente, nuestros destinos y nuestros empeños espirituales. Entendido así por el Instituto de Cultura Hispánica, por los países del orbe iberoamericano y por nuestro Ministerio de Marina, el encuentro de los altos cargos del Instituto con los Embajadores y con el Ministro y altos funcionarios del Ministerio en la cena de gala ofrecida por éste el pasado día 25 de enero, tuvo el tono cordial y el entendimiento que hacía esperar tan relevante encuentro entre hombres de linaje hispánico.

Discurso del Excelentísimo Señor Ministro de Marina



Un aspecto del acto que reseñamos

Ninguna profesión puede sentir más hondo que la mía lo entrañable de las tierras de Ultramar, porque su evocación nos trae, con la fuerza de muchos momentos gratos allí vividos, los inefables de nuestra época de guardiamarina, cuando por primera vez las visitamos y que, por tanto, guardamos un recuerdo en ese rincón amable del corazón en donde duermen las añoranzas de nuestros mejores años mozos.

Por ello, volver a visitar vuestros países, desde la suave y florida California a la inhóspita y sobrecogedora región magallánica, como el rosario de islas que esmaltan por el Pacífico, presididas por el florón de las Filipinas, no solamente es un privilegio, sino una necesidad, para el regusto de tanta cosa grata hondamente sentida y recordada.

Y tan sólo la contemplación de los colores que simbólicamente, cortando todos los meridianos, nos presiden por igual, junto a las de las hermanas de Portugal y Brasil producen resonancias entrañables en nuestro ser, por haberlas visto nosotros tremolar casi todas en sus respectivos países, antiguas Provincias de la Madre común: la España que alumbró un Nuevo Mundo con una página marinera, y la que con otra gesta, también marítima, salvó la civilización occidental, en aquel Lepanto definitivo, y cuyo nombre está unido a la pluma más gloriosa de la lengua castellana que todos hablamos.

La Marina, pues, no puede, ni quiere, ser ajena a la cordial política de acercamiento espiritual, que compete al Instituto de Cultura Hispánica, y, de la mano con él, coincidiremos en esta misma inquietud; y, como primera manifestación de este firme propósito, he alcanzado la enorme satisfacción de poderos reunir en este Museo Naval, que en gran parte también os pertenece, rodeados de los retratos de muchos de los marinos que fueron gala de buen gobierno en las antiguas Provincias de la época virreinal.

No quisiera turbar más esta cena, que espero pueda tener repetición periódica, cuando este Museo se traslade al marco del edificio del Museo de América, en la vecindad del Instituto de Cultura Hispánica; convivencia buscada, que no debe achacarse a feliz casualidad y que con alguna iniciativa más de orden cultural, en la que espero el apoyo de mis colegas en el Gobierno, los Ministros de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional, espero que la Marina ocupe el lugar debido y deseado en el ámbito de la confraternidad del Mundo Hispánico.

Y al agradeceros a todos el honor de haber concurrido, me complazco en brindar por el venturoso porvenir de vuestros países y sus Jefes de Estado, a quienes ruego hagáis llegar el homenaje rendido y sincero de los marinos españoles, que si alguna vez fueron derrotados en lo material, jamás fueron vencidos porque sentimos muy hondo esas virtudes raciales que son: espíritu de sacrificio, lealtad a nuestros santos ideales, sufrimiento altanero y desdén por lo pequeño.

El acto fue ofrecido en los salones del Ministerio de Marina, y fue presidido por el excelentísimo señor Ministro de Marina, Almirante Abárzuza, y señora de Abárzuza, y asistieron, acompañados de sus esposas, los Ministros españoles de Asuntos Exteriores don Fernando María Castiella y de Educación Nacional don Jesús Rubio. Su importancia queda patente en el discurso pronunciado por el Ministro de Marina, que tuvo adecuada y brillante contestación —con auténtica coincidencia de ideales e intencionalidad— en el discurso del Embajador del Brasil, al cual caracterizaba especialmente su calidad de más antiguo embajador entre los del mundo iberoamericano. Ambos textos son reproducidos en estas líneas.

En la amplia e ilustre representación del Cuerpo Diplomático iberoamericano se hallaba el Embajador de Portugal, país hermano, con el que España se siente entrañable y materialmente unida, y no sólo por las

El señor Abárzuza con el Embajador del Paraguay



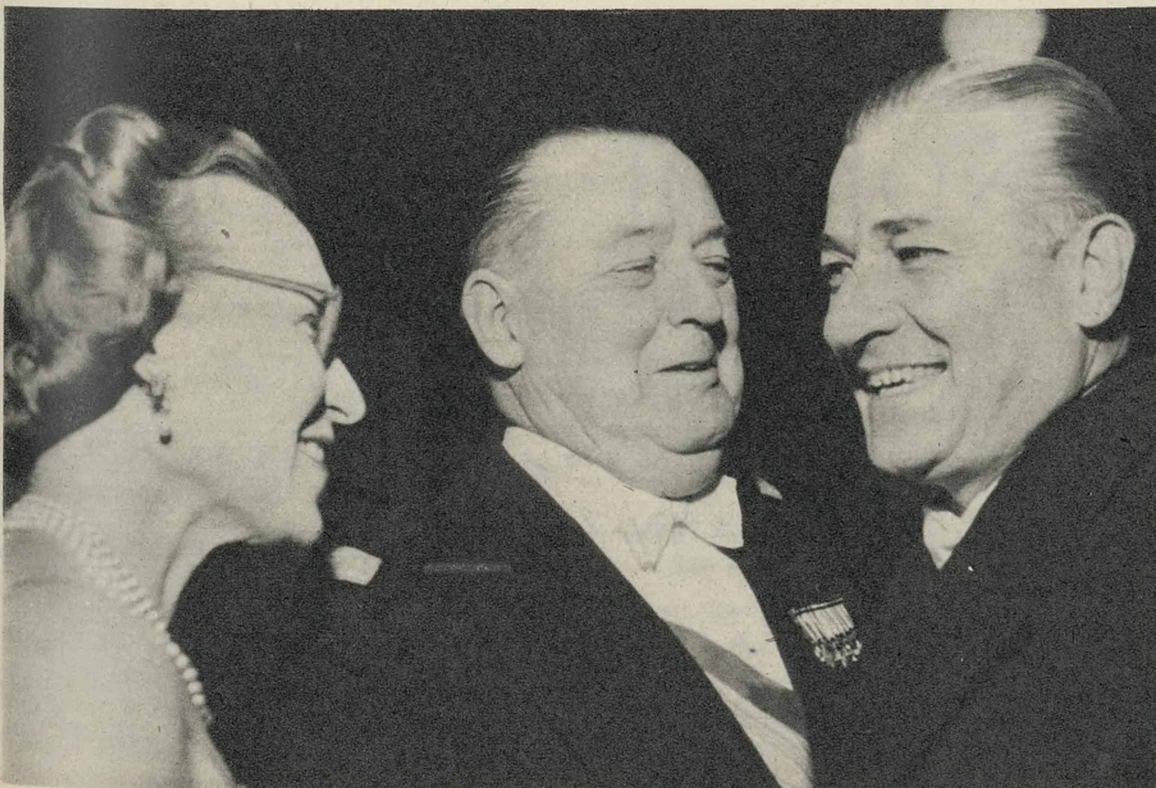


Los Ministros españoles de Marina y Asuntos Exteriores con el Embajador de Portugal

razones de vecindad y de identidad histórica, sino por aquello que mejor representa el patrimonio común de los pueblos hispanoamericanos: la participación espiritual en un destino y una tradición del mismo signo.

Junto con estas personalidades ya mencionadas se hallaban asimismo los Embajadores de la República Dominicana, Costa Rica, Argentina, Chile, Uruguay, Haití, Paraguay, Filipinas y El Salvador; el Duque de Veragua —descendiente directo del primer Duque de Veragua y genial descubridor del Continente americano, Cristóbal Colón—; el Subsecretario de la Marina Mercante; encargados de Negocios de Colombia, Perú, Panamá y Venezuela; el Almirante jefe del Estado Mayor de la Armada; el Director del Instituto de Cultura Hispánica, don Blas Piñar López; almirantes y generales del Ministerio de Marina, así como altos y representativos cargos del Instituto de Cultura Hispánica.

Los señores de Abárzuza con el Embajador de la Argentina



Discurso del Excelentísimo Señor Embajador del Brasil

Este acto, que representa la integración de la Marina española en la obra de aproximación espiritual que desde hace tantos años viene promoviendo el Instituto de Cultura Hispánica, tiene una razón profunda: en cierta manera el nacimiento de América, no ya sólo en su Descubrimiento, sino en su edificación, fue obra de marineros. Demasiado lejos de lo que luego sería la especialización del mundo moderno, es imposible distinguir, entre los hombres de aquella época, entre el navegante, el descubridor, el colonizador, el misionero o el gobernador. Marineros eran todos y se puede asimismo decir que en la época de los Descubrimientos ser marinero no era tan sólo una profesión, sino una actitud del espíritu y de la vida.

Ese fenómeno fue común en las dos Américas nacidas de la Península: la de lengua española y la de lengua portuguesa. Y, por eso, el punto de vista de un miembro de la Comunidad lusobrasileña no será esencialmente distinto del que podría exponer aquí, en mi lugar, cualquiera de mis colegas presentes.

Tal vez declarar que América es obra de marineros sea simplificar un poco la historia y la sociología de la formación del Nuevo Mundo. Pero cuando miramos en un mapa de las Américas todos los puntos del litoral por los que se inicia la Conquista, cuando vemos los innumerables centros de colonización que rodean el Continente, la gran dispersión de esfuerzos que para el *homo economicus* de los siglos XIX y XX es casi incomprensible, resulta imposible no pensar que la Conquista de América fue hecha por marineros, gente para quienes el mar fue siempre un camino más seguro que el de cualquier tierra firme.

Un historiador nuestro del siglo XVII, fray Vicente de Salvador, dijo una vez de los brasileños, con aire excesivamente pintoresco, que en lugar de intentar una gran penetración en el Continente, prefirieron agarrarse a la orla marítima, como *caranguejos*. Y ciertamente que, a excepción de poquísimos países hispanoamericanos, la verdad es que a pesar de las exploraciones por el interior, la formación de las naciones de América fue presidida a partir del litoral, por esos *caranguejos*, esto es, marineros, que volvían siempre a la vera del mar después de sus andanzas por los desiertos, como si se sintiesen atraídos constantemente por el mar, por su música y su paisaje, única presencia común entre las realidades de Europa que habían encontrado en las tierras de América que inauguraban con pie creador.

En ese sentido marinero, que tanto ha impulsado la gloriosa Marina española, la obra del Instituto de Cultura Hispánica añade otro aspecto especialmente grato en esta solemnidad: el hecho de celebrarse en el Museo Naval. Si América es obra de marineros, en el impulso que lanzaba a aquellos navegantes frente al Mar Tenebroso, sería injusto no distinguir un elemento de cultura y de curiosidad intelectual. Cada legua que una carabela avanzaba Mar Océano adentro, representaba al mismo tiempo un avance de la ciencia geográfica; cada paso que un explorador daba en la selva virgen era una descubierta más en la formidable toma de conciencia del hombre sobre la realidad; era, además de la fe, implantada en corazones también vírgenes, un capítulo que se añadía a la Botánica, a la Mineralogía, a la Zoología. Cuando se piensa en toda la literatura que siguió al Descubrimiento de América, en todos esos libros, más o menos fantásticos, que se publicaron entonces y, sobre todo, en los intereses populares que despertaron, se comprende todo lo que el descorrimiento de esa cortina que ocultaba a América, supuso para las Ciencias de la Naturaleza de aquella época que se estudiaban entonces, un poco rutinariamente, en la Europa anterior a las grandes navegaciones.

Así, señor Ministro, esta solemnidad alcanza una nueva dimensión por el hecho de realizarse en un Museo, modelo de institución de cultura donde ésta aparece más desinteresada y más pura, donde deja de ser pesquisa para convertirse en contemplación. Es uno de los elementos más simpáticos de la actuación del Instituto de Cultura Hispánica la parte tan considerable que le dedica a las actividades culturales de pura contemplación.

Quiero agradecer a Vuestra Excelencia, en nombre de mis colegas aquí presentes, y en el mío propio, la oportunidad de fiesta tan espiritual en ambiente asimismo tan espiritual, y tengo el honor de brindar por la creciente confraternización iberoamericana, por la prosperidad de España y por la felicidad personal del Jefe del Estado Español.



Desde lo hondo de la tierra

por Enrique Ruiz García

Desde lo hondo de la tierra, como un gigantesco dedo de humo y fuego, nace el chorro caliente de la energía térmica.

La tierra es seca, roja y caminante; el Estado se llama Hidalgo y el país México. La meseta es larga, sin cansancio y llena de canciones que crecen y se dilatan hasta la cordillera. Las canciones se apellidan como los ranchos: el Grande, el Chico, el de Aguas Verdes. El caballo se puede detener al borde de la milpa de maíz o al comienzo mismo de la montaña. Pero el hombre no puede desgranar las mazorcas y cortar las cañas sin mirar ese alto, tremendo y solitario estallido de potencia.

El mexicano corta las cañas y me dice:

—Aquí las llamamos «castillas».

Las cañas, pues, convertidas no en lanzas, sino en Castillas. Pero la tierra está viva y el pie toca con cuidado la piel reseca del tepetate, mientras las hierbas «malasmujeres» y los magüeyales y el nopal dorado crecen y crecen, esperando las águilas.

Sobre la larga tierra horizontal se levanta, de repente, este mástil blanco, empenachado. Esta señal de la cifra y clave, aún virgen, de la vida interna. El oído del animal percibirá —agrietando sus ojos repentino pánico— el ronco sonar de la garganta terrera. Por la herida abierta quizá asoma la fuerza tal como es la fuerza: como un trueno.

Pero en Hidalgo están templando la fuerza con el fuego del hombre, acotando la naturaleza para servir, pues, al ser humano. Los niños aprenden a decir: «Ese humo es energía térmica.» Los padres aprenden a saber que no hay número sin cálculo, metro sin medida, palabra sin voz, agua sin sed.

Iberoamérica lucha, desesperadamente, por controlar sus fuerzas vírgenes, dispersas, torrenciales y fáusticas. Cada metro cuadrado es, desde Hidalgo «al lugar más transparente del aire» —México, según la voz apasionada de Alfonso Reyes—, la superficie vital de un drama idéntico: ser lo que realmente son, ser lo que realmente quieren ser.

Suena dilatado, enorme, el torrente: una cascada de vapor invertida. Suena y resuena y nace la esperanza de convertir en pan —el pan al lado del vino—, el músculo delgado del humo. Transformar en fuerza domesticada, como animal de belfo caliente y rojo, la energía cósmica de un mundo que de orilla a orilla se llama gritando: «¡Eh, hermano, despierta, que llegan nuevos tiempos! ¡Eh, hermano, arriba!»



Exposiciones de Picasso en Barcelona

Se han celebrado en este año tres exposiciones de obras de Picasso en Barcelona: la de las aguatintas de *La Tauromaquia*, editada por Gustavo Gili; la de una serie de linóleos en color, y, últimamente, la de treinta pinturas inéditas, que el artista ha prestado de su colección particular. No es de extrañar el interés que Pablo Picasso siente por Barcelona, si pensamos que en esta ciudad se produjo su formación artística, entre 1895 y 1901; es decir, desde sus catorce a veinte años de edad. Pintaba en la primera de esas fechas cuadros naturalistas y académicos, mientras en la segunda iniciaba su famoso período azul. Pero, en realidad, la técnica representativa heredada del Renacimiento y del impresionismo romano, perduraría en él hasta la etapa cubista, iniciada en 1908, que significa un enorme esfuerzo por renovar a la vez las condiciones de la imagen pictórica y las de la técnica. En el estatismo de las composiciones cubistas, Picasso introduce las rotas perspectivas de un objeto contemplado desde todos los ángulos posibles. Sustituye la plasmación directa del modelo, desde un punto de vista único, por su reconstrucción mediante los fragmentos que abstrae la concepción intelectual. Técnicamente, el cubismo utiliza con frecuencia los valores autónomos del color y de la mancha o el punto, poniendo a contribución la técnica de los neoimpresionistas, y de la primera etapa de algunos cubistas, como Braque. La exposición de Picasso a que hacemos referencia comprende obras desde 1917 al año actual. Etapas decisivas de una evolución quedan registradas en esos cuadros, cuya complejidad de concepto formal se compensa con una extraordinaria simplicidad, incluso primitivismo, de composición. Casi todos presentan una figura o un busto situado en un campo espacial simple, bien centrados en él y sin elementos ambientales. Esta rigidez hierática, así como el gusto constante del arabesco lineal emparentan, en general, estas obras picassianas con ciertos estilos del pasado, en especial con las efigies románicas.

La evolución de Picasso, desde 1917 a 1960, se produce en un doble sentido; de un lado, el pintor busca denonadamente una síntesis, no ya de las posibles representaciones de lo real (y del espacio y el tiempo; de la inmovilidad y el movimiento), sino también de sus propias y diversas maneras y conceptos. Sobre todo, busca la síntesis de la esquematización intelectual, del expresionismo patético y de la representación figurativa legada por la tradición, manteniendo incluso efectos técnicos que emparentan tal o cual obra con un aspecto de Goya o de Velázquez. De otro lado, Picasso muestra un interés continuo, casi obsesivo, por el análisis, no ya de las formas, sino del color y del movimiento, identificando su fórmula con una caligrafía —a la vez dibujística y pictórica—, que realiza las imágenes de una vez en lugar de elaborarlas lentamente por preparaciones y superposiciones. Esta facilidad de Picasso responde, en realidad, a una constante del genio hispánico, inclinado desde siempre a la destrucción y la improvisación; es decir, a llevar la contraria al tiempo y a las técnicas basadas en la paciencia y en el proceso constructivo. De ahí, la necesidad de estructurar directamente con la línea-color y la precisión de dar a ésta una intensidad inusitada. Ambas cosas se observan en Picasso, en todas y cada una de sus obras, tanto en las que parecen más aferradas a la tradición como en las que se adelantan hacia regiones en las que Picasso nunca querría penetrar: lo abstracto o lo informal. Pues Picasso, a la altura de 1960, mejor que como fundador de la estética del siglo XX, se nos aparece como el más grande artista de transición entre un arte todavía prendido en los lazos de los estilos históricos, y una concepción especializada, fanática en su observancia de posiciones-límite y de profundización en lo ignoto *per se*. La negativa de Picasso a penetrar en la pintura de forma sin figuración o de materia-color responde a la clara conciencia de su misión y de su significado, como creador de un período de la historia del arte, que, para mayor rotundidad de sus perfiles, exige el sacrificio implacable de cuanto no le corresponde realmente, por estar reservado a otras generaciones.

La pintura más antigua de la exposición, el *Retrato cubista*, de 1917-1918, está compuesto a base de formas planas recortadas, que producen





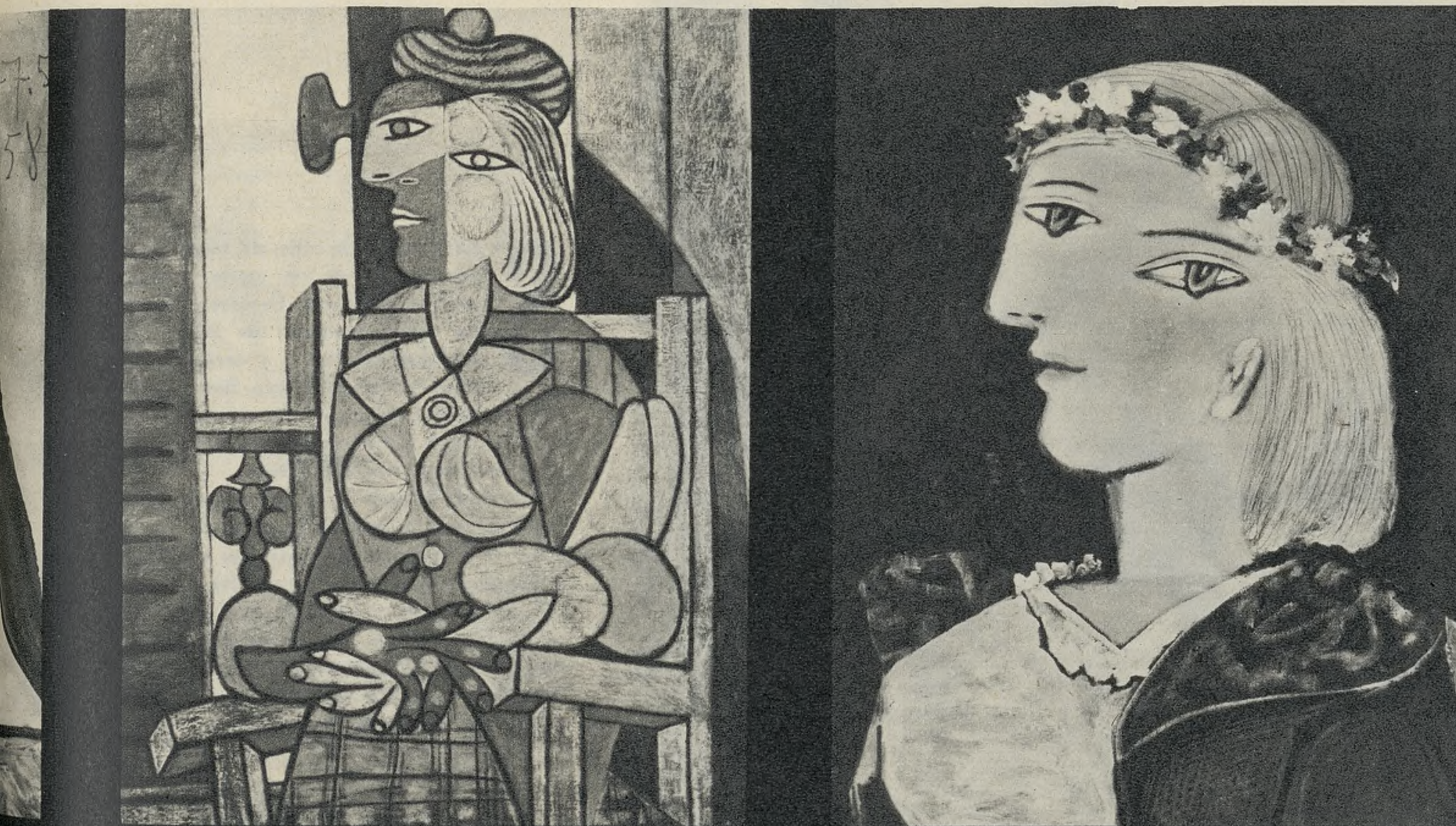


el efecto de cartones o chapas metálicas superpuestas. Hay un interés por la textura, dándose a las distintas áreas una determinada calidad en contraste con las vecinas. El conjunto, como en algunos cuadros de Chirico, parece sintetizar la imagen del hombre y la de una arquitectura. Entonada en ocres, grises y tonos de camafeo amarillentos, es una obra que muestra la evolución desde lo estrictamente cubista al más libre estilo esquemático que Picasso desarrollará en la década 1920-30. Aparece después, cronológicamente, un dibujo en grisalla sobre lienzo, cuya aparente forma académica encubre una estructura tan postcubista como la obra comentada antes. Cada forma ha sido pensada en un doble aspecto: como miembro de un cuerpo humano, y como parte de una construcción pura. La tendencia, frecuente en la pintura desde el XVII al XIX, de acentuar en los retratos la cuidada ejecución de la cabeza, dejando en mayor indeterminación el resto de la figura, aquí se acentúa con violencia. Y el resultado consiste en dar una esteticista calidad escultórica a la cabeza, como si se tratara de un resto antiguo, y el cuerpo fuera sólo uno de esos dibujos que la restauración consciente realiza para completar la imagen y no falsificar su calidad.

Destacamos dos bodegones, de 1936, en los que la caligrafía alcanza una precisión emblemática, con ritmos similares al signo matemático del infinito, que ligan materialmente el dibujo de los objetos en una unidad fluente y maravillosa, que deja en un segundo plano de la atención lo arbitrario de los colores: rosa, malva, azul gris, blanco amarillo, anaranjado. Dentro de la misma estética, pero valorando la superficie hasta un grado de refinamiento insuperable encontramos la *Mujer con guirnalda de flores*, de 1937. Es ésta una efigie que se diría pintada, tanto para formular una glosa algo surrealista de la belleza femenina, a pesar de cualquier despropósito (según la representación normal), como para ironizar sutilmente sobre el sentimiento de la beldad finisecular, tal como campea en determinadas imágenes de Redon o de otros simbolistas. Contrasta la violenta descolocación de los ojos —que pronto se olvida, como acontece al contemplar arte egipcio— con la apacible y líricamente exaltada calidad de la materia y el color, con blanco rosado, verde clarísimo, amarillo oro, en contraste con marrón y tonos neutros. La claridad del rostro destaca como una llama sobre el fondo. Este mismo concepto, pero llevado a una grandiosidad monumental y valorando más ampliamente el arabesco lineal a la vez que recobrando, en parte, el procedimiento de las formas planas y recortadas aparece en el *Retrato*, de 2 de marzo de 1937, imagen que confunde procedimientos realistas como el de una sombra proyectada con las calidades más abstractas de la forma-color y la negación del volumen. El conjunto produce la impresión de una vidriera cromática —caso frecuente en esta etapa picassiana— y a la vez se aproxima con intensidad al ya citado estilo del románico. Pero la figura se «apoya» aquí sobre una serie de fajas verticales en lugar de hacerlo sobre las horizontales heredadas de la miniatura mozárabe.

Otras figuras se fundamentan en la misma o parecida reconstrucción de los elementos del rostro humano, partiendo de una situación que lo mismo puede interpretarse como una agresiva deformación de la realidad, que como un anhelo ferviente de encontrar un estado intermedio entre

dos o tres imágenes de un mismo modelo obtenidas tanto por el movimiento del contemplador en torno a él como por la gesticulación de ese mismo modelo. Hay imágenes, las más abstractas, que responden mejor al primer concepto, mientras hay otras, de mayor realismo, que creemos derivan del segundo. El pintor ha observado en varios minutos a una mujer o a una niña y conserva en su retina la imagen deformada que producen los movimientos de su cabeza al volverse hacia un lado o el otro. Al pintar engloba las visiones dentro de un simultaneísmo que le obliga a dilatar la forma hasta un límite tolerable. Bien es verdad que podrían descartarse tales «interpretaciones». Picasso, genio mediterráneo y eminentemente lógico —enemigo del misterio y de ciertas facetas del sentimiento— es un lucubrador de las formas. Toda su pasión en arte está en recrear lo real, y entonces, a partir de determinadas imágenes-base (que puede haber pintado o no), establecer una serie de «variaciones sobre el tema». Pues tomando la imagen real como un signo de abstracción, es decir, como un orden de elementos, puede perfectamente fundamentar su operación creadora en ir mostrando las modificaciones y alteraciones de ese «conjunto inicial», por medio de su actividad. Pensemos en que tales variaciones tienen por lo menos una doble vía: la que facilita la estricta lucubración formal-lineal y la que aportan las variaciones de la técnica. Pues Picasso, genio de la inquietud y de la invención permanentes, nunca resuelve formulariamente una cosa, sino que trabaja a la vez en lo que conoce y en lo que desconoce, para aportar en cada momento una faceta nueva, que lo mismo puede referirse a la interpretación de una forma que al modo de representarla con los elementos de que dispone. Aparte de las perturbaciones que puede introducir por el súbito y decidido empleo de una gama cromática «no conveniente» (desplazada, diría el surrealismo), como se advierte en la *Señora con sombrero*, de 1938, en verde, ocre y marrón; o del enriquecimiento que su técnica «de cestería» puede lograr con el uso de la materia, cual en el admirable retrato de otra *Señora con sombrero*, dominado por un empaste blanco de sensual calidad mate, sobre el que borda con amarillo, violeta, rosa, azul, negro y verde puros, hay la inventividad desatada, casi musical, de la manera de interpretar tal o cual forma de la realidad. Un detalle puede ser reelaborado de mil distintas formas, intermedias entre la mancha, la construcción lineal, cuidada o descuidada, con intervención de reflejos lumínicos o no. Y lo milagroso del caso es que el pintor logra establecer en todas sus obras, con evidencia suma, la ecuación entre lo trabajado y lo menos esbozado entre lo que se creería correcto y lo que pudiera llamarse incorrecto. Su técnica libérrima, aunque internamente sistemática como la de un buen motor o la de un *Concierto de Brandenburgo*, de Bach, le permite probar en cada instante y en cada parcela de cuadro que la virtud en él es «otra cosa» que la sumisión —y la «perfección»— de tal o cual fórmula. Destacamos el dramatismo y monumentalidad de *Paloma jugando*, con fondo rojo de suntuosas calidades; la estructuración de la descoyuntada cabeza en la cromáticamente brillantísima *Jacqueline*, de 8 de octubre de 1954; el retrato de la misma, a la española, más solanesco que Solana en cierto aspecto, efigiada con pañuelo negro, y superando los lívidos blancos de arlequín del expresionismo germano; el retrato de *Paloma*, de 1956, que bastaría para ejemplarizar el ya descrito juego de movimientos captados en una imagen única y dotada de continuidad cerrada; el magnífico *Toro a la mesa*, de 1958, cuyas calidades de óleo y látex en superposiciones muy refinadas contrastan con el aparente descuido de la técnica, obra en la cual la mancha pictórica parece adquirir una importancia superior a la del rayado lineal, pese a la intensidad de éste en el diseño de la cabeza. De 1960 hay unas *Palomas en la ventana*, que recuerdan las imágenes de igual asunto de la serie de «Las Meninas», pero de escritura más trabada y abstracta, dentro de su intrínseca pictoricidad; dos escenas de toros, en las que predomina el ideograma de la plaza, y una *Mujer en pijama acostada*, que contrasta las calidades de azulejo de la figura con el fondo de textura cercano a lo informal, en matiz malva de una gran belleza. Viendo esta exposición se comprende el magisterio que ha ejercido Picasso sobre la pintura del mundo, entre ella la hispánica, hasta que las nuevas corrientes han impuesto otros modos y un distinto idioma plástico. En España, hasta el advenimiento de Tapies y la expansión del movimiento informalista, a partir de 1956, no puede dudarse de que la influencia de Picasso ha sido la más honda y extensa, actuando directamente, o a través de personalidades de gran poder creador, pero indudablemente dependientes del autor de *Las señoritas de Avignon*, en uno u otro aspecto estético, cual Palencia, Zabaleta, Clavé o Rogent.



-Picasso-



Artistas al aire libre

Se han echado a la calle, sin tener en cuenta las inclemencias de un otoño demasiado frío para ser madrileño. Catorce jóvenes artistas, con medio centenar de lienzos y algunas pequeñas esculturas y cerámicas. Es la segunda vez que lo hacen. Son la «Generación del 60»; se dicen el grupo «Momento», y aman tanto la tierra (una tierra castellana) que no se enfadan si se les llama «Los Telúricos».

Eligieron la calle de la Escalinata para darse a conocer, porque acaban de terminar en Bellas Artes y están ansiosos de gente que vea sus obras. A trescientos pasos de la Puerta del Sol; a veinte de esa *sinfonía incompleta* que se llama Teatro Real de Madrid; al lado de la casa que vió el suicidio de Larra. En una geografía de capa y espada, y debajo de la escalera de piedra, con faroles de zarzuela, han colocado su exposición.

Nombre y dinero

Una exposición distinta a todas. Como en París, pero según su deseo con menos *snobismo*.

—No queremos que la gente nos tome por unos niños que hacen esto sólo para divertirse.

—¿Por qué lo hacéis?

—Para romper los convencionalismos en la forma de exposiciones.

—¿Sólo por eso?



Izquierda y arriba:
«Portada» de la exposición

Abajo:
Panorámica de la exposición en un paisaje madrileño

Derecha:
Un entendido

Se llaman a sí mismos "Generación del 60", "Momento", "Los Telúricos"...

—Por eso, y porque somos pobres, y porque queremos vivir pintando, y porque ¡sabe Dios cuándo podríamos exponer en una sala de Madrid!

—¿Es que hace falta mucho dinero para exponer en Madrid?

—Hace falta eso: dinero.

—Entonces, ¿el nombre?

—Es lo de menos.

Su diez por ciento

Como en España el público apenas va a las exposiciones, van ellos hacia el público.

Poseen una especie de estatuto tácito en la forma de vender. Cada pintor es individual y tiene el perfecto derecho de embolsarse lo que le dé el comprador por sus cuadros, menos un diez por ciento que va a parar al fondo común del grupo.

Con ese diez por ciento, aunque parezca mentira, se permiten la aventura de viajar por Europa, exponiendo siempre al aire libre las obras. Y así, acaban de llegar de una jira por la Costa Azul, Italia y Suiza.

—Nos ha ido bien, sobre todo a nuestro compañero Juan Quesada, tercera medalla de pintura nacional este año, que se ha quedado en Francia a vivir y se ha comprado un coche. En Italia no nos dejaba la Policía exponer en las calles y estábamos siempre perseguidos por ella. Hay mucha diferencia de Italia a Francia. En este país pintábamos en el suelo de las calles, lo que se hace mucho allí.

Cuando el «Momento» viaja, va esparciendo sucursales. Si un miembro vive fuera de Madrid, reúne a los jóvenes pintores de su ciudad y con el mensaje «Humanización» saca sus cuadros al aire libre.

Para este año, varias ciudades españolas conocerán a los jóvenes del «Momento».

Pintores de tierras y de siestas, de trigo y procesión

María Josefa Redondo, Carmen Galparsoro, Marita Calvet, Isabel Cabanellas, Victoria Pérez Camarero, Angel Antoniano, Angel Sagredo, José Antonio Eslava, Mariano González, Floro Hernando, pintores; Francisco Aparicio, Antonio Morales, escultores, y Eduardo Alfonso Cuní, ceramistas, son los catorce artistas de la Escalinata.

Son, en general, figurativos, alguno con ciertas influencias cubistas y concepciones geométricas; pero dentro siempre de una línea me atrevería a decir que tradicional. Castilla está en ellos real y verdadera. Su tierra es la tierra del sol vertical y de la siesta, la de las procesiones rurales y de los gallos, con gatos adormilados y la era.

Así, Floro Hernando, un joven labrador de la Tierra de Campos, con las manos encallecidas de arar, la piel roja y los ojos pardos de tanto mirar su tierra, se vino un día a Madrid con el traje de pana y los pinceles a pintar sinceridades. Y ahora es del «Momento», pero sin desertar de los problemas del trigo.

Monopolio mientras haya sol

Era la única forma de llegar al público. Van a monopolizar ese rincón de la Escalinata. El Ayuntamiento de Madrid no ha regateado facilidades a esta *nueva ola* para que salga en los días que quiera salir el sol. Y el garaje y las tabernas de por allí seguirán guardándoles los cuadros generosamente, por la noche y en los días de lluvia.

Y junto a los cuadros, los *slogans*: «Compre y con la cabeza muy alta», «Guerra al arte deshumanizado», «Viva lo telúrico», «Para las compras, dirigirse al señor Morales»...

Acaban de vender un cuadro en 4.000 pesetas; 400, al fondo común.

—Esto no ocurre muy a menudo.

—Menos a menudo le ocurría a Van Gogh, que sólo vendió un cuadro en su vida.

—Eso.

El concurso Escalinata de pintura

No habléis demasiado de angustia vital con los jóvenes de la Escalinata. Ellos tienen, poca, o ninguna. La angustia llega cuando no se perciben soluciones. Y ellos ya han encontrado la suya, hasta tal punto que nos hablan de proyectos acerca de «su» Escalinata, con el entusiasmo de una generación que no sabe de cobardía.

—Queremos establecer un concurso con premios, que otorgará un Jurado compuesto por figuras del Arte ya consagradas. Nuestra intención es seleccionar la calidad de esta exposición, que deseamos sea perpetua.

Cuando llega la hora de la comida se van al bar de enfrente. Y cuando el ánimo decae, se dan un baño turco en la casa de baños que tienen allí mismo, formando ya parte integral de la exposición. Es la hora del aperitivo y comienzan a llegar turistas extranjeros (de los que compran). Se alegran los ojos. Junto a las gentes acomodadas vienen también albañiles de las obras próximas. A todos les gusta la exposición. De pronto, un amigo trae la noticia:

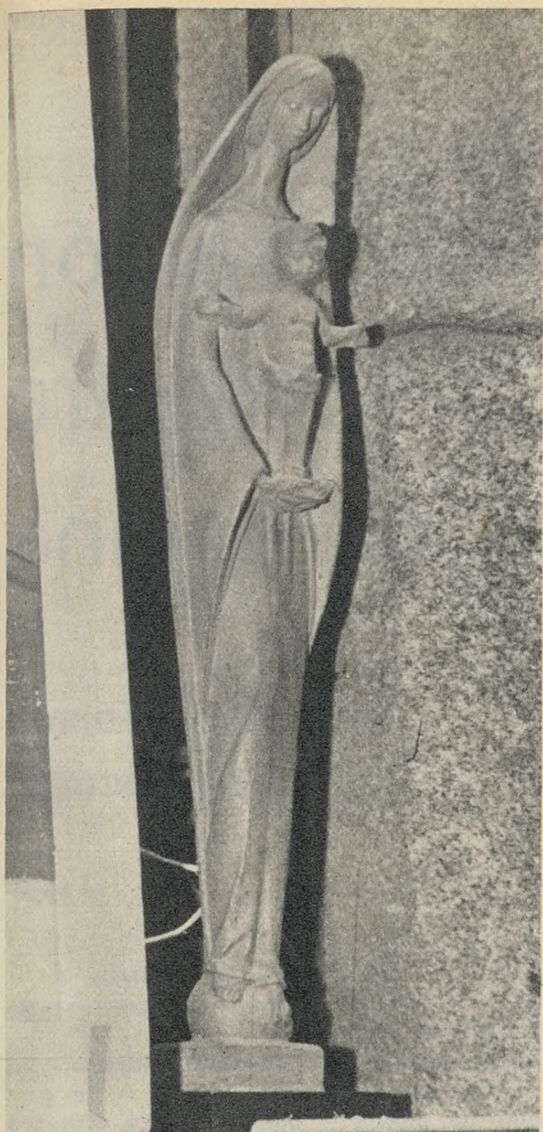
—Nos han llamado de Valladolid Expondremos a últimos de noviembre en una sala de allí.

Y con techo.

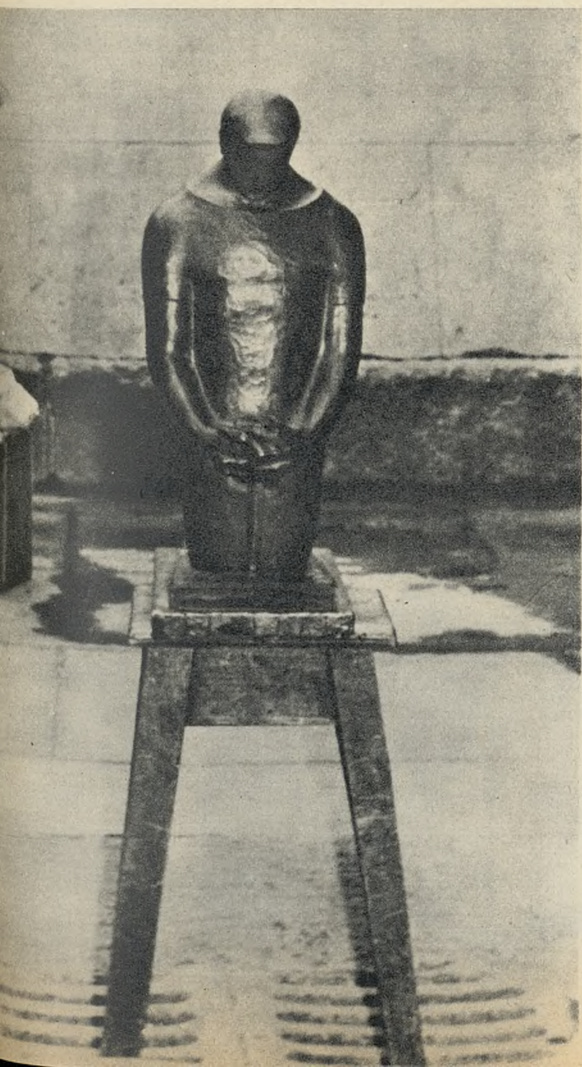
Una original perspectiva desde el kiosco donde se venden minucias en lo alto de la escalinata



Los turistas se cuentan entre los asiduos visitantes y más frecuentes compradores



Aunque predomina la pintura, la escultura también está representada en la exposición. A la derecha: El artista se dirige a abrir la «tienda»





La decoración entra en la cocina

José María Toledo
Helia Escuder

Como, según parece, ahora vamos a vivir en la cocina —contra lo que yo he opinado en mis artículos anteriores sobre este tema, porque nunca pensé que en los señores españoles arraigase tal costumbre—, vamos a tratar de que la cocina resulte lo más atractiva posible.

Los arquitectos jóvenes construyen ya pensando en un hogar sin servicio. No sé si se precipitan a levantar la liebre en este sentido o es la liebre la que les levanta a ellos. Pero el caso es que esa prolongación de la cocina, con etiqueta exótica, es la cocina al fin. Y como tal la trataremos, procurando, de sí misma y de sus elementos naturales, extraer un sentido de belleza.



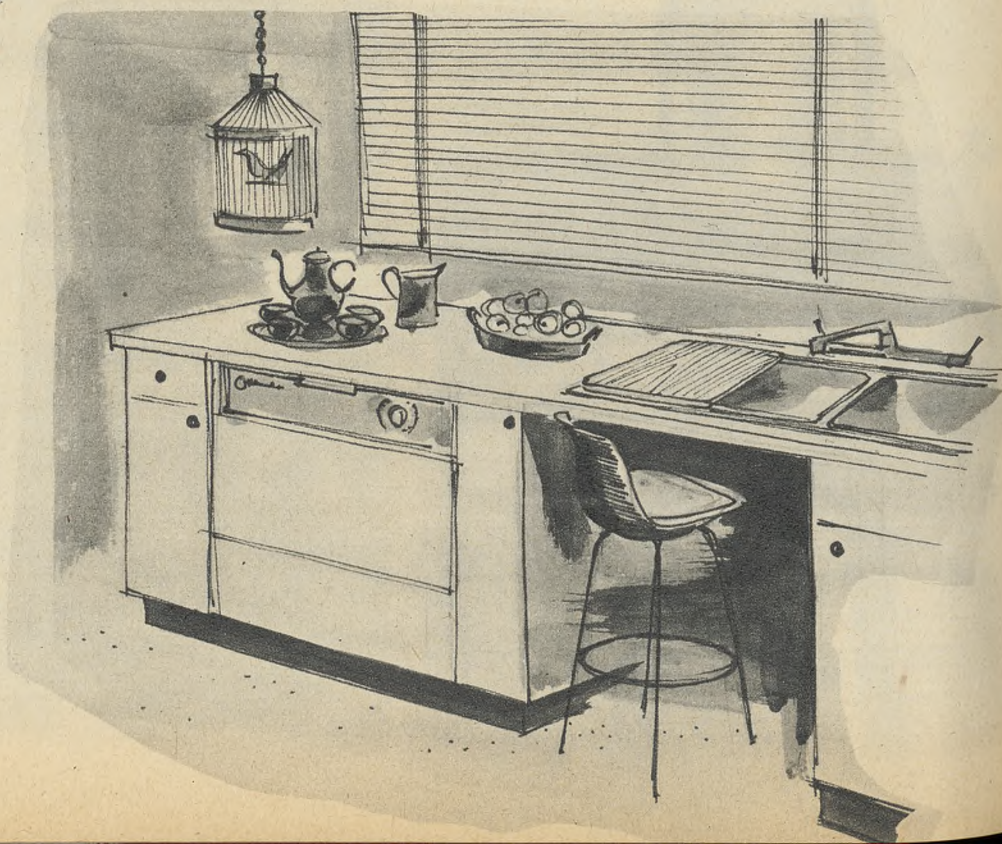
Como ya en origen, nos dan resueltos —en las viviendas modernas al menos— los problemas de humos y basuras y un esquema limpio y ordenado, queda al decorador un campo bastante apropiado para ejercer su sentido de la ornamentación.

Como también hemos quedado en que no habrá servicio y seremos nosotras mismas las







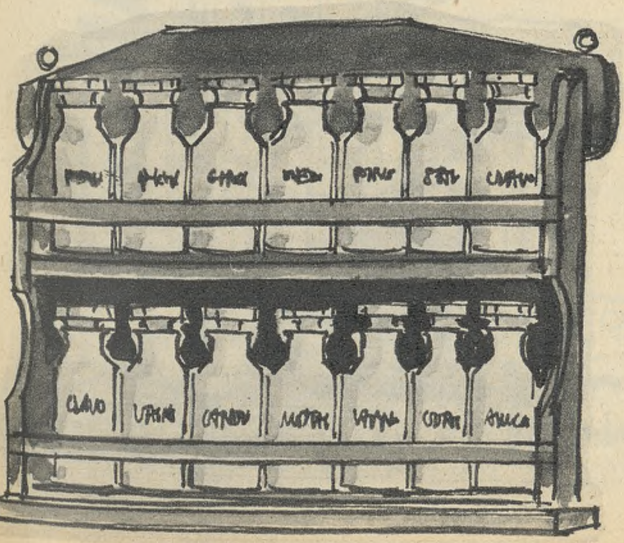


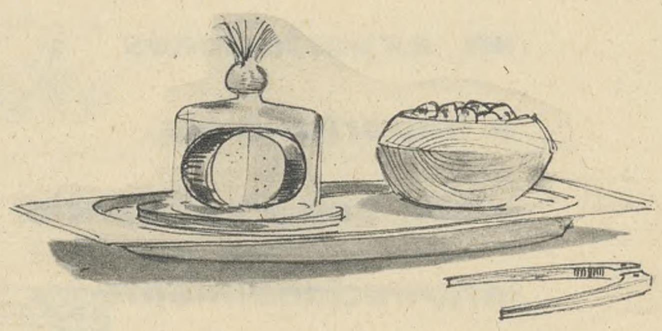
que habremos de actuar ayudadas por el marido —eso sí que no me lo creo— las piezas buenas, porcelanas, o cerámica antigua, algún que otro vidrio antiquísimo de farmacia, etc., pueden pasar su alegría y su refinamiento a nuestro nuevo cuarto de estar.

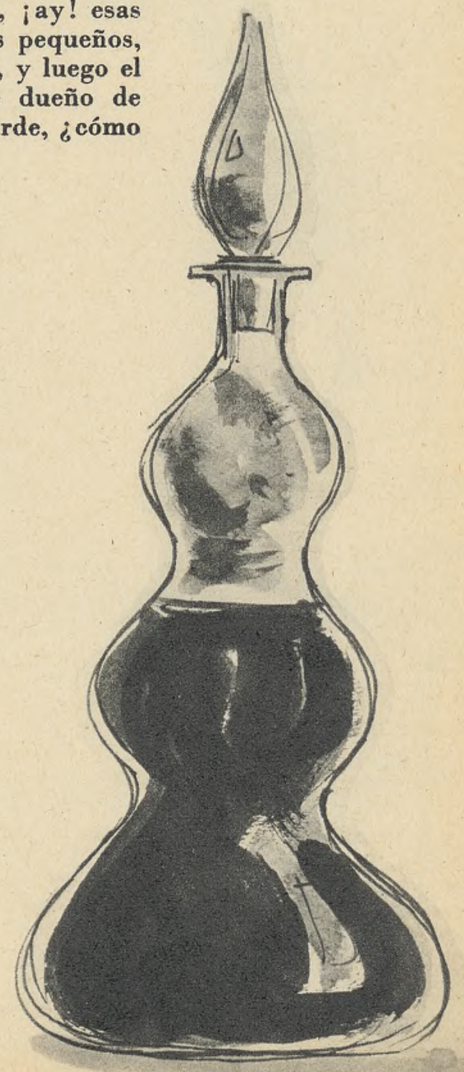
Todo se reduce a enfocar diferente. ¿Que hay que tener botella de aceite? Sí, desde luego. Pero en alguna parte habrá un vidrio catalán, poco traslúcido, que haga desaparecer su feo aspecto.

¿Que hay que tener paños de cocina? Sí, claro; los hay preciosos: con rampas de margaritas y pájaros tropicales; la cosa está en conseguir que no se ensucien... y así hasta el infinito...

La cocina puede convertirse en una pieza delicada para pasmar a las visitas y para tener orgulloso al marido, pero, ¡ay! esas horas punta de los colegios de los pequeños, la comida de los mayores después, y luego el delicioso téte-a-téte con el dulce dueño de todo, ya casi a las cuatro de la tarde, ¿cómo lo resolveremos?...







SOLITUD EN CLAROSCURO

por MARCELINO C. PEÑUELAS

Mocetones con *sweaters* chillones; jovencitas con calcetines blancos. Ruido, bullicio, en la cafetería del *Student Union* universitario. Bullicioso rumor juvenil aderezado con alguna carcajada. Desde el *juke box* de punzantes colorines, Elvis Presley aúlla, guitarroso y rítmico:

You ain't nothing but a hound dog
crying all the time...

Y la música lo sacude todo a su compás convulso. Es oída con las puntas de los dedos, con los pies, con la cabeza. Hay que escuchar el *rock n' roll* con el cuerpo. Y si no, a taparse los oídos o los nervios pinchan.

Bandejas, muchas bandejas. José, con la suya, se sienta ante una mesa apartada. Aquel rincón le atrae. Con las paredes de guardaespaldas. No es tímido ni insociable. Pero también evita, cuando puede, la extensa cola ante el mostrador. Abundancia de comida, humeante o congelada. No importa. Todo aséptico. Algo de asepsia humana, también, percibe José. A pesar de las risas. Quizá sea ausencia de la pujante cordialidad hispana.

Hora ritual del *lunch*. Las doce. Y también la ritual cola de azafates. La inevitable ristra humana. Automática, espontánea. Orden en fila. Uno, dos, tres, cuatro... Y algún profesor también. Democracia en fila india. Cada cual con su azafate. Nada de camareros, a fuerza de serlo todos un poco. ¿Democracia o economía? Las dos cosas. Y en la cocina, estudiantes lavando platos.

José no lo puede remediar. Se siente incómodo en la cola. En ella un extranjero se siente más extranjero, quizá porque le miran por detrás. Y trata de llegar al comedor antes de que comience la letanía humana. Y de sentarse ante aquella mesa alejada. De espectador.

Venezuela. Y, de repente, Estados Unidos. Un salto a lo desconocido. Vaguedad e incertidumbre. Falta de terreno firme. Remolino de lo extraño a su alrededor. ¿Remolino? Tiene forma. Y José no la encuentra. Ni fuerza de succión hacia el centro. No hay centro. Ni periferia. Agitación. Eso es. Confusa e incierta agitación.

Duda de que allí la gente sea amable. Tal vez por serlo demasiado. —Sin paradoja, ¿eh?— O por intentarlo, de pura fórmula, *because you have to be nice*. Extraño tipo de amabilidad, pródiga en sonrisas mecánicas y frases hechas que llegan a despertar por lo insistentes, efecto contrario. Hubiera preferido ser tratado con naturalidad. Mejor, con indiferencia. En Venezuela es distinto. Él lo cree, por lo menos. Allí, en el curioso ambiente de una universidad norteamericana, se siente extraño, extrañado, y a cada paso se acentúa tal impresión. En locales llenos de gente, y al encontrarse solo, también. Algo tangible, presente siempre, con presencia física, con molestia física. La misma que siente al mirar el *juke box* que le hace insolentes guiños de colores.

Cafetería. ¡Qué bien suena la palabra! Cafetería. No *cafetíria*, a la inglesa. Rincón ideal aquél. Espectador de primera fila. Como en el teatro. La misma representación todos los días. Y siempre nueva. Enciende un cigarrillo. Qué bien sabe con el café, aunque sea café aguado. Sin hablar con nadie. Solo. Con su cigarrillo y su café.

Pero José hoy, cosa rara, rebosa optimismo. Aunque afuera, el cielo, gris denso, amenaza nieve. Quizá porque en la clase anterior, de economía, ha contestado sin titubeos unas preguntas. Por primera vez, el inglés, rebelde, indomable, ha fluido a sus labios sin esfuerzo. Recuerda ahora el incidente con satisfacción. Otros días, al comenzar a hablar y notar sobre él los ojos de los demás estudiantes, había sentido frío en la garganta, se había quedado mudo. Además, le habían prometido trabajo en una estación de gasolina. Lavando coches. Inconcebible en Venezuela. Un futuro doctor en Economía lavando carros. No está mal.

Ahora del *juke box* sale la voz, amplia y oscura de King Cole. Suavidad mate. Se van llenando las mesas rápidamente. Algunas chaquetas y corbatas profesorales. La gente se mueve de forma distinta. El *rock n' roll* encaja bien. Una rumba, no. La cultura —gestos, música— no se equivoca nunca. Desenvoltura femenina a su alrededor. Paso firme, perfil sin relieve, cadera enjuta. Camaradería de igual a igual. Sin visibles atenciones. ¿Falta de femineidad? Otra cosa, tal vez. Pero nada ondulante. Todo un poco rígido, estirado... ¿Frío?

Aquello es más engullir que comer. El sabor es lo de menos. Lo que cuenta es el aspecto. Y la asepsia. Platos simples. Carne, papas, mantequilla, leche... Niños grandotes tomando leche en vaso. Leche fría, sin azúcar. Y café ralo. Allá, café espeso y leche hervida, caliente y azucarada. Y salsas fuertemente sápidas. Cuestión de costumbre.

Pocas mesas vacías. José continúa solo. Dando vueltas a la misma idea: comparación de gestos, costumbres, actitudes. Todo especulativo, claro está. Distancia cultural más que humana. Y qué difícil es comprender «lo otro». Hábitos que se imponen como realidades, como objetos —cuadrados, redondos— que no dejan ver claro, tal vez por sus formas definidas. Al beber siempre leche helada, sin azúcar, se siente repugnancia ante un vaso de leche hervida, caliente y dulce. Y así todo. No hay remedio.

Barreras absurdas. Pero reales, como de granito. Unos compañeros de clase le sonríen al pasar. Y se van a otra mesa. Mejor.

Tres muchachotes y una linda compañera, negros, buscan mesa. Ella señala la suya. Hello! afectuoso y simultáneo al sentarse. Hay calor en sus sonrisas blanquísimas. No los conoce. Pero en la voz y en la sonrisa hay extraña solidaridad.

José casi se había olvidado de ello. Ya no hay remedio. De nuevo, de repente, dentro de sí, intransferible, la clara conciencia del color oscuro de su piel.

Pero, seguro de sí, sonríe también. Sin rencor.



LUIS ALFONSO
Secretario de la Academia Argentina de Letras

El nombre de la República Argentina



Con motivo de cumplirse el pasado año el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, el Director general de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia, profesor Héctor Blas González, solicitó a la Academia Argentina de Letras que se pronunciara acerca del nombre correcto de la República Argentina, sosteniendo que «la necesidad de dictar medidas en defensa de la propiedad del lenguaje, sobre todo cuando éste se relaciona con las realidades y símbolos nacionales, como en este caso, se extrema ante las festividades patrióticas del CL aniversario de la Revolución de Mayo, que celebramos actualmente». La Academia encomendó el estudio de esta cuestión al secretario y asesor técnico de ella, académico don Luis Alfonso, cuyo informe, aprobado unánimemente por la Academia se transcribe a continuación.

«La Academia Argentina de Letras, en la sesión del 13 de octubre de 1938, al estudiar una consulta del señor académico don Ramón J. Cárcano, resolvió contestar que el nombre correcto de nuestro país es el de *República Argentina*, que por elipsis del sustantivo suele decirse habitualmente *la Argentina* y que la denominación *Argentina*, sin artículo y sin sustantivo, es incorrecta y debe ser evitada. (*Acuerdos acerca del Idioma*, I, 83-89)». En otro acuerdo, tomado el 27 de septiembre de 1950, la Academia reiteró su decisión anterior, sintetizó los fundamentos de su dictamen e insistió en que siendo incorrecto el empleo de *Argentina*, en vez de *República Argentina*, convendría que el Poder Ejecutivo adoptara las providencias necesarias para que no se continuara incurriendo en tan reprensible abuso. (*Acuerdos*, II, 241-242.)

La Academia, en sus dos acuerdos, tuvo en cuenta razones jurídicas, gramaticales e históricas.

1.º La Constitución Nacional establece categóricamente que los nombres oficiales del país son los de *Provincias Unidas del Río de la Plata, República Argentina* y *Confederación Argentina*. Las denominaciones *Provincias Unidas del Río de la Plata* y *Confederación Argentina* han caído en desuso. Estaban demasiado vinculadas con las luchas políticas entre unitarios y federales. Los primeros preferían *Provincias Unidas del Río de la Plata*, que hacía resaltar la unidad de los antiguos territorios del Virreinato; los segundos, *Confederación Argentina*, que ponía en relieve el hecho de que, políticamente, el país estaba formado por la unión de Estados autónomos, cuyos derechos debían respetarse. Por eso, el presidente Santiago Derqui, en un Decreto dado en Paraná el 8 de octubre de 1860, dispuso que «habiendo resuelto la Convención Nacional *ad hoc* que para designar a la Nación puedan indistintamente usarse la denominación Provincias Unidas del Río de la Plata, República Argentina o Confederación Argentina; y siendo conveniente a este respecto establecer uniformidad en los actos administrativos. El Gobierno ha venido en acordar que para todos estos actos se use la denominación «República Argentina». Es la práctica, que subsiste hasta hoy. No puede discutirse, por tanto, cuál es el nombre de nuestro país, considerado en su aspecto legal. Las leyes, buenas o malas, se hacen para ser cumplidas, no para que se las ignore o se las quebrante».

2.º Al eliminarse el sustantivo *República*, se sustantivó el adjetivo que lo acompañaba por la adición del artículo o de otro determinante. Es uno de los procedimientos habituales, aunque no el único, de la sustantivación: *el argentino, la argentina*, por *el hombre argentino, la mujer argentina*; *el negro*, por *el perro negro* (Federico Hanssen, *Gramática Histórica de la Lengua Castellana*, § 475); *El Greco*, don Pedro *el Cruel*, Ricote *el Morisco*, Fernando de Herrera *el Divino, la Rural*, por la *Sociedad Rural*; *el Palatino*, por *el Monte Palatino* (*Palatinus collis*, en latín); *las Afortunadas*, por *las Islas Afortunadas* (*Fortunatae insulae*); «*las hermosas* de la venta dieron la bienllegada a la hermosa doncella.» (Cervantes, *Don Quijote*, parte primera, cap. XLII, ed. de Francisco Rodríguez Marín, 1927, III, 281), etcétera. En tales casos, es obligatorio el uso del artículo. Así como no se dice *fuí a Rioja*, por *fuí a la Rioja*; *recorrí Pampa*, por *recorrí La Pampa*; *no conozco Patagonia*, por *no conozco la Patagonia*; *sigo la ruta de Don Quijote de Mancha*, por *sigo la ruta de Don Quijote de la Mancha*, etc., tampoco se dice *voy a Rural*, por *voy a la Rural*; *subí a Palatino*, por *subí al Palatino*; *admiro a Greco*, por *admiro al Greco*, etc.

No puede aceptarse la hipótesis de que *la Argentina* sea una construcción galicada, análoga a *la América, la Francia, la España*, etc. Se comete un galicismo cuando se antepone innecesariamente el artículo al sustantivo, pero no cuando se le utiliza para sustantivar al adjetivo. Aun en el primer caso, no siempre ha de condenarse la anteposición del artículo. Debe admitírsela, según indica Rufino J. Cuervo, cuando el énfasis lo exige, como en este pasaje de Quintana: «Los dos príncipes, que hasta entonces habían dado a *la* Europa el espectáculo del rencor, de la venganza y de la mala fe, lo dieron

entonces de confianza, de estimación y de amistad» (1). o cuando el nombre geográfico va acompañado de otros determinantes, por ejemplo: «La reconquista es, quizá más que una guerra, un período histórico, cuyo verdadero significado sólo puede apreciarse si se considera *la España medieval* como una frontera entre las civilizaciones islámica y europea... *La España del Norte*, dividida en diminutos reinos bárbaros, es al poderoso y refinado Califa de Córdoba lo que hoy las tribus marroquíes al Presidente de la República Francesa. *La España islámica* da entonces al mundo sus filósofos, astrónomos, matemáticos, místicos, poetas e historiadores» (2).

3.º Las denominaciones *República Argentina* y *la Argentina* nacen de las entrañas mismas de nuestra Historia. Como lo indica don Angel Rosenblat, en un excelente estudio (3); *la Argentina*, en su acepción geográfica, apareció en 1801 en el primer periódico argentino, el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata*, fundado por el coronel Francisco Antonio Cabello. Uno de los colaboradores del *Telégrafo*, el abogado cordobés José Eugenio del Portillo, que firma con el anagrama «Enio Tullio Grope», usa profusamente *la Argentina* como nombre del país: el *Telégrafo* es «el primer folio volante que ha disparado en su infancia literaria esta preciosa capital de *la Argentina*»; Buenos Aires es «la muy noble y muy leal capital de *la Argentina*; Juan de Garay fué «gobernador y capitán general de toda *la Argentina*»; «los argentinos "son" los primeros que deben esparcir las mejores y rectificadas luces» sobre todas las regiones del Virreinato, entre ellas «las costas de *la Argentina* y territorios de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán». Y hasta delimita su extensión dentro del Virreinato: «Las historias particulares de la conquista y población de *la Argentina*, en cuanto comprende las provincias de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán, son harto desconocidas...»; «*la Argentina* o el Reino de la Nueva Vizcaya comprende propiamente las dilatadas gobernaciones del Río de la Plata, Tucumán y Paraguay».

República Argentina, antes de ser el nombre oficial de nuestro territorio, fué su nombre poético. Como tal, lo emplea Francisco Acuña de Figueroa en su *Diario histórico del Sitio de Montevideo*, escrito de 1812 a 1814, cuando se refiere a las burlas de los realistas de Montevideo por los fracasos navales del Gobierno de Buenos Aires:

Gaste millones de pesos
La República Argentina,
Agote del Famatina
Ese mineral tan vasto,
Que a pesar de tener barcos
No podrá tener Marina.

La denominación debió de ser corriente entre los escritores rioplatenses, pues aparece en otros textos poéticos, por ejemplo:«Y veré, si mi aliento no termina, | Esa altiva pirámide abatida, | Rubor de la *República Argentina*.» (Domingo de Azcuénaga, *Soneto*.) «Os saluda la paz, y a los reflejos | De su lumbre divina, | Triunfante, y de ambiciosos respetada, | Libre, rica, tranquila, organizada, | Ya brilla la *República Argentina*». (Juan Cruz Varela, *Canto al Triunfo de Ituzaingó*) (4).

No tardó en difundirse. El 24 de diciembre de 1826, el Congreso General Constituyente, reunido en Buenos Aires, desde diciembre de 1824, sancionó la «Constitución de la República Argentina». Desde este momento hasta nuestros días, quedó consagrado el nombre de *República Argentina*, así como las denominaciones elípticas *la República* y *la Argentina*. Las tres se encuentran constante y abundantemente en leyes, decretos, documentos oficiales y privados, artículos periodísticos y trabajos literarios de los más variados géneros.

Argentina, por *República Argentina*, es de uso reciente. No se ha determinado aún la fecha de su aparición, pero parece ser posterior a la segunda guerra mundial (1939-1945). Se supone que, probablemente, nació, por influencia del inglés de los Estados Unidos, en las prácticas parlamentarias de la ONU. En las listas alfabéticas de países, la República Argentina fué colocada en la *A*, lo que trajo como consecuencia la desaparición del sustantivo *República* y del artículo *la*. El periodismo y la diplomacia se encargaron de difundir la innovación, que, como se ve por los antecedentes expuestos, contradice usos que se remontan a los comienzos de nuestra nacionalidad. Sustituir los nombres seculares de *República Argentina* y *la Argentina* por el neologismo *Argentina*, significa renegar de nuestra tradición, y, por tanto, de nuestra Historia.

(1) RUFINO J. CUERVO: *Apuntaciones críticas*, § 359.

(2) SALVADOR DE MADARIAGA: *España* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1942), 30-31. Véase también RAFAEL MARÍA BARALT: *Diccionario de galicismos*, edición de 1855, 68.

(3) ANGEL ROSENBLAT: *Argentina. Historia de un nombre* (Buenos Aires, Editorial Nova, 1949), 33. En este título, como en el del poema compuesto por MARTÍN DEL BARCO CENTENERA: *Argentina*, esta usada como adjetivo, no como sustantivo.

(4) Véase ANGEL ROSENBLAT: *Op. cit.*, 23-41.

OFRENDA EN GUADALUPE

En el Real Monasterio de Guadalupe, de España, tuvo lugar la ofrenda de las banderas hispánicas a la Virgen. En este solemne acto el embajador de Chile, don Sergio Fernández Larraín, en nombre de los embajadores de las naciones hispánicas, leyó un ofrecimiento del que son los siguientes párrafos:

Señora... Señora Santa María de Guadalupe:

He aquí que en un día de tu eternidad hemos venido a prosternarnos en tu presencia. Y lo hacemos con humildad, con acatamiento y con amor. Es el homenaje, Señora Santa María, de las banderas filiales, de los embajadores del Ultramar hispano. Aquí estamos, rodilla en tierra, los representantes de los torreones españoles del todavía Nuevo Mundo y de un castillo solariego, asentado en el Oriente del mar: Filipinas.

Quien aquí te habla, quien aquí te reza, lo hace en nombre de todos los embajadores de esos pueblos. Y no porque lo merezca por mi virtud ni lo ejercite por poder. Los pabellones que hoy se te ofrecen, como una asamblea de oraciones geográficas, han elegido al portador de la enseña enlutada, de la más castigada y más probada, de la más sufriente: la bandera de Chile, que es el Job de las tristezas entre todos los hijos de tu hija España.

Señora Santa María de Guadalupe: Tú, la Madre, ruega a tu Divino Hijo por estos hijos tuyos terrenales, que somos los pueblos del mar Océano.

Otorga a nuestros gobernantes la luz del saber querer y del saber hacer; ese resplandor de tu estrella que permite avizorar los puertos de arribo y seguir los derroteros que conducen a las bahías terminales.

Entrega a los pueblos de nuestros pueblos la luz del saber anhelar y del saber elegir, para que la justicia se determine y la libertad se ejerza y la paz sea con nosotros, siempre en nombre de la Verdad. Porque sólo conocen la justicia y viven la libertad y se comunican en la paz aquellos que se reconocen en la Verdad.

Tú, arca de la alianza, hermana a los hombres y a las naciones en la unidad de su filiación divina y en la integración de la fraternidad humana.

Señora... Señora Santa María de Guadalupe: Ruega por nosotros, que somos veintiuna carabelas de regreso, hijas multiplicadas de las tres primeras de Cristóbal Colón, que aquí estamos, junto a la bandera mariana y marinera de la Madre España. Ruega por nosotros, ahora, que es la hora de nuestra comunión con el mundo. Así sea.

DE LA ACADEMIA COLOMBIANA A LA ESPAÑOLA

por Oscar Echeverri

Ya lo he dicho en otras ocasiones: la Academia Colombiana de la Lengua es la que más atractivamente trabaja de las correspondientes de la Real Española. No sólo atiende a las consultas que recibe constantemente, sino que mantiene un contacto permanente con la entidad central de Madrid. Como de ese contacto resultan cuestiones de interés para el idioma, deseo dar a conocer algunas de las consultas que nuestra Corporación ha dirigido a la Española, y las respuestas de ésta.

No todo lo que falta en el Diccionario Oficial es barbarismo; éste se edita cada diez años, por lo menos, y en ese lapso surgen —como en inmenso semillero— infinidad de nuevos vocablos. Sabido es que la lengua es un organismo vivo, que sufre el mismo proceso de todos los seres que pueblan la naturaleza: así, las voces nacen, se expanden y procrean nuevas voces, y a veces también mueren. América —con sus cien y pico millones de habitantes— es un hervidero de nuevos vocablos; España no puede desconocer —y la Real Academia ya no lo desconoce— que aquí también se desarrolla el castellano, ¡y de qué manera!, que aquí también se enriquece y que —desafortunadamente— también halla innumerables peligros. Prueba de que la Real Academia Española ha variado radicalmente su antigua posición, es el hecho de que casi a diario acepta nuevos términos nacidos en Hispanoamérica. De algunos de ellos se tratará en futuros artículos.

CONTAINER. — *Alguien preguntó a la Academia Colombiana cuál era la palabra que reemplazaba al anglicismo* container, *de tan frecuente uso ahora. Este término significa cierto empaque usado por los transportadores marítimos y terrestres —especialmente— para algunos artículos; empaque que viene a ser una protección para los mismos, y que, a veces, es prácticamente un vagón en los ferrocarriles, por ejemplo. La Academia Colombiana propuso las voces* portacargas *y* sobreempaque. *Y la Real Academia aceptó* portabultos *y* portapaquetes.

AVALANCHA. — *Este galicismo, de tan frecuente uso en nuestro habla y aun en nuestros escritos, ha obtenido carta de ciudadanía gracias a la Academia Colombiana. Ante la* avalancha *del uso de dicho término, aquélla propuso su admisión a la Española, y ésta se la otorgó, en calidad de sinónimo de* alud.

ALTO Y BAJO. — *A propuesta de nuestra Corporación, la entidad matritense ha resuelto incluir en su próximo Diccionario las nuevas acepciones para las voces* alto *y* bajo *cuando se relacionan a períodos de tiempo. Ejemplo: «Alta Edad Media», «alto helenismo», «alto imperio»; «baja Edad Media», «bajo imperio», «bajo helenismo».* Alto, alta, *tendrán la acepción que se les da en el lenguaje literario: «temprano, temprana»;* y bajo, baja*: «tardío», «tardía». Las definiciones serán:*

«ALTO, ALTA. Dícese de las primeras etapas de un determinado período histórico.»

«BAJO, BAJA. Dícese de las últimas etapas de un determinado período histórico.»

PICK-UP. — *Sobre este anglicismo también consultó la Academia Colombiana a la Española, y ésta le ratificó lo que en alguna ocasión habíamos dicho en estos comentarios:* pick-up *es, en español,* furgoneta. *Esta palabra es de uso corriente en España; es una lástima que aquí, en Colombia, usemos tanto el* pick-up. *¿Por qué no reemplazarlo, como venimos haciendo con* jeep, *que ya es* campero, *al menos en la buena Prensa?*

MATINÉE. — *Nuestra Corporación pidió un término a la Real Academia, para sustituir al galicismo* matinée. *He aquí la respuesta textual de aquélla: «La palabra* matinée *estuvo muy en boga en España para designar la función de teatro o de circo que se celebraba por la tarde. Este galicismo hace ya bastante tiempo que dejó de tener uso. Hoy se dice sencillamente «función de tarde» o «sesión primera», entendiéndose que la segunda es «función de noche». En cuanto al cine, se distingue el de «sesión continua», que empieza por la mañana o por la tarde, y el que repite el programa cada dos horas y sólo tiene dos sesiones: una de tarde y otra de noche.*

LA

"SANTA MARIA DEL AIRE"

por EDUARDO MARCO

Del 22 de enero al 10 de febrero de 1926 —hace solamente de ello treinta y cinco años—, España y la República Argentina —y casi podríamos decir que el mundo entero— vivieron unos días de profunda e intensa exaltación patriótica. Gobernaba entonces España el general Primo de Rivera, cuyos años de dictadura fueron casi coincidentes con los del período presidencial, en la Argentina, de Marcelo Torcuato de Alvear. Este país, consolidado su soporte constitucional y político, se hallaba en una etapa de estabilización y de progreso tras unos años en que, alternando las influencias políticas de militares, radicales y conservadores, habíase fomentado el desarrollo de la Agricultura, de la Ganadería y de la Industria. Argentina representaba un papel importante en el mundo; hacía sentir su presencia con la fuerza que otorga la posesión de las mayores producciones alimenticias; con el señuelo de una tierra de promisión abierta a todos los emigrantes y con la personalidad de un *folklore* de exportación que mostraba al mundo la ingenuidad de un hampa bonaerense sentimental con música de tango.

La firmeza de don Miguel Primo de Rivera había conseguido para España —de ello se acuerdan muchas personas, mayores que quien esto reconstruye— unos años de bienestar y de paz para los que el mundo —lejos ya de la Guerra Europea y con el florecimiento económico de los Estados Unidos de América—, se hallaba propicio. Desde mucho tiempo antes se estaba preparando el viaje del que se llamó «Santa María del Aire»; es decir, del hidroavión «Plus Ultra». El programa previsto para este primer *raid* aéreo sobre el Atlántico sur, era el siguiente: día 23, Palos de Moguer-Las Palmas (1.315 Km.); 24, Las Palmas-Porto Praya, Cabo Verde (1.700 Km.). Dos días de descanso. 27, Porto Praya-Isla Fernando Noronha (2.305 Km.); Fernando Noronha-Pernambuco (450 Km.); total de la etapa, 2.845 Km.; 28, Pernambuco-Río de Janeiro (2.035 kilómetros); 29, Río de Janeiro-Buenos Aires (2.225 Km.). Total, 10.120 kilómetros.

Por aquellos días, el general Franco Bahamonde anunciaba que iba a fijar su residencia en Madrid, después de su visita a El Ferrol. El coronel Millán Astray era destinado a la jefatura de la Legión, que él mismo fundara, mientras que los periódicos comentaban la conveniencia de un proyectado viaje de Alfonso XIII a América. Entretanto, otro Franco Bahamonde, comandante de Aviación, realizaba los preparativos para pilotar un hidroavión bimotor Dornier, en compañía de Julio Ruiz de Alda, el alférez de navío Durán y el mecánico Pablo Rada. «La ciencia mecánica proporciona, con escrupulosa previsión, los medios para esta hazaña...», decía *A B C* en las mismas páginas en que anunciaba la venta, «en módicos plazos», de unos encantadores aparatos de «radiotelefonía para escuchar todos los conciertos extranjeros», al precio de 250 pesetas, más o menos. La casa Ford colocaba en España un número no despreciable de su último modelo *Sport*, de dos plazas, que costaba en España 4.500 pesetas.

Xaudaró, en el mismo lugar y en el mismo espacio en que ahora lo hace Mingote, caricaturizaba la actualidad, tan flagrante entonces —al menos— como la nuestra hoy.

En París se realizan pruebas del autogiro La Cierva. La Infanta doña Luisa distribuye en Tetuán el aguinaldo del soldado. En Melilla, las fuerzas realizan prácticas de tiro, mientras que al ejército indígena se le reúne para un reparto de premios. Pero toda esta amable superficialidad no es más que la externa serenidad de un tiempo en que se toma conciencia del futuro, en que se siente la necesidad de cumplir una misión. Los artículos periodísticos de estos días señalan a Marruecos como un objetivo nacional, de transformación, de acción vivificadora y estimulante. El mismo empeño deportivo puesto por el malogrado Ramón Franco constituye también toda una hazaña patriótica. Lo de menos fue que el fin del viaje acaeciera doce días después de lo previsto. Lo nimio, lo anecdótico, lo que apenas tuvo importancia fue el accidente. Sin embargo, era ya Historia la naturalidad con que Franco y sus compañeros realizaron la proeza, la despreocupada confianza con que aprovisionaban el avión, con ocho kilogramos de comida, calculados para diez días, la previsión de la máquina destiladora de agua para caso de amarar —de «amerrizar», decían— por fuerza. Y las palabras del mecánico Pablo Rada, que resumían toda la peripecia:

—Esta es la primera condecoración que recibo aquí.

Condecoración de sangre: una herida en el pecho, en forma de cruz, producida a consecuencia del accidente en el que se incendió un motor.

La hazaña del «Plus Ultra» —¿podemos evitar el comentario a la simbología del nombre?— fue un abrazo cordial en el quehacer de la Hispanidad. Los pilotos fueron los embajadores con los que España envió sus saludos a los presidentes del Uruguay, Brasil y Argentina. Fueron también la ocasión para rememorar el heroismo de los Descubridores, la oportunidad para el entusiasmo, el pretexto para la actualización de nuestra misión, la obligación de la sesión especial en La Rábida, la efusión patriótica y la inteligencia de los pueblos sobre los que pasaron las alas de este avión español, que en 1926 consiguió, por voluntad y corazón de españoles, uno de los más importantes triunfos de la Aviación militar de su tiempo.

«*¿Quién ha dicho que los motores Dornier del «Plus Ultra» eran alemanes? Ingleses y bien ingleses... y los vende XX.*» Pese a todo, y pese, también, a la herida de Rada, quien redactó este anuncio estaba mucho más lejos de nosotros que lo pudiera estar Buenos Aires, con sus 10.120 kilómetros de ruta aérea.

JOSHEPA LA ASISTENTA

Cuento

por C. SAN MARTIN

Juraba en francés con gran pintoresquismo y extensísima variedad de frases, habilidad que, como única herencia, le dejó su padre, marinero de Marsella. Se había apropiado de la única palabra malsonante que contiene el vocabulario de la lengua vasca, *Arrayúa*; del castellano, además de destrozarlo con su terrible concordancia vizcaína, guardaba en su memoria, para mezclarlas con sus otros disparates bilingües, escogidas interjecciones dignas de un carretero imaginativo y de mal genio, cuyas mulas se aspean al empezar a subir un puerto. ¡Edificante!

Si se suma a sus prodigios lingüísticos su cara de Celestina barbuda, mostachuda y desdentada, sus ojos saltones y el pelo siempre despeinado, entrecano y rizoso como el de un negro, se tendrá la más mentirosa, falaz, inexacta, apócrifa e incierta imagen de Joshepa la Asistenta, la cual era una bonísima y honesta mujer en todo el amplio sentido de los adjetivos.

Ignoraba los años que tenía, no le importaba su edad. Al llegar en la cuenta de ellos a las cuatro docenas la había perdido.

La vida no merece la pena de ser distribuída en doce meses ni en docenas de años cuando es la vida monótona de la



asistenta, exactamente igual en cada uno de los días del año, con la barriga pegada a la fregadera, sin otro paisaje ni horizonte ante sus ojos que los grifos del agua caliente y fría.

Quizá porque eran las dos estrellas brillantes en las que se fijaba, le gustaba que estuvieran refulgentes, y antes de ponerse a lavar o a fregar, las restregaba con un limpiametales hasta obtener el brillo indispensable para satisfacer su mínima necesidad de belleza; los grifos fúlgidos eran la poesía a su modo.

Iba viviendo, trabajando con un poco menos de vigor cada vez, para lavar la ropa, con los dedos un poco más torpes y nudosos; el dorso de la mano agrietado por las lejías y la sosa; la palma, en la base del pulgar sobre todo, encallecida, tan dura y leñosa como la tabla de lavar por cuyas ondulaciones se deslizaba el agua jabonosa y la existencia de Joshepa la Asistenta.

La mujer lavaba con método. Primero, la ropa grande y pesada, dejando para lo último, como quien come un bombón o un pastel, el postre de la ropita de los niños, a quienes adoraba.

La adoración nunca era correspondida, pues la imagen del coco y la de Joshepa se fundían en una sola en las pesadillas infantiles. Nunca, en su vida, había corrido un niño hacia ella para darle un beso.

También aljofifaba y había aljofifado millones de azulejos de cocinas, pasillos y cuartos de baño.

En sus traslados de casa a casa, en su trabajo ingrato de asistenta por horas, llevaba siempre bajo el brazo, envuelto en un periódico húmedo, que se rompía enseñando su contenido, un delantal pringoso, de hule medio desconchado, que enseñaba la trama sucia; la almohadilla, también de hule, rellena de trapos, que le servía para arrodillarse sobre ella, y los zuecos de madera. A pesar de los zuecos y de los hules protectores contra la humedad forzosa de sus tareas, el reuma se había apoderado de ella.

—¡Foutrement enmerdant el maldito reuma!

Sí; el maldito reuma iba encorvando su cuerpo, agachando su espalda con esa curvatura de los viejos hacia la tierra, que los atrae, impaciente por quedarse con ellos.

Estando de rodillas, cuando iba retrocediendo dejando delante de ella el enladrillado espejeante —que recobraba su tono apagado al secarse la humedad—, el encorvamiento no le molestaba tanto como cuando restregaba la ropa sucia en el lavadero o en la fregadera.

Así es que para descansar de su tarea, inconscientemente, prolongaba las pausas entre restregón y restregón, dedicándose en ellas a hablar con la cocinera, la niñera, la señora, cuando se terciaba, o simplemente se dirigía en sus monólogos al fogón o al armario de la cocina, según donde estuviera colocada la fregadera.

Las pausas se fueron haciendo cada día



más largas y más frecuentes, por lo que la tarea de lavar la ropa resultaba interminable.

Estos momentos de respiro tenían el aliciente de los pequeños y reconfortantes traguitos de aguardiente del frasco que en la escondida faltriquera trasladaba con los otros trastos de casa en casa.

Las pausas mayores y los tragos más largos. Pretendía con ellos matar el gusanillo o calmar el histérico, oscuros males escasamente diagnosticados todavía, pero en cuyo remedio coinciden quienes lo padecen. El remedio denuncia el mal por su vaharada inconfundible.

Los tragos, que menudeaban, hubieran tumbado a un granadero; a ella tan sólo la volvían un poco más locuaz que de costumbre. Considerando lo que habitualmente hablaba estando abstemia, puede deducirse lo milagroso de la medicina.

Vivía, según ella, en la plaza de la Constipación (léase Constitución) y aunque diferentes avatares políticos habían hecho que se cambiara el nombre de la plaza, ella nunca se había molestado en aprenderlo.

El cuartucho hubiera sido un cuartucho más sin la cama, tendida con ropas que rezumaban blancura, las cuales le prestaban rango. Las vecinas apreciaban a la Joshepa, pues era generosa.

También pegaba la hebra con ellas en cuanto podía, monologando, pues nunca dejó que el monólogo se convirtiera en diálogo. Ella perder el tiempo escuchando, pudiendo hablar, ¡disparate!

En sus discursos, mítines y sermones, que de todo había, tocaba tan sólo dos temas, perorando siempre sobre ellos:

El tema del sexto mandamiento, a cuyos transgresores odiaba, y el de las máquinas de lavar, que aborrecía con todas sus manos encallecidas, sus uñas roídas y sus muñecas, envaradas y rígidas.

¡Qué sermones! ¡Qué elocuencia! ¡Qué ojo clínico para descubrir embarazos clandestinos, que denunciaba *ipso facto* a la señora o a la madre despistadas! ¡Qué pupila para avizorar a los maridos que se descarriaban o a las mujeres que olvidaban sus deberes!

En cuanto a *ésas*, las que pecan por la paga, le inspiraban unas tan ardientes diatribas, unas *savonaroladas* tan enérgicas, unos tan rotundos adjetivos, que malas lenguas aseguraban había recibido serias proposiciones de juntas moralizadoras para que les echara una manita, nombrándola miembro activo.

Menos mal que para los no iniciados las palabras de la Joshepa eran ininteligibles. Entre los tacos que soltaba en francés, los dientes que le faltaban y hacían su hablar ceceante, la sintaxis que desconocía y los balbuceos proporcionados por la *chucha*, su idioma no era más que un farfulleo lleno de carcajadas cortas y sin convicción, de guiños de los ojos saltones y de muecas que encogían o estiraban su morro peludo.

No tenía pelos en la lengua, y eso se debía quizá a un pequeño olvido de la naturaleza, que había recubierto su cuerpo por entero de un vello... arborescente.

Cuando iba de una casa a otra para seguir sus tareas de fregona, solía pararse ante los escaparates de aparatos eléctricos.

Su vista le causaba tal ira que cerraba los puños con furia, y hubiera roto el cristal del ventanal a golpes de zueco.

—¡Sales putains de máquinas de la porra!

Conforme fué pasando el tiempo, la Joshepa lanzaba con más frecuencia sus vituperaciones, vuelta de espaldas al lavadero, con las manos levantadas y los brazos separados del cuerpo, en actitud ritual, las manos chorreantes de espuma de jabón, que se le escurría por el antebrazo e iba goteando desde los codos al suelo con un ruidito que puntuaba sus discursos.

A ella le gustaba la limpieza, ¡sí, señor! Limpieza en todo, el suelo limpio, la ropa limpia y la conciencia limpia también... Los hombres y las mujeres, a ser como Dios manda; pas de cochoneries; *ésas*, a la hoguera; las chicas que se habían metido en un lío, a casarse aprisa y corriendo, pero antes darles una buena tanda de latigazos. Si los hombres que tenían la culpa del desaguisado no querían casarse, entonces... ¡Ah! ¡¡Entonces!! Los disparates y mutilaciones a los que la Joshepa los condenaba no pueden transcribirse, aunque, pensándolo bien, quizá su enumeración sirviera de freno a los excesos.

La Joshepa cada vez trabajaba menos, comía menos, hablaba más y bebía disparatadamente.

Tenía metido en los huesos el frío de toda el agua que había martirizado sus manos; además, sus enemigas, las máquinas de lavar, cuyo manejo se negaba a aprender, pues lo hubiera considerado como una traición, le iban quitando el pan de la boca.

¡Bueno! Se podía ir tirando mientras le dejaran su chupito de aguardiente, *chucha*, *eau de vie*, que de las tres maneras lo podía nombrar, amén de adjudicarle otros muchísimos nombres y apodos cariñosos, alias, motes, «curalotodo» «leche de los viejos», «calor de vida» y absurdamente «mi nidito».

Sus manos, que el reuma iba convirtiendo en garabatos, sostenían ya mal el frasco de aguardiente y éste se le derramaba antes de llegar a su boca, con gran desconsuelo de la vieja.

Y como se le escurría su preciado líquido, se le escurría también el jabón, que no podía agarrar para restregarlo contra la prenda, y su cabeza iba cada vez inclinándose más, doblado el cuerpo ya en escuadra. Hasta que la mujer no pudo seguir trabajando.

Se tendió, con la ayuda de manos caritativas, en una cama limpia y, como siempre hay gente comprensiva, las amas de casa en las que ella gastó su vida se turnaban para llevarle el alcohol necesario, y así siguiera viviendo un poco más. La más ingeniosa le construyó una especie de biberón, que tenía reminiscencia del *narghilé* de los turcos, insertando una boquilla en un tubo de goma, que iba a parar a la botella de aguardiente posada en el suelo.

Así, con un pequeño sorbeteo en la boquilla —que ni de día ni de noche dejaba de su boca— llegaba hasta ella el chupito de alcohol que con infinito deleite templaba, saboreaba, reteniéndolo, paladeándolo durante larguísimo rato, hasta que lo deglutía con el mismo aire feliz



con el que los judíos podían comer el maná que les venía del cielo, adjudicándole su sabor preferido.

Este cielo de la Joshepa, alcohólico y casi perfecto, duró algún tiempo, y es de creer que en el ganado por ella valientemente ante las fregaderas en su vida de trabajo, habrá también grifos resplandecientes, que serán estrellas verdaderas, ropa de niños, esclusivamente ropa de niños, para lavar y kilómetros de mosaicos que dejar relucientes, sin que después pierdan su brillo, porque la Joshepa amaba su trabajo de asistenta.

En su cielo, en cambio, estarán prohibidas las máquinas de lavar.

ILUSTRACIONES DE GONZALO

III JUEGOS FLORALES EUCARISTICOS HISPANOAMERICANOS

CONVOCATORIA

El Patronato de las Fiestas del Santísimo Corpus Christi convoca los «III Juegos Florales Eucarísticos Hispanoamericanos», que tendrán lugar en Toledo, coincidiendo con la celebración de tan excelsa festividad religiosa.

Las bases por las que se regirá el certamen serán las siguientes:

1.ª Podrán optar a los premios establecidos todos los poetas españoles, hispanoamericanos y filipinos que concurran con sus originales, en verso, destinados a exaltar de algún modo el Santo Misterio Eucarístico.

2.ª Los trabajos, en castellano, originales e inéditos, con una extensión mínima de cincuenta versos y máxima de doscientos, deberán remitirse por duplicado, dejando a la libre elección de los autores la métrica y forma de las composiciones.

3.ª El procedimiento de remisión será el habitual de plica, o sea que a los trabajos, que se remitirán sin firma y con un lema, ha de acompañar un sobre cerrado, en el que conste el mismo lema, y que contenga en su interior el nombre y apellidos del autor, lugar de residencia y domicilio.

4.ª El plazo de admisión de los originales terminará el día 15 de mayo de 1961, inclusive.

5.ª Los trabajos, escritos a máquina, a dos espacios, por una sola cara, deberán ser remitidos al Instituto de Cultura Hispánica, Avenida de los Reyes Católicos, 1, Ciudad Universitaria, Madrid; haciendo constar en el sobre: «Para los III Juegos Florales Eucarísticos Hispanoamericanos.»

6.ª Se establecen los siguientes premios, que serán concedidos a los poemas que según criterio del Jurado se hagan acreedores de ellos, por este orden:

1.º Gran Premio, Flor natural y 30.000 pesetas.
2.º Premio «Países Hispánicos», 15.000 pesetas.
3.º Premio «Instituto de Cultura Hispánica», 10.000 pesetas.

7.ª El concurso será fallado, una vez vencido el plazo de admisión, en los días que precedan a la Festividad del Santísimo Corpus Christi, por un Jurado nombrado al efecto, y cuyos nombres se harán públicos en el momento de dar a conocer el fallo.

8.ª Los trabajos premiados quedarán en propiedad del organismo patrocinador del concurso.

9.ª El autor galardonado con el primer premio estará obligado a asistir a la fiesta que se celebrará en el Teatro Rojas, de Toledo, el martes 30 de mayo de 1961, en la que actuará como mantenedor una prestigiosa figura de las letras españolas.

10. Al autor galardonado con el primer premio se le abonarán los gastos de ida y vuelta desde el lugar de su residencia en España hasta Toledo. Si residiera en Hispanoamérica se le abonarán dichos gastos desde cualquiera de los puntos en que haga escala la Compañía «Líneas Aéreas Españolas IBERIA» (Buenos Aires, Montevideo, São Paulo, Río de Janeiro, Bogotá, Caracas, La Habana, Puerto Rico y México).

En uno u otro caso, el autor galardonado con dicho primer premio se considerará invitado durante una semana para residir en Madrid y Toledo.

11. Los autores de los trabajos que obtengan los premios segundo y tercero también estarán obligados a asistir a la citada fiesta, si residieran en España.

BUZON FILATELICO

CARLOS LOPEZ RODRIGUEZ. Meléndez Valdés, 43, Madrid-15 (España).—Desea sellos de Venezuela a cambio de españoles y sus colonias o europeos.

JOSE VAZQUEZ VELA. Ocampo y Victorias. Nuevo Laredo, Tamp. (México).—Desea intercambio de sellos.

Envíe 100 sellos de su país y recibirá igual cantidad de universales o USA, según desee, Nilda R. de Hidalgo, Avenida De Diego, 314, Pda. 22, Santurce (Puerto Rico).

NICOLAS MARTIN SANZ. Marqués de Villores, 45, Albacete (España).—Desea canje de sellos españoles por universales.

JUAN MANUEL SALDIVAR CANTÚ. Veinte de Noviembre, 237 norte, C. Victoria, Tamp. (México). Desea canje de sellos.

JOSE ALEGRE. Condes de Barcelona, 10, Madrid-19 (España).—Desea intercambio de sellos de todo el mundo.

PABLO LOPEZ. Meléndez Valdés, 43, Madrid-15 (España).—Envía 100 sellos diferentes de España contra la misma cantidad de Francia, Austria o Alemania.

CLARA KAJATT DE ALTABÁS. Alcanfores, número 1.225, Miraflores, Lima (Perú).—Desea canje de sellos universales.

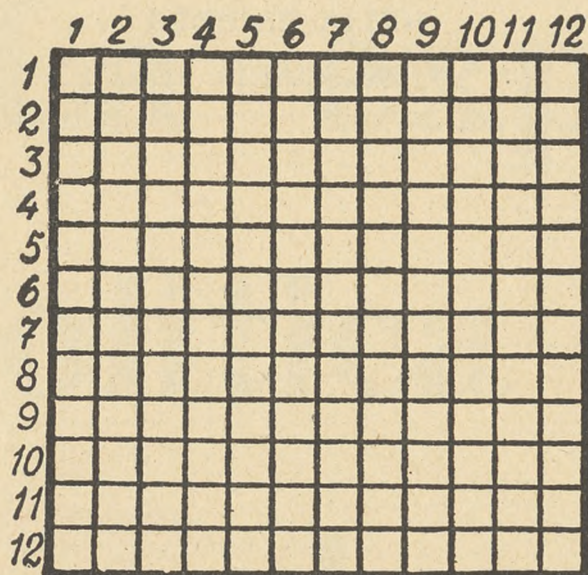
JOSE RUIZ ALMENDROS. José Antonio, 18, Valdepeñas, Ciudad Real (España).—Desea cambio de sellos con filatélicos de todo el mundo, en español o francés.

Pasatiempos

Por Pedro Ocón de Oro

CRUCIGRAMA BLANCO

(Al resolverlo, hay que ir poniendo también los cuadros negros)



HORIZONTALES.—1: Instrumento músico de viento, de metal, con boquilla de madera y caña y varias llaves. Consonante. Consonante.—2: Gran cordillera, formada por una prolongación de los Alpes occidentales, que atraviesa Italia de Norte a Sur. Arbol leguminoso venezolano.—3: Insecto coleóptero. Fig., ardimiento.—4: Especie de lienzo, de poco más de tres cuartas de ancho. Conjunto de nubes muy blancas.—5: Desprovistos del fósforo que contenían.—6: Desluces. Amarres. Abreviatura de punto cardinal.—7: Población de Polonia. Criados de librea.—8: Cantos populares de las Islas Canarias. Apellido de un célebre general español, que se distinguió en la guerra de la Independencia.—9: Camino. Instrumento de zapatero. Consonante.—10: Acudid. Río de Bélgica. Utilice.—11: Jugo lechoso que fluye de algunas plantas y se consolida al contacto con el aire (plural).—12: Ciudad italiana. Embustero.

VERTICALES.—1: Terreno esterilizado por abundar en sales. Madero para la construcción.—2: Sistema de poleas propio para levantar grandes pesos. Locos.—3: En la antigua Iglesia, ayuno en que sólo se podían comer alimentos secos. Nota musical.—4: Callosidad que se forma en las uñas, acompañada de deformación de la matriz de las mismas. Forma pronominal.—5: Delgadas. Parte del tejado.—6: Isla de Melanesia. Contrahiciera.—7: Negación. Antigua armadura del pecho. Consonante. Desinencia verbal.—8: Quitan la luz. Siglas comerciales.—9: Preparara las cosas con anticipación para algún fin. Prefijo negativo.—10: Inclinación del paramento de un muro o de un terreno. Adverbio. Enlaza.—11: Labradores que cultivan un terreno por arrendamiento y viven en él. Río de la provincia de La Coruña.—12: Plazas donde se celebraban antiguamente en Roma los negocios públicos. Tanteó el peso de una cosa.

SOLUCION

HORIZONTALES (la X significa cuadro negro).

1. Saxófono. X. T. X. F.—2: Apeninos. X. Aco. 3: Larino. X. Calor.—4: Aroca. X. Cúmulo.—5: Desfosforados.—6: Ajas. X. Ates. X. N. X.—7: Rogi. X. Lacayos.—8. XX. Isas. X. Eraso.—9: Vía. X. Lesna. XX. P.—10: Id. XX. AA. XXX. Use. 11: Gomorresinas.—12. Asís. X. Aranero.

VERTICALES (la X significa cuadro negro).

1: Saladar. X. Viga.—2: Aparejo. X. Idos.—3. Xerofagia. X. Mi.—4: Onicosis. XX. Os.—5: Finas. XX. Alar. X.—6: Ono. X. Falseara.—7: No. X. Cota. X. S. X. Er.—8: Oscurecen. X. SA.—9: XX. Amasara. X. In.—10: Talud. X. Ya. X. Une. 11: X. Colonos. X. Sar.—12: Foros. X. Sopesó.

LA HORA TEATRAL

por JUAN CASTELLO G.

● Cuatro nombres llenaron la actualidad. Tennessee Williams, Ionesco, Ibsen y Calvo Sotelo.

● Desde su estreno, en 1947, la obra de Tennessee Williams *Un tranvía llamado Deseo*, ha recorrido en triunfo los mejores escenarios extranjeros, y ha sido llevada también con gran éxito al cine. Al borde del folletín y del melodrama pero sin caer en él, por su hondura y su verdad, rechina con su evasión estremecedora en los contrastes difíciles entre la realidad horrible y los sueños y fantasías de la «loca». Pasiones a lo vivo y a lo desnudo, y, en definitiva, «garra» dramática fuera de toda duda.

José Méndez Herrero, escritor sensible e inteligente, ha realizado una traducción ejemplar y de una fidelidad a la que no se pueden oponer reparos. Su director, González Vergel, supo cuidar clima, actitudes, ritmo, movimiento, matices y asunto de manera impecable.

● El Teatro Eslava nos ofreció la reposición de *Casa de muñecas*, la conocidísima obra de Ibsen, revolucionaria en su día, y que hoy conserva vigor y hechura de gran teatro. Una traducción excelente de todo punto de Mercedes Ballesteros.

● En Calvo Sotelo cundió la representación nacional con su obra *Dinero*. Comedia muy actual, de tesis muy viva. La obra de Calvo Sotelo nos presenta el fenómeno más perceptible hoy que en otro tiempo —aunque fenómeno de siempre—, del poder del ansia del dinero, de la facilidad en los negocios y de la dificultad de que ese dinero, que parece abundar tanto, acuda generosamente a la satisfacción de una necesidad o al requerimiento de una amistad. El autor nos lo explica:

«Estamos más solos que nunca en esta época de asociaciones con cualquier pretexto. El dinero es un espejo turbio que nos presenta nuestra imagen borrosa y deformada.»

Calvo Sotelo ha ido a desarrollar su tesis ante todo, y esto es lo que importa. Saca como conclusión que hay que dar algo a cambio de lo que se pide. El caso es que logró llevarla a buen puerto, y es lastimoso que, conforme la tesis se afirma, la comedia teatralmente decae. Nueva dirección excelente de González Vergel y buena interpretación de Antonio Prieto, Gemma Cuervo y Luis Peña.

● El acontecimiento teatral más significativo tal vez lo constituya el estreno, en el María Guerrero, de la obra de Ionesco *El Rinoceronte*.

Ionesco, de cara al público, gustó esta vez maravillosamente, y no por él —a cada cual lo suyo—, sino por el bordado maravilloso de su director, José Luis Alonso. Comprobamos con buenos ojos que si encomiable fue la labor de los directores de escena en el año 60 —tal vez lo mejor de nuestro teatro— más se afianza en este 61 por sus montajes inteligentes y extraordinarios, fuera de toda duda.

Ionesco, en cambio, no se apunta nada para que le proclamemos, como desean algunos, el revolucionario número uno de la escena. La idea es estimable y valiente, si se quiere. De un movimiento incomprensible, distrae sin venir a cuento, reitera que da grima y no justifica nada... Hace, en resumen, lo que le viene en gana, sin armonía ni garbo nuevo.

Con todo, el Teatro María Guerrero ha hecho perfectamente dándonos a conocer *El Rinoceronte*, que bien adaptada por Trino Martínez ha alcanzado un éxito resonante, al que han contribuido cuantos la han dado vida. Magníficos en toda la obra José Bódalo y María Dolores Pradera.

Y apuntamos ahora la opinión de un crítico: «Es posible que a estas horas Ionesco haya telegrafiado a José Luis Alonso para decirle: "El genio es usted".»

● Barcelona vivió últimamente jornadas de verdadera calidad teatral. Un estreno en catalán, que constituyó resonante éxito. Nos referimos a la comedia del joven autor Eduardo Criado, de quien recordamos *Los blancos dientes del perro* y *Cuando las nubes cambian de nariz*. Tiene, además, en su haber el Premio Ciudad de Barcelona.

Su última comedia, *Cual trozo de vida*. El título encierra ya toda una actitud. Hacer teatro como si fuera un trozo de vida, sin pies forzados de mensajes, casos patológicos y morbosidades de toda índole. Como si fuera un trozo de vida, en el que el personaje imaginario tiene, como el hombre real, la responsabilidad de sus decisiones. Tiene libre albedrío del que ni siquiera el autor puede despojarle.

Con todo este jugueteo de «el autor» y la «imaginación», que comentan el desarrollo de la obra y que incluso hacen repetir una escena dramática para ver si se logra en la misma un desenlace aparentemente más feliz, la comedia se apoya en la fuerza real de un personaje que no aparece, pero que sentimos. Criado sigue, pues, fiel a su sentido poético, que animó su primera producción, y se coloca con esta comedia entre nuestros mejores dramaturgos.

● También en la Ciudad Condal, y en el Teatro Cómico, José Tamayo, acudiendo en pro del resurgimiento teatral de la ciudad, estrenó *La caída de Orfeo*, de Tennessee Williams.

En esta obra vuelve el autor por los caminos poéticos iniciados en *El Zoo de Cristal*. No quiere decir esto que los hubiera abandonado, porque en sus últimas obras la poesía se encontraba escondida, oscurecida por la valentía de los temas que afrontaba. *La caída de Orfeo* es una obra cruda, violenta y apasionada, pero flota en ella una extraña y mágica atmósfera poética que se nos hace más patente por la recreación del mito clásico. Los personajes parecen arrastrados por una fuerza misteriosa que les lleva a un final contra el que inevitablemente deben enfrentarse. Nunca el arte de Tennessee para utilizar todos los elementos del teatro moderno alcanzó mayor fuerza dramática. Pero, por encima de todo, el ambiente está creado por el diálogo, que se eleva en ciertos momentos, hasta las más secretas fronteras del verbo.

La caída de Orfeo constituyó en Barcelona un auténtico acontecimiento artístico. Excelente interpretación de Ana Mariscal, Nuria Torray y José Rubio. Magnífica realización de José Tamayo.

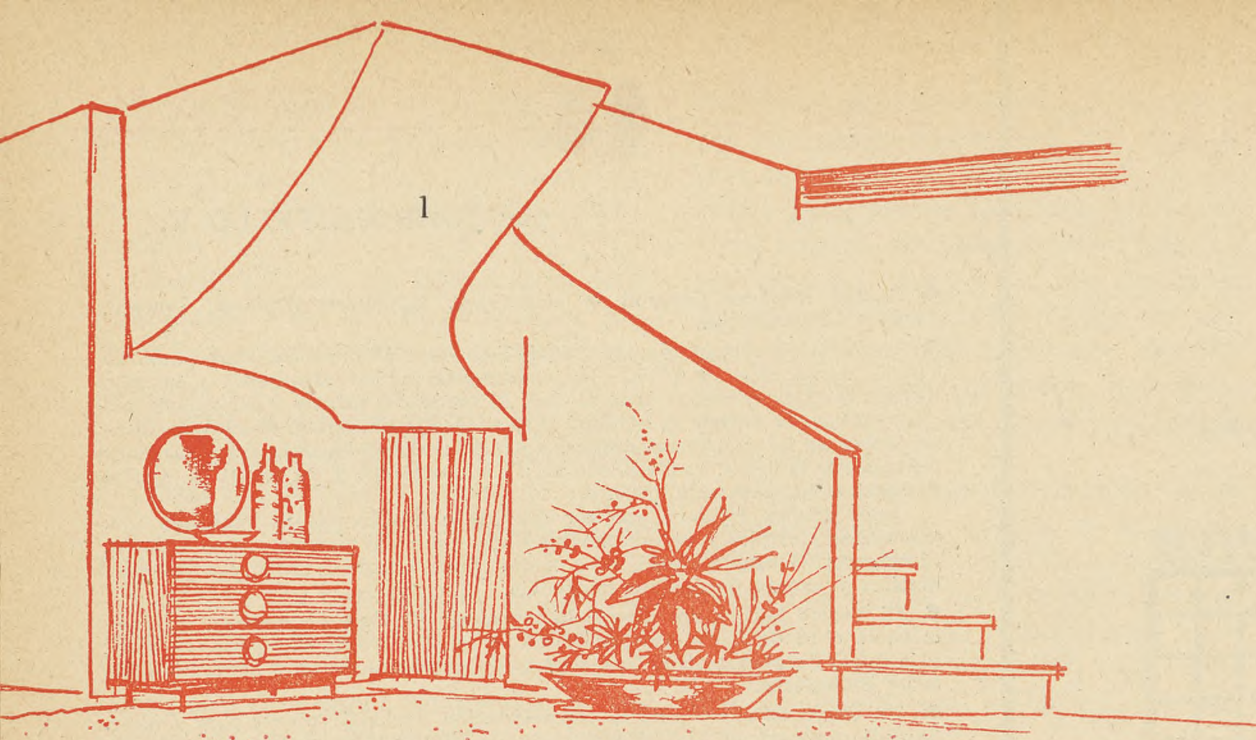
● Se terminó el ciclo italiano de ópera en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona. Tras una *Carmen* verdaderamente espectacular, cantada por Gloria Lane en el papel de la protagonista, y el debut en España —sensación de la temporada— de la soprano lírica australiana Joan Sutherland, interpretando *Los Puritanos*.

Con *Tannhauser* comenzó el ciclo germánico de la temporada del Liceo. Siempre en el año nuevo aparece Wagner por las ramblas y siempre es acogido con la misma respetabilidad.

El ciclo germánico ofrecerá, además, *Siegfried* y *Parsifal* —también de Wagner—, *La flauta mágica*, de Mozart, y *El murciélago*, de Johann Strauss.

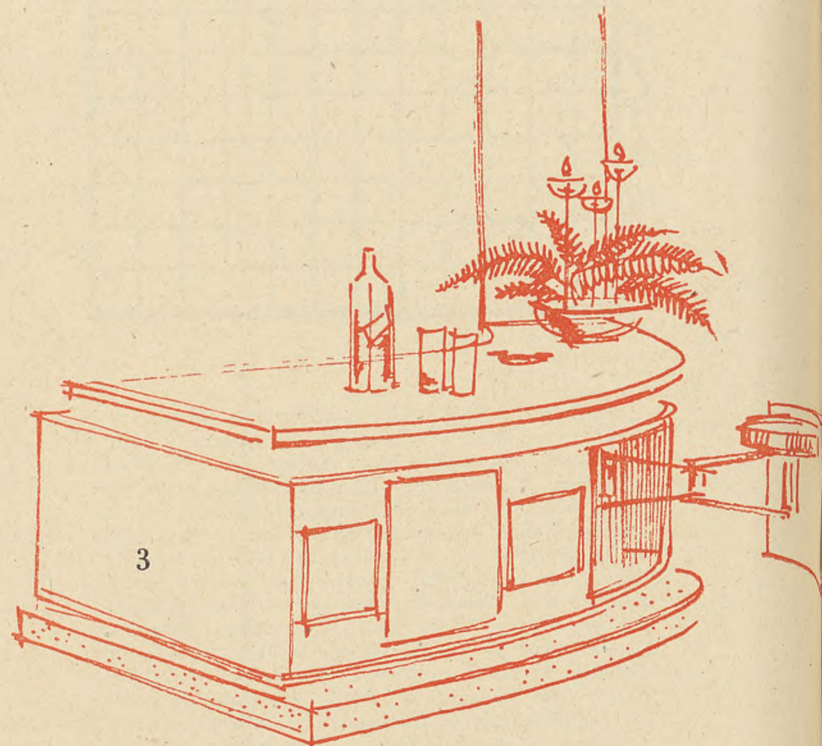
Consultorio de decoración

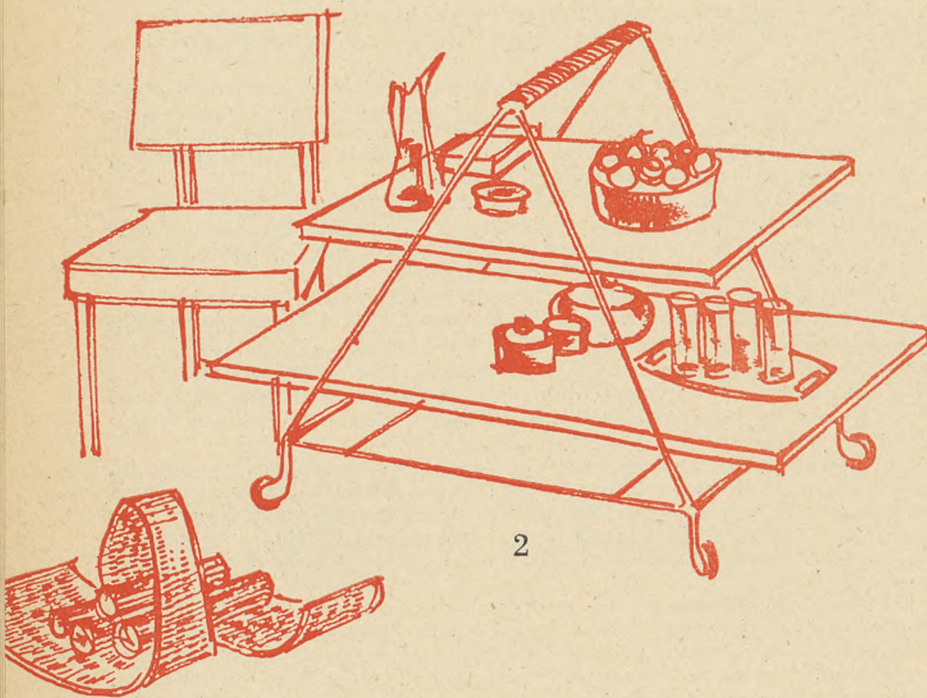
HELIA ESCUDER
JOSE MARIA TOLEDO



1.—José Nebrija Bilbao.

No crea que está tan imposible de decorar el hueco de su escalera. A veces, estas cosas dan un juego estupendo. Al fondo, iría bien una comodita de madera de teca, encerada, con un espejo redondo, contorneado por una moldura dorada muy pequeña.





2.—Marita Ruiz de Juanes.

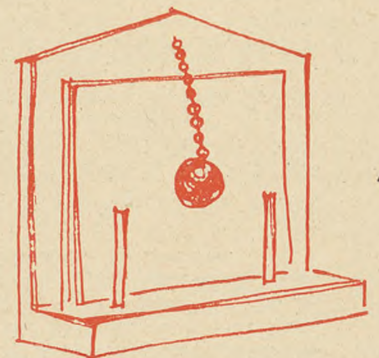
El que las banquetas de su bar puedan desparecer en un momento dado, sin llevárselas a ninguna parte, no es asunto fácil, sobre todo con la condición expresa de que no estén sueltas, como usted dice. Le adjunto esta solución para todo completo. Arriba, el mostrador estará formado por una plancha de madera muy gruesa, impermeabilizada. El cuerpo de debajo será de madera de *nvero* barnizado y tendrá incrustradas unas placas de piedra con relieves o bien de vidrio veneciano. Las banquetas se ocultan por un procedimiento muy sencillo, aunque será necesario que el mecanismo sea muy preciso y ajustado.

3.—Señora de Alcaide. *Aranda de Duero.*

Carrito para té, comidas, etc. Diferente o no, de los que usted ha visto en su viaje a Madrid. En esto, de no variar la estructura por completo, cabe muy poca diferencia. Este es de acero, pintado de negro y tableros de *nvero* chapado.

4.—Margarita Armesto.

Bueno; a ver si otra vez me consulta usted algo más complicado, porque lo de hoy... Pero se lo voy a contestar. Para tener a mano recogidos los papeles para apuntaciones, cuentas de la compra o listas de ropa, etc., creo que le irá bien nuestro diseño adjunto. Es de madera, la cadenita de un metal inoxidable y la bola de piedra gris o verde pulida y pesada. ¿Contenta?



JOSÉ FÉLIX DE LEQUERICA
Embajador permanente de España en la O. N. U.

"La experiencia política del mundo actual"

En el curso sobre «La experiencia política del mundo actual», se me hace el honor de invitarme a intervenir en la serie de conferencias. Sinceramente, lo agradezco. Poco mezclado hace bastantes años a la vida de Madrid, me halaga especialmente este recuerdo.

Para el examen de esa experiencia política podría ser útil la experiencia política personal de quienes intervienen en el curso. Ha sido esa, por lo menos, la única razón que se me ha ocurrido para explicar mi presencia entre tantos hombres de superior cultura técnica especializada. Es ella insuficiente para tranquilizarme. No basta haber sido contemporáneo y observador desde buenas localidades, y aun pequeño actor a veces de los sucesos públicos de un período. La experiencia supone más. Implica aprovechamiento de la enseñanza y aplicación de lo aprendido a las circunstancias nuevas. La larga vida dista bastante de poderse llamar por sí misma experiencia. En la Historia, singulares hombres de Estado, repletos de años y de servicios, dieron al fin de sus carreras señales de haber aprendido poco y tropezaron donde menos podía esperarse. Uno piensa en las «tormentas del 48», que dijo nuestro novelista, y en cómo allí sucumbieron malamente ante obstáculos quizá no insuperables, tipos tan complejos, nestorianos y repletos de buenas y malas mañas, como Luis Felipe y el canciller Metternich. Probablemente no habían aprendido lo suficiente; o quizá el largo aprendizaje de la vida no garantiza contra nuevas circunstancias y otros cantares.

Política en apogeo

En esta experiencia de la vida pública de Europa quizá lo más impresionante para un hombre pasado por otros tiempos es la falta de política. No me pidáis definir la política en el sentido claro en que empleo el término. Entre tantos varones senatoriales del gremio profesoral como forman este Instituto, me sentiría insuficiente. Aceptad pues la estampa popular, alto burguesa e incluso regia, del siglo XIX, y aun de hace treinta años, en su vaguedad, capacidad de ilusión y música notorias, y permitidme seguir.

Personalmente he conocido tiempos repletos de política. Miro hacia los problemas españoles. Que se han parecido mucho a los del resto del mundo. He conocido la política en apogeo, llenándolo todo. En tiempos menos populares y más privilegiados, que privilegio era entonces participar en los asuntos del Estado.

Señores: de largos recuerdos de esa era política —la concreto, Alfonso XIII—, retengo una impresión de inquietud. Lo oligárquico es, por naturaleza, mercurial. He aquí una actividad nerviosa. Veo el Parlamento y el Gobierno de los dos partidos, al cual he asistido, y aun en su agonía, antes del 23, participado desde dentro. Hombres espléndidos de entendimiento peleaban y chocaban en inquietud, en excitación; párrafos como catara-

tas saltaban entre peñascos, lucientes de elocuentes atisbos. A alguno de esos hombres seguí de cerca. Hoy nos parecen para el tiempo presente, la mayor parte de tales explosiones de pensamiento y de palabra, inadecuadas. Imposible evitar esta apreciación de sucesos, quizá fatales, no de personas rectoras. Quedaba mucha gente fuera de su pensamiento, muchas acciones fundamentales de la vida estaban más allá de sus proyectos y reformas de tipo meramente político, para que nadie pudiera obtener un vivir encalmado y sereno. Es más, de la agitación, de la febrilidad, de la preocupación constante se había hecho o habíamos hecho todos, virtudes, y Galdós definió como años bobos los más tranquilos de la Restauración.

El régimen vivía rodeado de enemigos, más poderosos que él, como una fortaleza sitiada. Difería en ello poco del suceder europeo coetáneo. Nuestro régimen constitucional, hasta el 23 mismo, seguía siendo, sin confesarlo ni proponérselo, un sistema censitario-electivo con renta. Tengo la sensación personal ahora de haber sido diputado censitario, aun cuando en pleno sufragio universal. Pocas y concentradas influencias —muy arduas de manejar— nos enviaban a sentarnos a las Cortes. Lo digo sin crítica, y vuelvo a pensar en lo que eran bastantes distritos electorales ingleses de la época, si se leen las memorias de Baldwin.

Pasado encanto de un período

Ejércitos poderosos, capaces todos ellos de destruir la fortaleza estatal, le ponían sitio. Se defendió al principio por las solas fórmulas del cansancio general, y a fuerza de ingenio y de talento. Y de tradiciones en la cumbre —creo yo que sin merecida sonoridad popular—, asociadas de tantos siglos a la agitada Historia española. Me impresionó mucho en una publicación de cartas por el Duque de Maura y Fernández Almagro, una de don Antonio Maura, joven, cuando, por un puro azar, se encontró con las personas reales, saliendo del funeral de los jefes muertos durante la Regencia, por los sublevados de Villacampa. Le sorprende a don Antonio la frialdad del público, su ausencia de emoción. Las circunstancias eran propicias a despertar calores de reacción y echa de menos ante aquella debilidad nobilísima, mayor consideración y respeto.

No lo había. Nuestro régimen contra cuanto ha podido decirse después, tenía en sí bien poca fuerza. Ninguno hubiera tenido más, me apresuro a decirlo, de haber alcanzado, por el sufragio o por la violencia, las alturas del Poder; ya se vio luego. Era arduo, casi sobrehumano, ante el choque ideológico de la época, mantener ninguna institución de elegante neutralidad y no asociada a la controversia política, tan hinchada, tan sugestiva, llena de tentaciones como una pasión culpable.

Hace mucho tiempo escribí, que probablemente la discordia había contribuido a mantener la institución hereditaria en España. Si no se divide la dinastía en dos ramas al empezar el segundo tercio del siglo XIX, y se sitúa cada una de ellas al frente de un bando, decía yo hace cuarenta años, todo hubiera sido rama vencida y proscrita. Eran tales los enconos partidistas encendidos de fuego inextinguible, que un órgano de equilibrio y serenidad hereditaria, asistido de enseñanzas y ejemplos históricos, malamente podía navegar entre las encontradas pasiones. Les salió un papel banderizo, combativo y nada arbitral, lejano, probablemente, a sus deseos y sus propósitos, pero útil para sobrenadar en tan agitados mares.

Después de las catástrofes sucesivas se volvía a los faros y a los puertos de más o menos resistencia ante las olas, y algunos hombres de equilibrio *rari nantes in gurgite vasto*, empezaban a reconstruir la ciudad y a remar en las naves. Períodos con cierta dulzura de vivir dentro de la fortaleza, cuyos torneos políticos hasta despertaban la curiosidad de los sitiadores en treguas breves de su combatir; esos períodos con tanta penetración histórica y pericia teatral, traídos al teatro por el Marqués de Luca de Tena. Allí está, con toda su fuerza, toda su debilidad y su nobleza, su encanto pasado, lo más digno de flotar de aquel período. La pequeña y bella plataforma sobre los *niágaras* frenéticos de una parte y de otra.

La guerra social

Quedaba fuera el drama de la revolución-evolución social. No era el fenómeno exclusivo de España, país poco industrial. Pero era también de España. Nuestras masas obreras, aparte de Cataluña y un poco de mi tierra vascongada y Asturias, tan sólo operaban al principio para afligir a los más o menos idílicos aldeanos de las aldeas perdidas con su llegada intempestiva a tierras que la nueva civilización industrial entenebrecía. Carbón, polvo de hierro, los peces se morían en los ríos envenenados por los detritus de las explotaciones. No sé si fue don Alejandro Pidal quien presentó el dilema del Nalón: o truchas o carbón. Así se insinuaba y se planteaba de prisa el conflicto social. Iba a venir para aumentar las tropas de sitio a las instituciones constitucionales la masa llamada ya desde entonces proletaria, cuya fuerza aumentaría la de la pura oposición política, hasta hacer el aire español irrespirable.

No habíamos preparado defensas adecuadas. Hace poco hacía notar un biógrafo inglés, católico, de Pío IX, que la *Rerum Novarum* aparece en 1891 —León XIII—; pero ya el manifiesto comunista de Engels y Marx era de 1847. Muchos profesaban un ideario repleto de supuestos filosóficos malos, que llegaban sólo indirectamente y en forma brutal a los afiliados, pero cuya presión espiritual sobre la marcha del mundo no pudo ser más decisiva. Treinta años antes la *Rerum Novarum*, y quizá hubiéramos tenido un asidero. Pero no lo había. El problema social del siglo XIX y aun a principios del XX se presenta sin maldad deliberada, sin egoísmo, probablemente; con algo mucho más implacable e irremediable, ciego; una mecánica del vivir, de la cual surge la clasificación de las gentes en burguesas o directoras y obreras o dedicadas a una labor de tipo visiblemente duro, entonces sin garantías ni defensas.

La guerra social parecía inevitable, aun antes de llegar a incrustrarse en la forma geográfica de determinados imperios y tierras, para acometer a los clasificados y mantenidos en otro sistema de vivir. Nuestra España padeció el mal. Yo he oído a Pablo Iglesias en las Cortes, y he asistido a incontables huelgas. Poderosas razones de economía y de legítima busca del bienestar se mezclaban a una mala filosofía. La verdad es que no había un minuto de paz por estas y otras razones.

Hombre impresionable y nervioso y algo dado a elementales fantasías seudoliterarias, recuerdo joven subsecretario de la Presidencia de don Antonio Maura, haber ido, cansado de recibir noticias endiabladas, algún domingo por la mañana, al Prado, a mirar la cara fijamente al Conde-Duque de Olivares, pensando en su vida, repleta toda ella de pésimas nuevas. ¿Cómo las resistía éste, impasible? El doctor Marañón nos lo ha contado. Y yo algún consuelo encontraba, aun cuando no conocía la interpretación patológica, al ver a aquel sujeto inflado y nada tonto, cuya edad me parecía entonces muy avanzada, tan elegante y a caballo, cuando sólo le comunicaban rendiciones de plazas, heroicas resistencias, infanterías vencidas, que iba a contar Bossuet, desdichas de todo linaje.

La rebelión de los ricos

Mal estaba la fortaleza de la España preactual. No había humor, ni la función gubernamental, aun con las ilusiones naturalmente inspiradas por ella en juventudes ambiciosas y un poco noveleras, tenía demasiados atractivos. España, nerviosa. Nerviosa por sus antecedentes históricos; nerviosa por las disi-

dencias alrededor de sus instituciones fundamentales, en precario siempre; inquieta, agitada por explosiones de tipo social; con ásperos problemas exteriores, a los cuales no faltaban ciertamente gallarda aportación de heroísmo, y que quizá con su utilidad instrumental, como en el caso de Marruecos, a la larga nos han salvado, preparando un espíritu capaz de crear el orden nuevo y de mantenerlo.

Se estremecía la España preactual ante la disgregación. Crujía y le hacían sonar los huesos, intentos de separaciones. Fueron ellos una sustancial rebeldía burguesa, sin justificación histórica, pero con elementos de facilidad tentadora para atraer opiniones electorales y suscitar fervores por lo inmediato y local. Se consolidó una extensa incapacidad para el patriotismo histórico, el de valor universal, sustituido por cultos menores hacia formas anteriores a la unidad y a la Edad Moderna de la Historia, de las que hizo notar con agudeza Artigas, director de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, que muchas veces eran creaciones de secretarios y otros curiales, ansiosos de magnificar la función de sus patronos.

La tragedia española más típica en lo que va de siglo hasta la Guerra de Liberación, fue la defección de la burguesía de varias tierras de España, entregada a una alborotada zarabanda de reivindicaciones históricas, insolencias antiestatales y distorsiones del espléndido hecho español universal, y cuya colaboración —activa o pasiva— con la revolución social y con la revolución puramente política —todavía entonces llena de vivacidad— ocasionó las catástrofes que enterraron nuestra Monarquía, dieron lugar al espantoso ensayo, todo disolución y crimen, llamado Segunda República, e hicieron preciso el radical remedio liberador. La rebelión de los ricos o de los burgueses y acomodados, aún no dibujada bajo la Restauración, constituye el episodio más negro del reinado de don Alfonso XIII; deshizo los instrumentos de política con los cuales podía operar aquel Régimen, y nos trajo a la crisis sin precedentes, para cuyo remedio fue necesario movilizar a la nación entera.

Hay en la rebeldía del burgués, aspectos mucho menos emocionales y conmovedores que en la dolorosa exaltación revolucionaria de las masas, probadas por el sacrificio diario y con disculpa humana para muchas de sus injusticias. La fatuidad inflada de las gentes ricas en descomposición nacional, la agresividad de sus *inteligentzias* de casa y boca y el abandono de los deberes morales con la Patria, llenan de horror nuestro período preparatorio de las actuales experiencias políticas, y sin medir bien ese horror no serían éstas inteligibles en España.

Sabia e implacable dureza

Y quiero añadir a los ricos, algunos, bastantes, piadosos, cuya rebelión igualmente contribuyó a esta dura, abominable e indisculpable acción. Aún siguen merodeando y desde lejos de España se ve bastante su acción.

Cuando ante un hecho creador universal, como la labor de nuestra Patria en el mundo —su proyección en lo universal— surge esa disidencia y una depresión nacional como la que conocimos en el Estado, debe ser sucedida por la más enérgica y dura de las reacciones. Ahí no hay un solo adarme de justicia, ni un hilito de luz, ni la más leve amarra para la condescendencia, como en otros casos.

Oía hace poco en la Asamblea de Naciones Unidas el bellísimo rosario de cantos a España, pronunciados con estilo y alta cultura por oradores de los queridos países hispanoamericanos al tratarse del problema colonial. Uno tras otro iban definiendo cuál fue nuestra tarea creadora y la deuda de gratitud de las naciones herederas para la que llaman todavía, con generosa metáfora, la Madre Patria. No era lo esencial lo que decían con valer tanto, sino el verles representando un mundo casi sin límites, un lenguaje puro, una comunidad de sentimientos, no en *commonwealth*, ni en otra asociación política, sino en remota *internacional*, comparable a las religiosas o a las de transformación social, libre de vínculos legales, poderosa, empero, de su misma esencia y creación. Y recordaba aquellas terribles palabras pronunciadas un día en el Parlamento de mi país, cuando al plantearse, mal o bien, el dilema Monarquía-República, no se respondía con un España, siquiera retórico y confusionario, sino con la desgarradora enunciación del nombre de una parte de la Patria, de un fragmento nacional elevado a centro de la devoción única de bien considerables españoles.

Fue el momento más doloroso de todo nuestro siglo XX. En unos sitios, servido por considerable espíritu, y en otros, de menos, mucha menos calidad intelectual, como en mi tierra, donde la inteligencia de los hombres extraordinarios vascongados de la generación del 98, ahogó en desdén y horror toda posibilidad de exaltación delicada y aun meramente inteligente del propósito disociador.

Ninguna broma cabe, *on ne badine pas*, ninguna broma cabe con la unidad nacional. Contra todo intento político disociador sólo es sabia y comprensiva la implacable dureza. Cuando más enamorado está uno de las prodigiosas variedades españolas, como me ocurre a mí y creo que a todos ustedes —yo hablo de una tierra bien definida, las Vascongadas—, y se vive en la ternura y la atracción, incluso física, de los propios lugares y se adoran todas y cada una de sus creaciones, cantando su música con quebradas voces, se danzan sus danzas y se hablan sus idiomas, y se pide la libertad y aliento de sus peculiaridades, y quema la impaciencia para separar obstáculos a sus empujones de progreso material, se debe ser más inexorable en alejar esos tesoros, de la fea historia de la separación. Porque la distinción entre esos amores y la separación es de esencia, no de grado. Dejemos para siempre fuera tantas bien intencionadas simplezas —hoy se pueden llamar simplezas—, incluso las de los hombres más ilustres, propicios a ungirse de comprensión, a encontrar contactos, concesiones, cauces legales, a la siempre incurablemente mal intencionada intentona disgregadora de lo particular en España, sin el amor primero nacional.

Hubo una frívola condescendencia en los medios intelectuales y políticos hacia las separaciones. Se estimaron un día síntomas de vitalidad. Los españoles normales, fieles, de las tierras aquejadas parecían cerrados y estorbosos. Se reían las gracias de la separación. A Eugenio d'Ors no le perdonó nunca Madrid el haber dejado su plataforma local. La dificultad de creer en la malicia del rico —y no digamos la del piadoso— llevaba a muchos honestos políticos a aceptar tristes capitulaciones de decadencia. Así nos fue. Confabuladas todas esas fuerzas, estuvieron a punto de acabar con España.

Unidad española

Si por imposible la gran construcción moderna española del estado no continuara viva o se redujera o azucarase en contacto y contubernio con otras aspiraciones, y un día de nuevo surgiera el espíritu de comprender las *particularidades* de separación, tened por seguro que volverían a repetirse los mismos males y volverían a repetirse también los remedios. Caeríamos otra vez en mancomunidades, estatutos, plebiscitos de independencias locales. Ahora son ya un ingrediente en cualquier intento contra la fortaleza del Estado. Desde el Pacto de San Sebastián, no se concibe un propósito de cambio político español sin conceder su parte a estos accionistas de la separación. Y ellos son los más fervorosos. Su aportación de capital traerá siempre los mismos resultados.

Se engañan quienes descuidan para sus construcciones el profundo sentido popular de la unidad española. Personalmente he conocido enormes desfallecimientos, pero he visto luego también la reacción, y esa reacción se repetirá siempre. Agotadas las malicias destructoras, una fuerza segura, civil, militar, arrollaría los falsos tabiques de cartón y reharía España. ¡Ah! Pero

ya no puede asegurarse que obedeciera, si se abusó demasiado de la traición, a las mismas formas de moderación constructiva que tuvo después del hundimiento de la República. Hay otros ejemplos más avanzados socialmente de organización nacional, militar y civil, en muchos países, y no sería difícil que a ese nivel nuevo tuviera lugar la reacción española, si insensatamente se renunciaba al sano y potente equilibrio de las consecuciones presentes. Y en el camino del mal, pero siempre dentro de esa incurable reacción de lo hispánico, podría surgir la Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas, fórmula la más férrea de unidad para realizar la profecía de Calvo Sotelo de la España rota y la España roja. ¡Ay entonces de los burgueses y los piadosos, asaltantes de España!

Leí estos días en las páginas de *Pueblo* un reportaje que me llenó de lágrimas los ojos. Una antigua cantante española de cuplés, Mary Focela, contaba las batallas alrededor de su nombre al cantar, en la Barcelona de los 20, «La Banderita», un cuplé de circunstancias que arrastraba el apoyo de algunos patriotas populares y la burla sarcástica de los elementos de separación. A mayor miseria, no pudo llegar el fervor por una, grande y gloriosa Nación. De ahí el valor decisivo del pensamiento joseantoniano, diamante puro y delicado de patriotismo, que reunió y encendió alrededor suyo los mejores corazones y rehizo la dignidad y el estilo del amor a España. Cuanto se aparte del vivir alrededor de esta emoción esencial, sean cuales fueren las apariencias de conservación social y de defensa moral, entregará la vida de España, incapaz de mantenerla unida y en su continuidad histórica.

Los intelectuales

Otro ejército, otras mesnadas atacaron también la fortaleza de nuestra vida normal, o llamada normal, del período constitucional censitario. Fue el fenómeno —quizá únicamente español, por su extensión, intensidad y salto de vallas— de la entrada de los intelectuales, de los grandes espíritus, auténticamente inspirados literatos, en el terreno de la política. Libre curso ha tenido siempre la especulación sobre los problemas de un país a cargo de los conocedores, de los sabios, de los elocuentes y de los dotados de gracia literaria. En España dejó de ser especulación y se hizo política. El 98 nos había favorecido con una generación de raras capacidades, honor y aumento de nuestro país. De su obra ha quedado lo positivo y su adición a la grandeza de España, cuyos aspectos de vida y de historia han interpretado y enriquecido. Por ello, les pueden ser perdonados muchos pecados, y no perdonados condescendientemente, sino en exaltación de culto patriótico. Pero, señores, recordad lo que es una organización política y de gobierno, con un sistema o con otro, y decidme si no se le planteó a España una extraordinaria pejiguera cuando la atención pública se vio casi acaparada por el pensamiento de estos hombres, sin ligazones de partidos, con la pretensión de imponer su pensamiento fuera de las servidumbres, de la organización y aun de las cofradías partidistas. El «problema de España», que ellos articularon, dejó sin gracia ni perfil los propósitos políticos. ¡Era tan amplio, tan irresponsable y tan libre de las trabas ineludibles del vivir!

Hoy, alguna escuela bien inteligente lo ha reducido y, si vale decirlo, desinflado. Pero volved a los primeros novecientos e imaginad qué supuso aquella horadación intelectual incesante de cosa tan valiosa como es el armazón estatal de un país. Fueron implacables, destructores. Unos y otros, los tenaces y aliados al fin de la revolución y los arrepentidos, reconstructores penitentes. El español, además, estima poco las organizaciones, quizá modestas y sin brillo, indispensables en el terreno labrable de la política. Quiere el fervor encendido, la exaltación, la elación espiritual ardiente de los días de la porciúncula franciscana, y desdeña las organizaciones más oscuras, laboriosas, inflexibles a veces, realistas y modestas, pero dedicadas a conservar lo más rico de esa espiritualidad, a través de lo cuotidiano, sea para las órdenes religiosas o las agrupaciones de bien público humano. A saco entraron aquellos ilustres varones en esas modestas tierras de pan llevar, eclipsaron a la fuerza puramente política y acabaron por rendir la fortaleza. El propio enorme don Marcelino, ¿no fue el primero en manejar de ese modo la Historia para traerla al debate diario, y deslucir y hasta eclipsar con su cabalgata genial de siglos, los propósitos y controversias forzosamente menores de los partidos?

¿Querían ellos mismos gobernar? ¡Ojalá! En esa tarea hubieran aprendido a limitarse, a *comprimirse*, perdonad la banalidad, de hombre de la Verbena. El más político de todos, el más cercano al tipo de movimiento, de preocupación y reacciones de la política de partido, fue —aun cuando a él le hubiera horrorizado la idea— Ortega y Gasset. Es quien se aproxima, con un grupo, a la lucha parlamentaria encaminada a ocupar el Poder los primeros días de la República. Al llegar a este momento, a mi juicio el más iluminante para la acción de los grandes intelectuales españoles del primer tercio del siglo, Laín Entralgo detiene su comentario y se excusa de seguir hablando. ¡Qué lástima! Con su sólido pensar, grandes esclarecimientos podría habernos aportado sobre la dificultad de incorporar, aun en un ambiente propicio, estas fuerzas a lo exigido por la vida pública parlamentaria.

En Ortega y Gasset, la ambición de poder —si la hubo, él no se la debió sospechar nunca— hubiera sido normal. Ortega y Gasset había conocido de chico el Poder en casa. Leed, pues es curiosísimo, el estudio de un diplomático, el embajador Agramonte, sobre la vida del director de *El Imparcial* y excelente literato Ortega Munilla, padre de Ortega y Gasset, del que Agramonte fue secretario particular. A la casa del director de *El Imparcial* acudían los aspirantes a mandar y allí se decidían, en buena parte, los destinos cercanos de la organización gubernamental española. Que ello dejara en él, luego bien voluntariamente alejado de aquellos caminos, explicable familiaridad con el Poder y tomaran sin él pensarlo, sus voces un cierto matiz de interdicto de recobrar contra los que malamente mandaban, no debe, pues, extrañarnos. Los «ungulados de la política», que dijo en las Cortes, le cerraron el camino.

Hombres del 98

Habían aprovechado antes el ataque inolvidable contra las instituciones recién caídas, pero no quisieron incorporar esta corriente, otra vez difusa de pensamiento, a su labor de partido. Con una visión de organización política y comité, de sentido británico de la vida parlamentaria, creo es difícil censurarles. Ni a Bernard Shaw ni a Wells les hicieron los laboristas ministros. Ni siquiera a Sidney Webb, mi maestro de la London School. Ni en Estados Unidos a Santayana. Defendían ellos los partidos democráticos, disciplinados, jerárquicos, bastante impermeables a las penetraciones exteriores no precedidas de noviciado. Sucede en todas partes así; y difícilmente podría subsistir esa organización sin un respeto en lo práctico y jerárquico a tales exigencias del operar partidista. Algo parecido podría pensarse del ilustre Marañón, también colocado en medios muy cercanos al Poder y a la influencia política decisiva.

Don Miguel de Unamuno, ya procedente del estado llano burgués, como los otros grandes del 98, nunca ocultó una bastante clara afición por los cargos electivos. Yo lo recuerdo de chico muy contento en Salamanca, en la época en que era, o acababa de ser concejal. En las correspondencias publicadas por el sacerdote argentino Hernán Benítez, el doctor Areilza cuenta a Ilundaín que los conservadores, muy a principios de siglo, le querían hacer ministro y de Instrucción Pública, y don Miguel estaba ilusionado. Probablemente, como Víctor Hugo, moriría triste por no ocupar la presidencia de la República española. Ramiro de Maeztu aceptó al final la disciplina política y entró por los caminos de las embajadas. Como Ramón Pérez de Ayala,

Azorín aceptó subsecretarías. Don Pío estuvo a punto de ser concejal.

Creo que todos ellos, Valle Inclán inclusive, hubieran participado gustosos en el mando con una república ateniense o una monarquía ilustrada que les hubiera acogido a tiempo, si era posible. No lo fue ni con la una ni con la otra.

Ahora, lo espléndido de su talento, la belleza de sus críticas, el incendio incomparable al manejar un poco impunemente la Historia y la Vida, enredaron el vivir político de la época. No quedaban oídos, sobre todo en lo selecto de la sociedad española, sino para una crítica casi ilimitada y cosmogónica. La *Reforma intelectual y moral*, de Renán, después del 70 francés, es prudente en su inspiración y alcance, comparada con estas demoliciones integrales, volcánicas, provocadas por nuestros hombres de crítica, e implantada en el terreno, no adecuado a ellas enteramente, de la política práctica. La revolución organizada a su hora puso la turbina en estas aguas intelectuales, y, juntas, quebraron las nada fuertes murallas del régimen sitiado.

Menciono tan sólo, de pasada precisamente por esencial y sobrado vista, una poderosa corriente destructora de la España constitucional de tipo universal: la irreligión. Trabajaba el XVIII, como denunció con mal estilo y gran acierto el pobre Rancio. Consagrada oficialmente desde la matanza impasible de frailes del 34, y muy enriquecida por la eliminación de las órdenes religiosas y de un espíritu religioso serio, que es todo el siglo XIX, operaba fuera y dentro del Régimen. No estaba el sistema lo suficientemente entonado para lo religioso, era ecléctico, con buena parte del enemigo acampado en su jardín, y enorme porción de fuerzas cristianas españolas situadas al otro lado, no le pudieron servir plenamente para mantenerse.

Estos y otros juicios, diré entre paréntesis, no son críticos. Aquel sistema fue lo mejor de España, dentro de lo posible para su tiempo, empezando por su centro y eje, la Monarquía Constitucional. El más enterado de la marcha del mundo, y con visión más clara sobre lo importante de nuestro problema. Pero débil, casi impotente, cercado, con un volumen de oposición superior a todos sus medios de poder y condenado a mal vivir y a caer. No basta ser lo mejor en un período histórico, si no se acierta con la precisa fuerza muscular para dominar a los enemigos. Le faltaba aliento popular —Maura quería asentar la vida pública sobre la sociedad entera, no sobre tinglados y ficciones—. ¿Cómo duró? Digámoslo en un solo renglón. Por la fidelidad, penetrante de sentido histórico, del Ejército y su horror a la división. Ni más ni menos. Ocurría ello a través de muchas variantes a otros regímenes europeos de la época, incapaces de aliento popular verdadero. Ellos también han cambiado revolucionariamente o por revolucionaria evolución. Para todos está bien la justicia, aun cuando sobre la nostalgia política, no la puramente personal.

Democracias populares

Señores, la modernidad reclama y ha creado otras formas bien distintas de las bien intencionadas oligarquías a las que me vengo refiriendo. En varias zonas de pensamiento organizado político está dividido el mundo. Algunas abominables de propósito. Todas ellas coinciden para el bien o para el mal de sus íntimas finalidades, en una plena consideración, primero, del elemento extenso, humano, individual, de las gentes. Agrupadas de un modo o de otro, pero muchas, muchas, muchas. El número es un factor decisivo. Se le podrá canalizar. Cabe adecuarlo a categorías morales superiores y hacerle operar por medio de organismos, pero siempre será el número, informador de todas las formas de organización y doctrina política hoy establecidas. Vivimos en su era y no hay por qué quejarse ni entristecerse. Número suponen por definición las democracias anglosajonas y asimiladas, tan organizadoras y de eficacia innegable —ya superada la época oligárquica— dentro de sus zonas y de sus propósitos. Número suponen las llamadas «democracias populares», de los países más sencillamente denominados soviéticos. Número soviético sujeto a normas férreas con direcciones muy decididas y doctrinales, con poca libertad de movimientos para muchos aspectos antes considerados actores esenciales del libre juego de la vida pública; pero cantidad, gente, aspiración al bienestar y al propósito general. Que la minoría directora profese principios siniestros y envenene al número confiado a su cuidado, no quita a la exigente realidad.

Y número, número cristiano, son también los países de democracia orgánica, como el nuestro. Otros ejemplos hay en el mundo. Número encajado en casilleros de tradición y de sabor propio. Ahora, con preocupación esencial por el bien de ese número, preocupación que le otorga su natural influencia. Nuestro mundo sindical, quizá la consecución más extraordinaria del extraordinario, originalísimo, Estado montado en España desde hace ya veinticinco años, es un homenaje al número cristiano.

Lejos de implicar, como podría hacer suponer una mala interpretación de lo que intento deciros, un homenaje confuso a la masa, es testimonio rendido a la chispa de origen divino de cada una de las almas individuales. Cuanto en más seres humanos se piense, cuanto más nos acorte las noches el dar vueltas a su dolor ante las inclemencias de la vida, más cristiano será el pensamiento informador de la política. Estoy lejos de la pena de quienes recuerdan, envidiosos, unas supuestas Europas minoritarias y selectas, de la paz de Westfalia, o la ilustración o de la *belle époque*. Todas ellas coinciden con las crisis del cristianismo y, como españoles, nuestras agudizaciones de decadencia.

Puede ser duro el mundo nuevo, incluso feroz, en algunas de las áreas antes repasadas. Le falta, en cambio, la nervosidad del siglo de las transformaciones y revoluciones puramente políticas, del siglo XIX y sus secuelas del XX.

Son sus regímenes, los buenos y los malos, aplomados, dispuestos para luchas de mayor magnitud que las puramente interiores. Por eso mismo, fuertes, organizados y tranquilos. La temperatura ha bajado, hay radiaciones sospechosas en la atmósfera y no se puede salir de levita. Esas democracias anglosajonas, a las cuales, a veces, la crítica nuestra no perdona, o, al contrario, nos tientan tan sólo por sus exterioridades ajenas a nosotros, son máquinas, en lo humano, casi perfectas, salidas de la era oligárquica, asistidas de profunda realidad social y nada sometidas en lo esencial a fluctuaciones ni peligros. Lo social y director suple en ellas la aparente falta de sujeciones reglamentarias. Las democracias populares soviéticas, alcanzan por caminos rudos igual tipo de fortaleza articulada, gran aprovechadora de las debilidades del adversario. Otras formas de organización que corresponde, bien lo sabéis, a muchas repúblicas asiáticas y africanas, se definen renacientes, populares y con una gran seguridad en sí mismas. Las veo operar a todas, en el parlamento universal, oportunidad única de presenciar de cerca el juego de los partidos y de las políticas, con sus primeros actores en suficiente proporción, que son Naciones Unidas.

Concordia y consenso

Los tres tipos de regímenes contemporáneos —o cuatro o cinco, más exactamente—, unos sin decirlo, porque no necesitan decirlo —las democracias tradicionales—; otros, porque no les conviene decirlo —los soviéticos—, pero otros, con más espontaneidad verbal, han buscado lo que nos faltó siempre en la vida pública a que antes pasaba revista: el mínimo de conformidad interna.

Más de una vez he citado, pues me parece delicioso de penetración y de gusto —quizá lo más fino de su juzgar político— el estudio de Ortega y Gasset sobre Roma, que está en el tomo IV de sus *Obras completas*. Lo voy a citar nuevamente:

«Una sociedad —piensa Ortega— subsiste gracias al consenso. A esto llama Cicerón concordia. ¿Divergencias de Opinión?

Sí; debe haberlas, si imaginamos al pueblo como formado por una serie de estratos. Divergencias de opinión en los estratos superficiales o intermedio producen *disensiones benéficas*, "porque las luchas que provocan se mueven sobre la tierra firme de la concordia subsistente en los estratos más profundos. La discrepancia en lo somero no hace sino confirmar y consolidar el acuerdo en la base de la convivencia. Estas contiendas ponen en cuestión ciertas cosas, pero no todo." Mas si la discusión llega a afectar a los *estratos básicos* de la sociedad, queda el cuerpo tajado. La sociedad se disocia, se hace dos sociedades. "Pero dos sociedades dentro de un mismo espacio *son imposibles*. Nada es común entre los contendientes. El Estado queda destruido y, con él, toda vigencia de normas en que apoyarse", concluye la cita. Un inspector de la unanimidad, recuerda Ortega, tenían algunos Estados griegos, como Heraclesa, en el siglo IV. Poco aficionado a los cargos públicos, observa el gran escritor, ése sí le hubiera gustado.

El mundo, deseoso de ese mínimo de conformidad, le da sus formas propias originales.

Principios y definiciones

Oigamos, por ejemplo, en la Asamblea General de las Naciones Unidas al Presidente Sukarno, de Indonesia. Cito:

> «El torrente de la Historia muestra claramente que todas las naciones necesitan una concepción y un ideal. Así, si no lo tienen o si la situación se oscurece y se hace antiacuada, la nación está en peligro. La Historia de Indonesia lo demuestra claramente, y lo demuestra también la Historia de todo el mundo. A este algo lo denominamos "PantjaSila". Sí; PantjaSila, o sea los cinco pilares de nuestro Estado. Estos cinco pilares o columnas, no surgen directamente del manifiesto comunista ni de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Son ideas e ideales que tal vez, durante siglos, han estado implícitos entre nosotros, y no os sorprenda que hayan surgido en nuestra nación conceptos de gran fuerza y virilidad, durante los dos mil años de civilización y durante los siglos de nacionalidad, antes que el imperialismo cayese sobre nosotros en un momento de debilidad nacional.
>
> «¿Qué principios son éstos? ¿Cuáles son estos cinco pilares? Son muy sencillos: Primero, la creencia en Dios; segundo, nacionalismo; tercero, internacionalismo; cuarto, la democracia, y quinto, la justicia social.»

Y añade el Presidente Sukarno algunos conceptos impresionantes. Por ejemplo: la definición de su democracia:

> «En Indonesia basamos la democracia en tres elementos fundamentales. Contiene primero el principio de lo que llamamos *mufakat*; es decir, unanimidad. Contiene, en segundo lugar, el principio de *Perwakilan*, o sea la representación. Finalmente, la democracia contiene el principio del *muskawarah*, que es la deliberación entre representantes.»

Y ambiciosamente, el Presidente Sukarno desea aplicar este sistema a las propias Naciones Unidas.

> «La única forma en que pueden funcionar satisfactoriamente —dice— es por medio de la unanimidad que surja de sus deliberaciones, o para utilizar los términos indonesios, por el *mufakat*, que surge del *musjawarah*. Las deliberaciones deben realizarse en forma tal que no haya disputas entre los diversos puntos de vista; no resoluciones y contrarresoluciones; que no haya bandos, sino que sea un esfuerzo persistente para encontrar un terreno común en la solución de los problemas. De esa deliberación surge un consenso, una unanimidad, que es más poderosa que una resolución impuesta por una mayoría de votos, una resolución que tal vez no acepte o que tal vez rechace de plano, una minoría», dice Sukarno.
>
> «Se me pregunta si no hablo en forma idealista. Se me pregunta si sueño en un mundo ideal y romántico. No; no hablo en forma idealista, ni sueño en un mundo ideal y romántico. Tengo los pies firmemente apoyados en el suelo. Claro es que busco la inspiración en el Cielo; pero la cabeza no la tengo en las nubes. Os digo que esos métodos de deliberación logran su fin en nuestro Parlamento, en nuestro Consejo Asesor Nacional, y dan resultados prácticos en nuestro Gabinete de Ministros; dan resultados porque los representantes de nuestra nación desean que den resultados.»

Aquí terminan los párrafos de Sukarno. Me he detenido en ellos por pertenecer a una cultura política poco conocida por nosotros, muy expresiva del tiempo actual y del mundo recién incorporado.

Contemporaneidad de nuestro Régimen

La experiencia española, convertida en régimen, y vieja de veinticinco años, vista desde los mismos observatorios, aparece como otra considerable contemporaneidad. Fuera de los banales dicterios de puro arrastre pretérito del primer momento, el juicio exterior no oculta, frente a ella, agradables sorpresas y opera con expectación favorable, ya casi convertida en trato de costumbre. En su creación, al sistema de vida pública español, los últimos veinticinco años, y sobre todo los quince o dieciséis siguientes a la guerra, le ha correspondido recoger lo esencial de las aportaciones históricas españolas, servir, como hacía mucho tiempo no eran atendidas, las necesidades presentes, y dar forma a una original construcción de Estado, que probablemente al iniciarse, los españoles mismos apenas entreveíamos. Ha sido una horma excelente para los defectos y el cauce mejor concebido —quizá en dos siglos de Historia— para cuanto lo español puede dar en su provecho y en el de la vida universal. Los más sencillos —hablo de los juzgadores exteriores más o menos serenos— lo vieron al principio como una pura dictadura castrense similar a otras y admisible para momentos de urgencia. Luego se encontraron con una realización doctrinal y vital, a la que desde el primer día se incorporaba enorme número de españoles, capaz de fundir en el crisol de la dirección política muy distintas aportaciones de pensamiento y emoción que resultaron convergentes y creadoras. Llevaba su marea sobrada agua del mar popular español, le informaban doctrinas operantes, viejas y jóvenes, ninguna anticuada, se estremecía y vibraba demasiado con su época, para estancarse en puro servicio de extinción de incendios, benemérito y circunstancial. El mundo lo ve ya como una creación política sobre un amplio consenso interno —el pedido por Ortega— y con buenas notas, si le sometiera a examen el inspector de unanimidad de Heraclesa.

Voluminosas y extensas son las bases de esta creación. Es un estado para la concordia de quienes le forman y entran en su labor, como todos los Estados de la tierra. No para otro tipo de concordia, a base de coincidencias con el adversario, cuatros de agosto y fiestas de la Federación y abrazos de fraternidad provisional. Así se han montado los regímenes fundamentales del mundo. Los más sólidos, nunca hasta fijarse a través de mucho tiempo, atendieron a la conversación con destacamentos de supuestos reconciliables ni pensaron diluirse en doctrinas neutras preparatorias de las revanchas de enfrente. El inglés, por ejemplo, resultado de una gran revolución triunfante hace casi tres siglos, mantenido en sus líneas generales. Ni las guerras civiles

de los pretendientes, ni la resistencia pasiva de vencidos, consiguieron variar el orden británico. Así ha llegado hasta nosotros. Desde dentro se ha hecho cada día más libre, más extenso y popular, pero desde dentro. No hay otro camino. La misma gran Revolución francesa montó igualmente el Estado nuevo francés. Y en la novedad de tipo revolucionario de los derechos del hombre ha vivido siempre Francia. Sin reconciliarse con los vendeanos. Pudieron, incluso, una temporada volver príncipes, pero a encajarse dentro de la doctrina y encuadrados entre Talleyrand y Fouché. Los besos Lamouret, como dicen los franceses, o la sesión española de los abrazos de Alaix y Olózaga, distan de toda posibilidad fecunda.

El enemigo de un Estado, además, no desarma nunca. Hacen falta cuartos de siglo, medios siglos, siglos enteros, para hacerle sentirse, sin deseo de revancha, y otra vez dentro de la unidad. Me impresionó hace poco con cuánta claridad lo decía un pacífico profesor español en un periódico de Nueva York. Para él los emigrados eran españoles fronterizos, de los que en otros tiempos peleaban contra el moro, mientras los otros laboraban, rezaban y hacían el amor —Ramón Sender lo dice más gráficamente—. Y esos somos nosotros, añade, que hemos estado cultivando durante veinte años «nuestras cualidades de gente fronteriza, mientras ellos —los fascistas— se han adocenado y aburguesado en el regodeo de la victoria.»

Influjo de la Iglesia

Si se hubiera limitado a ser la nueva fórmula estatal española, conservadora, sin la sensibilidad abierta a la reforma social íntegra su suerte puede conjeturarse hubiese sido distinta y no tendría los títulos presentes al general consenso. Ya hablé antes del número y canté al número. Nadie puede en España temer un estancamiento de la reforma social, ni siquiera una interpretación condescendiente, y, como se dice ahora, paternalista. Alerta al progreso se encuentra el Estado sindical. Si falla, sí reduciría las posibilidades de vivir al Sistema. O los reduciría su olvido del ánimo moral de cuanto se propone y realiza. Un economista liberal norteamericano, Kenneth Galbraith, acaba de escribir: «Si las máquinas son el elemento decisivo, los arreglos sociales mediante los que aumentamos nuestras instalaciones y equipos físicos serán lo principal. Pero si lo que cuenta es el hombre, entonces nuestra preocupación principal han de ser los procedimientos para conservar los talentos personales. En éstos se apoyará el progreso.»

A juzgar ese régimen por una ya larga trayectoria podrá perpetuarse incontables años, no inmóvil, sino en marcha constante, atento a cuantas posibilidades de cambio social crea la mente humana, exija la equidad y permita la distribución universal de bienes. Y perpetuarse precisamente por esa virtud. Sin vacilar ante argumentos estancados ni ante temores anacrónicos.

Cuando se lee en las memorias de la hija de Lloyd George qué pequeños cambios sociales de su padre espantaban a la Gran Bretaña de principios de siglo, ocurre con cuánta cautela es preciso acoger la peligrosa tendencia revolucionaria —en el más ofensivo sentido de la palabra— que es la falsa cautela ante los inevitables pasos del progreso. Con suavidad, con hábil y fundada cautela, con auténtica, se dieron y se dan en este Estado nuevo. El profundo sentido religioso suyo, que a la cabeza de sus principios y antes que Sukarno, le hizo colocar a Dios; la posición de ejemplar infiltración plena en su doctrina del pensamiento de la Iglesia, ingrediente quizá el más poderoso de esta sensibilidad, despierta todos los minutos a la mejora de los más, ha contribuido esencialmente a darle perennidad.

Y damos por supuesto su sentido histórico, su sentido de la unidad y sus organizaciones detalladas de la máquina estatal, en general tan repletas de buenas aspiraciones. No es ésta una conversación apologética, sino una serie de comentarios con visión moldeada por prolongadas ausencias.

Temor al futuro

Nada resalta la modernidad de la creación contemporánea política española como la catadura extemporánea de sus enemigos oficiales. ¡Qué anticuado y evocador de pretérito y aun *pasadista* en sí misma, es la *oposición*! Ahí, quienes pasamos nuestro tiempo fuera de España tenemos buenos informes. La vemos operar con todos sus ritos, firmas, manifiestos, protestas, movilizaciones, del extranjero, tan de la época de Francisco Ferrer. ¡Y del mismo período son sus lamentos sobre el esfuerzo perdido en España, por el supuesto malthusianismo intelectual del Estado! ¿No tiene la oposición todo el ámbito de una lengua hablada por centenar y medio de millones de personas y con otros huecos fáciles a su atención, en espera de sus creaciones? ¿Y dónde están las explosiones de genialidad? ¿Qué ha surgido en un cuarto de siglo de belleza literaria, de creación filosófica o de pensamiento español, que no hubiera podido publicarse o no circula en España con todo su valor y alcance? Le contestaba Sánchez Mazas a quien le preguntaba por qué no escribía más: «Si se me ocurriera *La Divina Comedia*, ciertamente la escribiría.» Injusto sería consigo mismo nuestro admirable y cercano amigo. Pero en la disidencia pasadista las «divinas comedias» siguen inéditas. No se ha perdido nada. A lo sumo, moneda fraccionaria de polémica menor.

Se resisten algunos observadores a recoger estos conceptos elementales favorables a la política española. Tal vez se resisten menos fuera de España. Nos falta aquí el hábito de comentar con simpatía las realizaciones del Estado. Me da envidia la libertad de espíritu de San Ignacio de Loyola cuando al dirigirse a tantos príncipes, archiduques, reyes y magnates de todo género, con celestial y al mismo tiempo agudo y temporal impudor, encomia sus buenas obras, les agradece la largueza de los auxilios y se dispone a ensalzar cuanto puedan hacer en bien de la Iglesia. Es preciso afrontar el elogio y no temblar ante la exposición de cuanto bueno realiza el Poder. Excelente encuentro en este camino la homilía de mi admirado condiscípulo el Obispo de Málaga sobre la situación religiosa española, recentísima. Sus afirmaciones toman elegante desenfado ignaciano, tan fuera están de la preocupación por las interpretaciones malignas de quienes piensan mal cuando se habla bien.

Hay inmenso temor de confesar que se vive a gusto; y a sacar las consecuencias de ese existir políticamente bueno, en gracia de contemporaneidad y en gracia de Dios.

Por lo que uno puede ver, muchos disfrutadores y asombrados de lo conseguido, para no rendirse, tiemblan al considerar el porvenir, el mañana. Recuerdos de inestabilidad política y de excesiva contienda trabajan a esos angustiados. ¿Qué ocurrirá mañana? ¿Cuánto durará nuestra fortuita bonanza?, se preguntan intranquilos de bastantes clases y muy distintas intenciones. Y los hay tan asustados que, por miedo al acontecer futuro y a los inconvenientes normales de cualquier cambio personal, están dispuestos a aceptar los planes sucesorios más distantes del sistema presente, del que parecen tan satisfechos. Lo mismo que Gribouille, que un día salió a la calle sin paraguas, y, como empezara a llover, para no mojarse, se arrojó a un estanque.

Los últimos quince años

Cuando se ha llegado a un buen vivir público y se encuentran caminos para todas las aspiraciones, y corazas frente a las jabalinas hostiles y jugosidad de conceptos sobre la ordenación pública, parece lógico procurar seguir dentro del sistema, asegurándole serena permanencia ganada por sus méritos durante largos períodos. Pero cuánto cuesta al angustiado político enterarse de que está bien y de que puede seguir estándolo. Un chiste tontín,

atribuido a varios escritores, define la salud como un estado precario que no augura nada bueno. La salud política, algunos no se atreven a disfrutarla plenamente al pensar en el mañana. Quizá por desear eludir mañana las reglas de higiene y las normas de vida, capaces de garantizar esa salud. Las personas cambian, pero «esto», y los «estos» —y perdonadme la vulgaridad del término tan empleado por los insomnes ante el porvenir—; es decir, la organización y la trabazón política, duran mucho. Siempre más que las personas para honor de quienes, dentro de la Historia, han sabido montarlas con la mira en el futuro —medida principal este montaje de su genio político—. Nos sobran los ejemplos contemporáneos, buenos y malos. Desvíense, pues, los Gribouilles de los estanques visibles y de otros más taimados, disfrazados con ramajes.

Son el contenido político, la fuerza de la opinión, el hábil pilotaje, las garantías del mañana para un sistema de Estado. Desde la era nueva comenzada el siglo XVIII con la gran revolución de Francia, todavía más. ¿Qué sucesión de personas parece más segura que la hereditaria de sangre y de línea? Pues mirad a España desde 1800 y veréis cómo a Carlos IV sucede el motín de Aranjuez, y a Fernando VII, dos aspirantes al trono, y a Isabel II, una revolución, y a don Amadeo, el vagón nocturno de ferrocarril, tras la abdicación, y a don Alfonso XIII, el levantamiento electoral municipal del 12 de abril. En cambio, ni heredero había cuando muere don Alfonso XII, y una excepcional concordia de partidos y un no menos raro cansancio del enemigo hace posible la transmisión legal. Y siempre ocurrirá lo mismo para funciones estatales auténticas y no de pura apariencia.

La evolución de estos últimos quince años, con el secarse de lo llamado antes puramente político; el haber dado a la transformación social estado de permanencia e ineludibilidad; la creación de un espíritu internacional, antagónico y peligroso como nunca y, por eso mismo, exigente de durezas y vigilancias en quienes al frente de cada pueblo deben arrastrarlo, han favorecido en lotería a los regímenes establecidos o que consiguieron establecerse y vivir, durante ese período. Y a la edición española del ordenamiento político universal le ha tocado premio de esa lotería.

Los españoles tenemos postura definida

Es imposible mantener siempre las exaltaciones de los momentos de riesgo y de los albores de la fundación, lo dije antes. El ser humano apetece y practica una vida consuetudinaria, que no excluye la firme incorporación de todos los fervores y su estar despierto para cuando sean precisos. Se engañan quienes suponen a la contemporaneidad convertida en régimen político —y concretamente a la contemporaneidad española— aclimatada a la molicie, como decía el universitario hostil antes citado. Se reacciona de distinto modo en ausencia de obstáculos y de agresiones. Sobra la desmedida y aquijotada violencia. Pero sigue la disposición de pelear, otra vez, si el obstáculo surgiera. El ardor no necesita mostrarse en las mismas formas y seríamos bien cortos de visión, si nos atuviéramos tan sólo a una manera de entender el ímpetu combativo y operáramos como boyas.

Cada momento reclama ejercicio distinto del patriotismo y no es de las menores funciones del Estado saber administrarlo.

Es el que vivimos un instante de universalidad; la gran ocasión de Naciones Unidas. Nuestros pensadores y jurisconsultos del pasado se sentirían a sus anchas en las salas del edificio de la Primera Avenida de Nueva York, al ver entre confusiones, dificultades y enredos, a veces excesivos, un esforzarse de los mejores por la coincidencia universal. Nuestra posición española ha obedecido al mandato histórico y a la decisión íntima nacional al incorporarse al movimiento universalista y recibirlo con el corazón tranquilo y los ojos de par en par. En ese mundo estamos.

Un mundo donde, entre excesos de retórica e injusticias notorias, se han roto muchas cadenas y la aspiración cristiana de igualdad de los hombres avanza. He señalado otras veces cómo el surgir delegaciones de todos los países en Naciones Unidas y el hallar a su frente hombres de entendimiento y agilidad mental, elevaba el alma y nos hacía sentir la igual capacidad ante Dios de todos para realizar misiones humanas y para la suprema de la Salvación, hubiera recordado Maeztu. Los españoles tenemos nuestra postura definida y nuestra sensibilidad no se ha embotado ante la aparición de los nuevos pueblos. En nombre de la delegación española decía yo este año al empezar nuestras sesiones:

> «¡Qué mayor consuelo para quienes, como los españoles, tienen un concepto providencial del desarrollo humano, y una creencia firme y decidida en la igualdad de los hombres y su capacidad de desarrollar las mismas facultades y alcanzar idénticas metas en su vida, que esta aparición de tantas naciones hoy sentadas a la deliberación universal de la Organización de las Naciones Unidas!
>
> »Hora de justicia para España, ésta de salir a tomar el sol, de los destinos políticos, con finalidad dentro de lo universal, los pueblos jurídicamente nuevos. Un considerable historiador británico, cuyos juicios tienen valor, sea cualquiera la apreciación que a su obra y hasta al sistema de su obra puede atribuirse, Arnold Tonybee, ha escrito el 7 de agosto en el suplemento ilustrado de *New York Times*: "Entre los pueblos de civilización cristiana occidental, los que hablan español y portugués están notoriamente libres de toda conciencia de raza."
>
> »La libertad de los españoles y de los pueblos de lengua portuguesa y española de ese sentido racial es un hecho incuestionable.»

Y del brazo de mi ilustre colega de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el padre Venancio Carro, de la Orden de Predicadores, acompañaba estos votos con el aporte riquísimo de nuestro pensamiento de la época de la Conquista de América, entresacando citas de su espléndido estudio sobre los teólogos y los teólogos-juristas españoles. Cita el padre Carro al padre Montesinos, de la Orden de Predicadores, que *ya a principios del siglo XVI empezaba la apología sobre los derechos de los indios ante el acampar de los españoles en América, y decía*: *¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánima racional...?* Y ahí estaban los derechos del hombre, servidos por el pensamiento de nuestro Siglo de Oro. De Domingo de Soto es la frase, que debe interpretarse con el sentido de su época y de la religión del autor: *El cristiano, con la gracia santificante, no tiene un adarme más de derechos, en lo natural, que el infiel, salvaje, blanco o negro.* Y es el gran dominico Francisco de Vitoria, padre del Derecho internacional, quien enseña que los indios son legítimos dueños de sus tierras y haciendas, como son legítimos sus príncipes y señores, a los que los otros príncipes deben respetar sin buscar motivo para dominarlos, en su incredulidad y costumbres. No sería lícita, por tanto, la guerra y la conquista si se resisten a creer, si permanecen en su infidelidad y en las prácticas idólatras, enseñaba Vitoria.

Y quedaba bastante satisfecho de vivir en un mundo repleto de peligros, pero no peor que otros y quizá más cristiano.

Y me felicitaba también de representar la amplitud mental de unas instituciones políticas capaces de entender la nueva ola, en cuanto sea la eterna ola de la justicia y del bien.

JOSÉ FÉLIX DE LEQUERICA

(*Conferencia pronunciada el 25 de enero de 1961, en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid*)